

Ken
Bruen

Maderos

Un caso de Jack Taylor



Lectulandia

Antiguo policía expulsado por alcoholismo severo, Jack Taylor arrastra su miseria y su malestar vital por todos los pubs de los barrios populares de Galway, en Irlanda. Entre dos tragos de Jameson y una pinta de Guinness, deja caer vagamente a sus compañeros de barra que podría ser un buen detective privado.

Para su gran sorpresa, una mujer viene a buscarle un día a su bar preferido para suplicarle que investigue la muerte de su hija, que supuestamente se ha suicidado. Jack Taylor ve en este caso la posibilidad de enderezar su vida, de dejar el alcohol y llega incluso a plantearse la posibilidad de enamorarse de la mujer que le ha hecho el encargo. Pero para este detective, con su fatalismo a cuestas, no es fácil empezar de nuevo y más cuando el desarrollo de las investigaciones le conduce hacia un mundo sórdido y corrupto.

Ken Bruen ha creado con el personaje de Jack Taylor un antihéroe lúcido y cínico consigo mismo, que renueva con brío la figura del detective privado.

Lectulandia

Ken Bruen

Maderos

Jack Taylor - 1

ePub r1.0

Titivillus 23.04.16

Título original: *The Guards*
Ken Bruen, 2001
Traducción: Antonio Fernández Lera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Agradecimientos especiales a Vinny Brown, la librería de Charley Byrne,
Phyl Kennedy, Noel McGee.

Es casi imposible que le echen a uno de la *Garda Síochána*^[1].

Hay que esforzarse de veras para lograrlo. A menos que te conviertas en una deshonra pública, casi todo lo demás te lo consienten.

Yo había llegado al límite. Una multitud de

Avisos

Amonestaciones

Últimas oportunidades

Indultos.

Y aun así no conseguía mejorar.

O mejor dicho, no lograba dejar de beber. No me interpreten mal. Los policías irlandeses y la bebida mantienen una antigua y casi amorosa relación. Un policía abstemio es objeto de sospecha incluso, cuando no de total y absoluto escarnio, dentro y fuera del cuerpo.

Mi supervisor en los barracones de entrenamiento decía:

—A todos nos gusta una cerveza.

Gestos de asentimiento y gruñidos de los reclutas.

—Y a la gente le gusta que nos guste una cerveza.

Tanto mejor.

—Lo que a la gente no le gusta son los bribones.

Diez años más tarde, había recibido ya mi tercera amonestación. Convocado ante un supervisor, se me sugirió que debía buscar ayuda.

—Los tiempos han cambiado, hijo. Hoy en día hay programas de tratamiento, centros de rehabilitación, todo tipo de ayuda. Una temporada en una clínica de desintoxicación ya no es ninguna vergüenza. Podrás relacionarte con el clero y con los políticos.

Quise decir:

—¡Menudo aliciente!

Pero fui. Cuando me soltaron, me mantuve seco durante un tiempo, pero poco a poco volví a beber.

Es raro que un policía consiga destino en su propia ciudad, pero consideraron que mi ciudad natal me sería beneficiosa.

Una misión en una glacial noche de febrero. Oscuro de la hostia. Hacemos un control de velocidad en las afueras de la ciudad. El sargento de servicio ha estipulado:

—Quiero resultados, no excepciones.

Mi acompañante era un tipo de Roscommon llamado Clancy. Era de trato fácil y parecía ignorar mi afición a la bebida. Yo tenía un termo de café, casi blindado con coñac. Todo iba bien.

Demasiado bien.

La cosa estaba muy tranquila. Se había corrido la voz sobre nuestro emplazamiento. Los conductores se mantenían sospechosamente dentro de los límites. Clancy suspiró y dijo:

—Saben que estamos aquí.

—Eso está claro.

Entonces pasó a toda velocidad un Mercedes. Las agujas del aparato de control se pusieron a tope. Clancy gritó:

—¡Hostias!

Metí la marcha y arrancamos a la carrera. Clancy, en el asiento del pasajero, dijo:

—Jack, aminora, creo que podríamos olvidarnos de éste.

—¿Qué?

—La matrícula... ¿Has visto la matrícula?

—Sí, y qué.

—Es un coche oficial.

—Es un escándalo, joder.

Hice sonar la sirena, pero pasaron por lo menos diez minutos antes de que el Mercedes se arrimara a la cuneta. Cuando abrí la puerta, Clancy me agarró del brazo y dijo:

—Un poco de discreción, Jack.

—Sí, vale.

Di unos golpes con los nudillos en la ventana del conductor. Se tomó su tiempo para bajarla. El conductor, con una sonrisita autosuficiente, preguntó:

—¿Dónde es el incendio?

—Salga.

Antes de que pudiera responder, un hombre se inclinó hacia adelante desde el asiento trasero y dijo:

—¿Qué es lo que pasa?

Le reconocí. Un distinguido diputado. Dije:

—Su chofer iba conduciendo como un loco.

Él preguntó:

—¿Tiene usted idea de con quién está hablando?

—Sí, con el bocazas que se folló a las enfermeras.

Clancy intentó interponerse y susurró:

—Joder, Jack, para ya.

El diputado había salido del coche y venía hacia mí. Totalmente indignado, gritaba:

—Tú, niñato insolente, voy a hacer que te despidan. ¿Tienes idea de lo que va a pasar?

Yo dije:

—Sé exactamente lo que va a pasar.

Y le solté un puñetazo en la boca.

EXPULSADO

No hay detectives privados en Irlanda. Los irlandeses no lo consentirían.

El concepto se acerca peligrosamente al del odiado «informador». Puedes salir impune casi de cualquier cosa excepto de «irte de la lengua».

Lo primero que hice fue encontrar cosas. Tarea nada difícil, únicamente requiere paciencia y obstinación porcina. Esta última era mi punto fuerte.

No es que me despertara una mañana gritando: «¡Dios quiere que me convierta en investigador!». A Dios le importa un rábano.

Existe Dios y luego existe la versión irlandesa. Eso le permite ser un irresponsable. No es que no se tome interés, es que pasa de todo.

Por mi anterior oficio, la gente pensaba que tenía buenos contactos. Que sabía cómo funcionaban las cosas. Durante un cierto tiempo, la gente me buscaba, solicitaba mi ayuda.

Tuve suerte y resolví algunos casos. Una discreta reputación comenzó a levantarse sobre una falsa premisa. Lo verdaderamente importante es que era barato.

Grogan's no es el bar más antiguo de Galway. Es el bar más antiguo de Galway que no ha sufrido cambios.

Mientras todos los demás han pasado a ser

Unisex

Dietéticos

Karaokes

Ostentosos.

Grogan's se mantiene fiel al formato de hace cincuenta o más años. Lo estrictamente imprescindible. Suelo de escupitajos y serrín, sillas de asiento duro, nada de lujos. El gusto por los

Licores

Cubatas

Cócteles

no ha llegado hasta aquí todavía.

Es un lugar serio para beber en serio. Nada de gorilas con intercomunicadores en la puerta. No es un bar fácil de encontrar. Subes por Shop Street, pasas Garavan's, te metes por un pequeño callejón y ya estás en casa. Si no libre, por lo menos sin cadenas.

Me gusta porque es el único bar que nunca me ha impedido la entrada. Ni una sola vez, nunca.

La barra carece por completo de adornos. Hay dos palos de *hurling*^[2] cruzados sobre un espejo sucio. Encima de ellos, un tríptico. En él aparecen un Papa, san Patricio y John F. Kennedy. JFK está en el centro.

Los santos irlandeses.

Antaño, el Papa ocupaba el puesto del centro, pero después del Concilio Vaticano le cambiaron de sitio. Se ha arrimado al ala izquierda.

En posición precaria.

No sé qué Papa es, pero tiene la misma mirada que todos ellos. Es poco probable que vuelva a recuperar el medio campo en un futuro próximo.

Sean, el propietario, que todavía se acuerda de cuando Cliff Richard era joven, me dijo un día:

—Cliff era el Elvis inglés.

Horroroso concepto.

Grogan's era mi oficina. Me sentaba allí la mayoría de las mañanas, a esperar hasta que el mundo llamara a la puerta. Sean me traía café. Con un chorrillo de coñac... «para matar el amargor».

Algunos días parece tan frágil que temo que no sea capaz de recorrer los pocos pasos hasta mi mesa.

La taza traquetea en su plato como la peor de las malas noticias. Yo le digo:

—Utiliza una jarra.

Él, horrorizado, responde:

—¡Es cuestión de principios!

Una vez, viéndole temblar con la taza en la mano, le pregunté:

—¿Alguna vez has pensado en jubilarte?

—¿Alguna vez has pensado en dejar de beber?

Buena respuesta.

Unos días después de las carreras de Cheltenham, yo me encontraba en mi mesa habitual. Había ganado un puñado de libras apostando en las carreras y todavía no lo había despilfarrado. Estaba leyendo *Time Out*. La compraba casi todas las semanas. La guía de Londres que reseña todos los acontecimientos que se producen en la capital.

Mi plan.

Oh, sí, tenía un plan. Pocas cosas hay más letales que un bebedor con un plan. Éste era el mío.

Reuniría cada penique que tenía, pediría prestado más y luego me largaría a Londres.

Alquilaría un bonito apartamento en Bayswater y esperaría.

Eso era todo. Simplemente esperar.

Este sueño me había ayudado a soportar un buen número de horrorosos lunes.

Sean se acercó temblequeando, depositó mi taza de café en la mesa y preguntó:

—¿Algún presagio de tu partida?

—Pronto.

Masculló una especie de bendición.

Tomé un sorbo de mi café y me quemé el paladar.

Perfecto.

El coñac se hizo sentir en las encías y me destrozó los dientes. Son esos momentos antes de la caída.

El paraíso encapsulado.

J. M. O'Neill, en *Duffy ha muerto*, escribió que el coñac te da aliento y luego te lo quita. Más aún, tenías que levantarte cada día más temprano para emborracharte y estar lo suficientemente sobrio hasta que abrieran los bares.

Traten de explicar esto a los que no lo padecen.

Entró una mujer, miró alrededor y se acercó a la barra. Me hubiera gustado llamar su atención. Bajé la cabeza para poner a prueba mis habilidades de detección. O más bien mis dotes de observación. Solamente le había echado un vistazo; ¿qué podía recordar de ella? Un abrigo de piel no muy largo, de corte caro. Pelo castaño hasta los hombros. Maquillada, pero sin carmín en los labios. Grandes ojeras sobre una nariz chata y pequeña, boca fuerte. Guapa, pero sin exagerar. Zapatos cómodos, marrones, de piel buena.

Conclusión: no pertenecía a mi zona. Habló unas palabras con Sean y éste señaló hacia mí. Alcé la vista mientras ella se aproximaba. Preguntó:

—¿Señor Taylor?

—Sí.

—¿Puedo hablar un momento con usted?

—Por supuesto, siéntese.

De cerca era más guapa de lo que me había parecido. Las líneas alrededor de sus ojos eran profundas. Calculé que rondaba los cuarenta. Pregunté:

—¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—El señor me está preparando un café.

Mientras esperábamos, ella me examinó. No de manera discreta, sino abiertamente y sin subterfugios. Sean llegó con el café... y, mira por donde, un plato con galletas. Le eché una mirada y él dijo:

—Ocúpate de tus asuntos.

Después de irse Sean, ella dijo:

—Parece tan frágil.

Sin pensarlo, dije lo peor que podía decir:

—¿Éste? Nos enterrará a los dos.

Se estremeció como si quisiera esquivar un golpe. Yo añadí bruscamente:

—¿Qué es lo que desea?

Recobró la compostura y dijo:

—Necesito su ayuda.

—¿Cómo?

—Me han dicho que se dedica usted a ayudar a la gente.

—Si es que puedo.

—Mi hija... Sarah... ella... se suicidó en enero. Solamente tenía dieciséis años.

Dije lo que se supone que hay que decir en estos casos. Ella prosiguió:

—Yo no creo que ella... se suicidara... ella... no haría eso.

Intenté no suspirar. Ella esbozó una breve sonrisa de amargura y dijo:

—Es lo que cualquier madre diría... ¿Verdad? Pero sucedió algo, después.

—¿Después?

—Sí, llamó un hombre por teléfono y dijo: «La han ahogado».

Eso me desconcertó. Moví torpemente las manos para disimular y pregunté:

—¿Qué?

—Eso es lo que dijo. Nada más, tan sólo esas tres palabras.

Me di cuenta de que ni siquiera sabía su nombre.

—Ann... Ann Henderson.

¿Hasta qué punto me estaba quedando atrás? Había llegado el momento de arrancar. Me bebí el carajillo de un trago. Y entonces dije:

—Señora Henderson... yo...

—No soy *señora*, no estoy casada. El padre de Sarah desapareció hace mucho tiempo. Solamente nos teníamos la una a la otra... por eso ella nunca... me dejaría... sola.

—Annie, cuando sucede una tragedia como ésta, los tarados y los zumbados salen de debajo de las piedras. Para ellos es como una señal luminosa. Se regodean en el dolor.

Ella se mordió su labio inferior, luego levantó la cabeza y dijo:

—Éste *lo sabía*.

Hurgó en su bolso, sacó de su interior un sobre grueso y dijo:

—Espero que haya suficiente. Son los ahorros para nuestro viaje a América. Sarah lo tenía todo planeado.

Luego extendió una fotografía junto al dinero. Hice como que miraba. Ella dijo:

—¿Lo intentará?

—No puedo prometer nada.

Sé que había un montón de cosas que debía y podía haber dicho. Pero no dije ninguna.

Ella preguntó:

—¿Por qué es usted un borracho?

Me pilló por sorpresa. Dije:

—¿Qué le hace pensar que tengo elección?

—Ah, eso es absurdo.

Estaba furioso a medias, no totalmente, pero casi. Pregunté:

—¿Por qué quiere usted... que un *borracho*... le ayude?

Ella se puso en pie, me lanzó una severa mirada y dijo:

—Dicen que es usted bueno porque no tiene otra cosa en su vida.

Y se fue.

«... responde con rapidez a la misión encomendada».

Informe de evaluación

Vivo junto al canal. Pero a un paso de la Universidad. Por la noche me gusta sentarme, escuchar el griterío de los estudiantes.

Y vaya si gritan.

Es una casa pequeña, la típica de dos alturas con dos habitaciones arriba y dos abajo. El propietario la ha convertido en dos apartamentos. Yo tengo el piso de abajo. Una empleada de banca que se llama Linda vive arriba. Una chica de campo que ha adoptado los peores hábitos de la vida urbana. Una especie de astucia habilidosa.

Es mona, tiene veinte y pocos años. En una ocasión, cuando olvidó su llave, abrí su puerta con una ganzúa. Envalentonado, pregunté:

—¿Te apetece salir una noche?

—Oh, nunca rompo mi regla de oro.

—¿Qué regla es ésa?

—No salir con borrachos.

Tiempo después, su coche tuvo un pinchazo y yo le cambié la rueda. Ella dijo:

—Escucha, aquella otra vez... me porté como el culo.

¡Como el culo!

El caso es hablar mal.

Me levanté, las manos llenas de grasa, esperé. Ella continuó:

—No debí haber dicho, ya sabes... aquella cosa tan horrible.

—Eh, olvídalo.

El perdón es como un chute que se te sube a la cabeza. Te hace estúpido. Yo dije:

—Entonces, ¿te apetece salir, picar algo?

—Oh, no podría.

—¿Qué?

—Eres demasiado viejo.

Aquella noche, en plena oscuridad, salí sigilosamente y volví a pincharle la rueda.

Yo leo. Leo mucho. Entre borrachera y borrachera, me entretengo con la letra impresa. Novelas policiacas, principalmente. Hace poco terminé la autobiografía de Derek Raymond, *Los Archivos Ocultos*.

De primera.

Es el mejor.

Que la bebida finalmente se lo llevara supuso un vínculo adicional. He puesto sus palabras en el espejo de mi cuarto de baño:

*La existencia es a veces lo que un
artillero en primera línea ve
de las líneas enemigas a través de sus prismáticos.
Una visión distante y perturbadora
súbitamente enfocada con todo lujo de obsceno detalle.*

Es el obsceno detalle lo que deseo borrar cada vez que bebo. Pero lo llevo estampado en el alma, fétido y nauseabundo. No hay manera de quitárselo de encima.

Bien sabe Dios que lo he intentado; desde la muerte de mi padre, he estado obsesionado con la muerte la mayor parte de los días. La llevo conmigo, como una canción, a medias recordada.

Un filósofo, Rochefoucauld, escribió que la muerte es como el sol. Nadie puede mirarla directamente. He leído un montón de libros sobre la muerte.

Sherwin Nuland: *Cómo morimos*

Bert Keizer: *Danzando con la muerte*

Thomas Lynch: *El enterrador*

No sé si lo que buscaba era

Respuestas

Consuelo

Comprensión.

No conseguí nada de eso.

Se me abrió un agujero en el estómago que parecía estar siempre en carne viva. Después del funeral, el cura dijo:

—El dolor pasará.

Quise gritar: «Vayase a la mierda, no quiero que pase. Quiero abrazarme a él, para no olvidarlo».

Mi padre era un tipo encantador. De niño, recuerdo que de pronto retiraba todos los muebles de la cocina. Las sillas y las mesas, apiladas contra la pared. Luego tomaba a mi madre de la mano y allá que se ponían a bailar de un lado a otro de la

cocina. A ella le daba la risa y gritaba:

—Para ya, tonto.

Pasara lo que pasara, él decía:

—Que te quiten lo bailado.

Él no dejó de hacerlo mientras pudo.

Yo nunca bailo.

*«Los niños muertos
no nos dan recuerdos,
nos dan sueños».*

Thomas Lynch, *El enterrador*

Visité la tumba de la chica muerta. Estaba enterrada en el cementerio de Ragoon. Donde reposa el amante muerto de Nora Barnacle^[3].

No puedo explicar por qué quise acercarme por allí. La tumba de mi padre se encuentra sobre la pequeña colina. Me sentía demasiado hecho polvo como para pasar a saludarle. Me sentía como escabulléndome del pasado. Hay días en los que siento su pérdida con demasiada intensidad como para pasarme a decir hola.

El sepulcro de Sarah Henderson estaba cerca del muro situado al Este. Es uno de los escasos lugares donde da el sol. Una cruz provisional, temporal, decía:

SARAH HENDERSON

Nada más.

Yo dije:

—Sarah, haré lo que pueda.

Junto a las puertas del cementerio encontré una cabina telefónica, llamé a Cathy B. Respondió al noveno timbrado con un

—¿Qué?

—Caramba, Cathy... vaya modales telefónicos.

—¿Jack?

—Sí.

—¿Cómo estás?

—Estoy de visita en el cementerio.

—Mejor que *bajo tierra*.

—¿Te puedo encargar un trabajo?

—Oh, sí, lo necesito tanto como el comer, claro que sí.

La puse al corriente, con todos los detalles, y le dije:

—Habla con sus amigas del colegio, su novio...

—No me digas cómo tengo que hacer mi trabajo.

—Perdona.

—Eso está mejor. Te llamaré dentro de unos días.

Y colgó.

Hace cosa de un año, ya tarde, me dirigía hacia mi casa a lo largo del canal. Es un lugar de lo más animado pasada la media noche. Borrachos, drogatas, ecologistas, bichos raros y los chalados habituales. Encajo perfectamente.

Un forastero quiso venderme su abrigo, pero por lo demás todo transcurrió sin novedad. Al llegar al final del canal, vi a una chica de rodillas delante de un hombre. Durante un momento de escasa lucidez, pensé que se la estaba chupando. Hasta que vi que la mano de aquel tipo se levantaba y bajaba y se estrellaba contra la cabeza de la chica. Me acerqué por detrás y le golpeé el cuello con el codo.

Se desplomó sobre la balaustrada. La chica tenía la cara cortada y en su mejilla podían verse ya los moratones. La ayudé a levantarse. Ella dijo:

—Va a matarme.

Le di otro golpe con el codo y el tipo dijo:

—Agg... ggg.

Yo dije:

—No creo.

Le pregunté:

—¿Puedes andar?

—Lo intentaré.

Agarré al tipo por la camisa.

Arriba.

Uno.

Dos.

Y hale.

Dejé que su propio peso le lanzara al canal. Mientras abría la puerta de mi apartamento, se podían oír los gritos desde el agua. Ella dijo:

—No creo que sepa nadar.

—¿A quién le importa?

—A mí no.

Preparé unos descomunales *whiskeys* calientes.

Toneladas de azúcar

Clavos de olor

Litros de Jameson.

Puse el vaso en sus manos y dije:

—Bébetelo.

Lo hizo.

Puse a Lone Star en el tocadiscos, empezando por *Amazed*. Ella preguntó:

—¿Eso es música *country*?

—Exactamente.

—Es una mierda.

—Trágate eso y no te importará.

Le eché un buen vistazo. Pelos de punta, ceja con *piercing*, maquillaje negro muy recargado. En algún lugar, por debajo de todo aquello, había una chica guapa. Podría tener dieciséis o treinta y seis años. Tenía acento de Londres, suavizado por una leve entonación irlandesa. El efecto era como si estuviera en todo momento a punto de meterse de cabeza en lo que los ingleses consideran que es el acento irlandés.

Que no llegara a hacerlo es algo que le agradeceré eternamente.

No es de extrañar que me gustara.

Llevaba el brazo izquierdo cubierto por un buen puñado de pesadas pulseras de plata. No llegaban a ocultar del todo las viejas marcas. Yo dije:

—Te pinchabas.

—¿Tú qué eres, de la bofia?

—Lo era.

—¿Cómo dices?

—Que antes era poli.

—No jodas.

Así fue como conocí a Catherine Bellingham. Había acabado en Galway con un grupo de *rock* que tocaba en el Black Box. Ellos se separaron, ella se quedó.

—Soy cantante —dijo.

Sin más preámbulo, se lanzó a cantar *Troy*. A pelo, debe de ser lo más difícil del mundo. Nunca había sido un ferviente seguidor de Sinead O'Connor, pero al oír aquello recapacité.

Cathy convirtió aquella canción en un canto fúnebre de sombría belleza. Me quedé pasmado, alcé mi copa hacia la luz.

—Está de puta madre.

Inmediatamente, siguió con *A Woman's Heart*.

Sí, también tendría que replantearme mi opinión sobre Mary Black.

Era como si nunca hubiera oído esas canciones. Luego dije:

—Joder, eres buena.

—¿Verdad que sí?

Eché un poco más de bebida y dije:

—Por la belleza.

Ella no tocó la suya, dijo:

—La siguiente canción no la canto nunca, pero estoy borracha, así que...

Era *No Woman, No Cry*.

Soy un alcohólico, estaba hecho a la medida para esos sentimientos. Mientras la escuchaba, sentí deseos de tener la coca colombiana más fuerte que pudiera existir. Y a la inversa, me hizo sentir como si me hubiera metido un chute. Pero de qué, no lo sabía. Cathy dejó de cantar y dijo:

—Ya está, el espectáculo ha terminado.

Yo dije, sin pensarlo dos veces:

—Nadie canta con una voz tan pura como la de quienes viven en el más profundo infierno.

Ella asintió y dijo:

—Kafka.

—¿Quién?

—Fue quien dijo eso.

—¿Le conoces?

—Conocí el infierno.

LAMENTACIONES

Hay un dicho en Irlanda que dice: «Si quieres ayuda, ve a la policía, y si no quieres ayuda, ve a la policía».

Yo fui.

Desde mi despido, cada pocos meses recibía la siguiente carta:

MINISTERIO DE JUSTICIA

A Chara^[4]

De acuerdo con los términos de su cese, se le requiere la entrega de toda propiedad perteneciente al Gobierno.

Véase el Artículo 59347A, relativo a «Uniforme y equipo». Hemos tenido noticia de que todavía no ha devuelto el Artículo 8234: un chaquetón impermeable de agente de circulación.

Confiamos en su rápida devolución de dicho artículo.

Mise le meas^[5]

B. Finnerton.

Estrujé la última que había recibido y la lancé al aire hasta el otro extremo de la habitación. Fallé. Afuera llovía a cántaros mientras yo me arropaba con el Artículo 8234.

Me iba como un guante.

Mi último vínculo con mi antiguo oficio.

¿Lo iba a devolver? Y una mierda.

Mi antiguo colega, Clancy de Roscommon, había ido ascendiendo en el escalafón. Me encontraba enfrente de la comisaría de policía y me preguntaba qué recibimiento tendría.

Respiré hondo y me dispuse a entrar. Un agente, de unos doce años de edad, preguntó:

—¿Sí, señor?

Joder, qué viejo estoy. Yo dije:

—¿Sería posible ver al agente Clancy? No estoy seguro de su rango.

Los ojos del jovencito se salieron de sus órbitas. Dijo:

—¿El superintendente Clancy?

—Ése debe de ser.

Gesto de recelo.

—¿Tiene cita?

—Dígale que Jack Taylor ha venido a verle.

Se lo pensó y luego dijo:

—Voy a ver. Espere aquí.

Eso hice.

Leí el tablón de anuncios. Presentaba a los policías como un amistoso y relajado equipo. Yo sabía que eso no era cierto. El jovencito regresó y dijo:

—El superintendente le verá en la Sala de Interrogatorios B. Le abriré la puerta.

Y eso hizo.

La sala estaba pintada de amarillo chillón. Una mesa solitaria, dos sillas. Yo me senté en la silla del sospechoso. Dudé si quitarme el chaquetón, pero me lo podrían incautar. Así que me lo dejé puesto.

La puerta se abrió y entró Clancy. Un animal absolutamente diferente del hombre que yo recordaba. Se había vuelto, como suele decirse, robusto. Algo así como gordo, vaya. Como sin duda corresponde a un *super*. Tenía la cara enrojecida, hinchada, fofa. Dijo:

—Por todos los santos.

Yo me levanté y dije:

—Superintendente.

Eso le gustó. Dijo:

—Siéntate, hombre.

Y eso hice.

Nos tomamos nuestro tiempo en examinar, evaluar. A ninguno de los dos nos entusiasmó lo que vimos. Él preguntó:

—¿Qué puedo hacer por ti, muchacho?

—Necesito un poco de información.

—Oh.

Le hablé de la chica y de la petición de su madre. Dijo:

—Me habían contado que te habías convertido en una especie de detective privado de medio pelo.

No tenía respuesta para eso, así que asentí. Él añadió:

—Esperaba más de ti, Jack.

—¿Más que qué?

—Más que aprovecharte del dolor de una pobre mujer.

Eso dolió, por lo cerca que estaba de la verdad. Hizo un gesto con la cabeza y dijo:

—Recuerdo el caso. Fue un suicidio.

Mencioné la llamada telefónica y soltó un suspiro de hastío. Dijo:

—Probablemente tú mismo hiciste esa llamada.

Hice un último intento, pregunté:

—¿Podría ver el expediente?

—No seas un completo idiota... y deja de beber.

—¿Eso es un «no»?

Se puso en pie, abrió la puerta y yo me esforcé por encontrar alguna forma brillante de hacer mutis. No se me ocurrió ninguna. Mientras esperaba a que me abrieran la puerta, Clancy dijo:

—No te conviertas en un fastidio, Jack.

—Eso ya no tiene remedio.

Me dirigí hacia Grogan's. Me consolé pensando que no me habían quitado el chaquetón. Sean estaba detrás del mostrador, preguntó:

—¿Qué mosca te ha picado?

—Déjame en paz.

Me lancé hacia mi asiento habitual y me desplomé sobre él. Al poco rato, llegó Sean con una pinta y un chupito, y dijo:

—Supongo que sigues bebiendo.

—He estado trabajando... ¿Vale?

—¿En el caso?

—¿En qué otra cosa si no?

—Que Dios ayude a esa pobre mujer.

Más tarde, ya bien cargado de alcohol, dije a Sean:

—Disculpa si he sido un poco susceptible.

—¿Un poco?

—La presión, es la presión lo que no soporto.

Se persignó y dijo:

—¡Oh, alabado sea Dios! ¿Eso es todo?

*«¿Cuándo ha resuelto un crimen un detective privado?
¡Nunca!».*

Ed McBain

Hay quienes viven sus vidas como si estuvieran en una película.

Sutton vive la suya como si estuviera en una mala película.

Se dice que la diferencia entre tener un amigo y no tener ninguno es el infinito. Eso me lo creo. O que ningún hombre que tenga un amigo puede ser considerado un fracaso. Eso me lo tengo que creer.

Sutton es mi amigo. Cuando era un joven policía, me destinaron al control de aduanas. Es un trabajo tedioso de lluvia y más lluvia. Echabas de menos un buen tiroteo. En vez de eso, lo que tenías eran salchichas y patatas fritas frías en una cabaña con techo de uralita.

El único esparcimiento estaba en el bar.

Yo bebía en el que con gran imaginación llamaban «La Posada de la Frontera». La primera vez que entré allí, el camarero dijo:

—Tú eres de la pasma.

Solté una carcajada, pese a que estaba a punto de congelarme. Él dijo:

—Yo soy Sutton.

Se parecía a Alex Ferguson. No una versión joven, sino el *showman* gritón de los días de gloria en los que lo ganaba todo.

—¿Por qué eres policía? —Preguntó.

—Para fastidiar a mi padre.

—Ah, odias a tu viejo, ¿eh?

—No, le quiero.

—O sea, que simplemente estás confuso, ¿es eso?

—Fue una prueba, para ver si intentaba impedírmelo.

—¿Lo hizo?

—No.

—Bueno, pues entonces puedes dejarlo.

—Ahora casi me gusta.

A lo largo de los meses de trabajo en aduanas, bebí en el bar de Sutton a conciencia. En una ocasión en la que fuimos a un baile en South Armagh, pregunté a Sutton:

—¿Qué necesitaré?

—Un fusil de asalto.

Camino del baile, yo llevaba puesto el Artículo 8234 y Sutton preguntó:

—Dime, ¿te quitarás el chaquetón para bailar?

—Tal vez.

—Ah, otra cosa. No hables.

—¿Qué?

—Éste es un país de bandoleros; tu suave vocalización podría meternos en líos.

—¿Cómo se supone que voy a bailar... les paso una nota?

—Por Dios, Taylor, es un baile. Vamos a beber.

—Podría enseñarles mi porra.

La noche fue un desastre. Un salón de baile abarrotado de parejas. Ni una sola mujer libre por ninguna parte. Le dije a Sutton:

—Todas están acompañadas.

—Por supuesto, estamos en el Norte, toda prudencia es poca.

—¿No podríamos haber ido simplemente a un bar?

—¿Y perdernos el ambiente?

El grupo que tocaba era de la época de las bandas de pueblo de tercera división. Nueve tipos con chaquetas azules, pantalones blancos y más cornetas que el ejército.

Cualquier ejército.

Su repertorio iba desde las canciones estilo *Hucklebuck*, pasando por favoritos de Eurovisión, hasta la apoteosis con los Beach Boys.

No sabes lo que es el infierno hasta que te encuentras en un húmedo salón de baile en South Armagh y la multitud canta al unísono *Surfing Safari*.

De regreso, Sutton conducía por una traicionera carretera cuando yo descubrí unos faros en el espejo. Dije:

—Oh, oh.

El coche hizo varios intentos de adelantar, pero Sutton no se lo permitió de ninguna manera. Finalmente nos los quitamos de encima cerca de la frontera. Pregunté:

—¿Por qué lado de la carretera crees que se han salido?

—Por el lado malo.

—¿Qué lado es ése...?

—El que te sigue a las cuatro de la mañana.

*Lo que queda no siempre es
lo peor
que dejamos atrás.*

Sutton se mudó a Galway. Yo le pregunté:

—¿Me estás siguiendo?

—Puedes estar seguro.

Decidió ser artista. Yo dije:

—Un artista de la cerveza, mayormente.

Pero tenía talento. No sé si me encantó o me dio envidia. Las dos cosas, probablemente, se alimentaban mutuamente al estilo irlandés. Sus cuadros empezaron a venderse y decidió comportarse como un artista. Se compró una casita en Clifden. A decir verdad, yo pensé que se había convertido en un completo gilipollas.

Así se lo dije.

Se rió y dijo:

—No es más que una pose; al igual que la felicidad, no durará mucho.

Y así fue.

Volvió a ser el de siempre a los pocos meses. La lluvia de Galway ahoga casi todas las pretensiones.

Sutton en sus peores momentos era mejor que la mayoría de la gente en sus mejores momentos.

Después de mi reunión con Clancy, llamé por teléfono a Sutton y le dije:

—Socorro.

—¿Qué pasa, tío...?

—¡Los maderos!

—Esa chusma. ¿Qué están haciendo?

—No me quieren ayudar.

—Ponte de rodillas y da gracias a Dios.

Quedé con él en Grogan's. Cuando llegué, estaba en plena conversación con Sean. Yo dije:

—¡Chicos!

Sean se puso derecho. Toda una proeza. Sus vértebras aullaron de angustia por el esfuerzo. Yo dije:

—Necesitas Radox.

—Lo que necesito es un maldito milagro.

Luego los dos me miraron expectantes. Yo dije:

—¿Qué?

Al unísono, dijeron:

—¿No notas nada nuevo?

Miré a mi alrededor. El mismo viejo bar, la hilera de tristes y concienzudos bebedores en la barra, encadenados a sus cervezas por sueños que se habían vuelto irrelevantes. Me encogí de hombros. Lo cual no es cosa fácil de lograr para un hombre de cuarenta y cinco años. Sean dijo:

—Puto cegato, mira dónde solían estar los palos de *hurling*.

Un cuadro de Sutton. Me acerqué más. Parecía ser una chica rubia en una calle

desierta. Igualmente podría haber sido la bahía de Galway. Uno de los bebedores dijo:

—Prefería los palos.

Sean dijo:

—Tiene talento, ¿verdad?

Se puso a preparar nuestros cafés.

Con chorrito

Y

Sin chorrito.

—He tenido una exposición en Kenny's. Éste se vendía a quinientas guineas.

—¡Guineas!

—Sí, no hay nada como el toque de clase. ¿Te gusta?

—¿Es la bahía de Galway?

—Es *La rubia de la esquina*.

—Ah...

—Novela negra escrita en 1954 por David Goodis.

Levanté la mano y dije:

—Dejemos la charla para más tarde.

Sonrió y dijo:

—Eres un tarugo.

Le hablé de mi nuevo caso. Él dijo:

—La tasa de suicidios de adolescentes irlandeses se ha disparado.

—Lo sé, lo sé, pero hay algo en la llamada que recibió la madre...

—Otra zumbada.

—Probablemente tienes razón.

Más tarde, bajábamos andando por Shop Street. Una rumana tocaba una flautita de latón junto a la salida de Eason's. Bueno, más bien lo soplabla intermitentemente. Me acerqué a ella y le di unos cuantos chelines. Sutton exclamó:

—Joder, así la animas a seguir.

—La he pagado para que pare.

No lo hizo.

Un guerrero ecologista hacía malabarismos con antorchas en la puerta de Anthony Ryan's. Se le cayó una, pero no pareció importarle. Un policía avanzaba sin prisa hacia nosotros. Sutton le hizo un gesto con la cabeza y el agente nos saludó:

—Señores...

Sutton me lanzó una mirada curiosa y preguntó:

—¿Lo echas de menos?

Sabía a qué se refería, pero respondí:

—¿Que si echo de menos qué?

—La policía.

No sabía. Dije:

—No sé.

Entramos en Kenny's justo a tiempo de ver a un mal ladronzuelo esconderse un Patrick Kavanagh en los pantalones. Des, el propietario, se acercó sigilosamente y dijo:

—Vuelve a dejarlo en su sitio.

Así lo hizo.

Cruzamos la planta baja, hasta la galería. Dos de los cuadros de Sutton estaban expuestos, con unas llamativas pegatinas de vendido. Tom Kenny dijo:

—Estás ocasionando revuelo.

Lo cual es el mayor elogio que se puede recibir. Yo dije a Sutton:

—Puedes dejar el trabajo.

—¿Qué trabajo?

Es difícil decir a quién de los dos le gustó más esa respuesta.

Los días siguientes los dedicamos a investigar. A encontrar a cualquier testigo del «suicidio». No había ninguno. Hablamos con el profesor de la chica y con sus amigas del colegio, y no averiguamos casi nada. A menos que Cathy B. encontrara alguna prueba extraordinaria, el caso podía darse por cerrado.

El viernes por la noche decidí tomármelo con calma. Dos pintas de cerveza y una ración de patatas fritas para llevar. Pero, ay, las cervezas se esfumaron y pasé a palabras mayores. Black Bush, demasiadas copas como para acordarme. Me zampé las patatas fritas. Con un trozo de bacalao mezclado con ellas para darle más sustancia.

¿Hay algo más reconfortante que las patatas fritas encharcadas en vinagre? El olor es como la infancia que nunca tuviste. A medida que me acercaba a mi casa, sentía una satisfacción artificial. Al llegar a mi puerta, el primer golpe me alcanzó en la nuca. Luego, una patada en los testículos. Por alguna absurda razón, me aferré a las patatas fritas. Dos hombres, dos tipos grandes. Me dieron una paliza altamente profesional. Una mezcla de patadas y puñetazos que me caían encima con un ritmo preciso. Sin maldad pero con absoluta dedicación. Sentí romperse mi nariz. Juraría que sonó *crac*. Uno de ellos dijo:

—Sujétale la mano, extiende los dedos.

Contra eso me resistí.

Luego mis dedos quedaron separados sobre el asfalto. Estaba frío y húmedo. El zapato pisó dos veces. Grité con todas mis fuerzas.

Habían terminado.

El otro dijo:

—No podrá meneársela durante una buena temporada.

Una voz cerca de mi oído.

—Deja de meter las narices en los asuntos de otras personas.

Quise gritar: «Llamen a la policía».

Cuando se alejaban intenté decir: «Compraos vuestras propias patatas fritas», pero tenía la boca llena de sangre.

esos momentos antes del final...

Cuatro días estuve con subidas y bajadas de fiebre en el Hospital Universitario de Galway; la gente de aquí le sigue llamando «El Regional». Si te ingresaban allí, estabas jodido. Ahora, si te ingresan allí, eres afortunado.

Una mujer del viejo barrio decía:

—Antiguamente teníamos estómago pero no teníamos comida. Ahora tenemos comida pero no tenemos estómago.

O bien:

—Ay, cariño, no tenemos secadoras. Cuando teníamos unas secadoras estupendas, lo que no teníamos era ropa.

A ver quién discute eso.

Cuando recobré el conocimiento, un doctor egipcio estaba estudiando mi expediente. Pregunté:

—¿El Cairo?

Me dirigió una seca sonrisa y dijo:

—Vuelve usted con nosotros, señor Taylor.

—No voluntariamente.

Se oía la radio del hospital. Gabrielle con *Rise*.

Me habría encantado tararear *Knocking on Heaven's Door* con su grupo, pero tenía la boca hinchada. Cuando volvió a dedicarse a la música, leí que la cabeza del padrastro de su exnovio había sido encontrada en un vertedero de Brixton.

Me habría gustado compartir esto con el doctor, pero ya se había ido. Entró una enfermera y de inmediato se puso a sacudir las almohadas. Es lo que hacen cuando existe la menor sospecha de que te sientes cómodo.

Mi mano izquierda estaba fuertemente vendada. Pregunté:

—¿Cuántos tengo rotos?

—Tres dedos.

—¿Y la nariz?

Ella asintió y dijo:

—Tiene visita, ¿se siente con ganas?

—Por supuesto.

Esperaba que fuera Sutton o Sean. Era Ann Henderson. Dio un grito ahogado al verme. Yo dije:

—Tendría que ver cómo quedó el otro tipo.

No sonrió. Se acercó y dijo:

—¿Esto ha sido por mi culpa?

—¿Qué?

—¿Ha sido por Sarah?

—No... no... por supuesto que no.

Dejó una bolsa de papel en el armario y dijo:

—Le he traído uvas.

—¿Nada de *whiskey*?

—Eso es lo último que necesita usted.

Sean se asomó por la puerta y exclamó:

—¡Madre mía!

Ann Henderson se inclinó, me besó en la mejilla y susurró:

—No beba.

Y se fue.

Sean se acercó con cuidado y dijo:

—Alguien ha debido de cabrearse de veras contigo.

—A eso es a lo que me dedico.

—¿Llamó alguien a la policía?

—Ellos eran la policía.

—Estás de guasa.

—Vi sus zapatos, desde más cerca de lo que me hubiera gustado. Puedes estar seguro de que eran polis.

—¡Joder!

Tomó asiento, con cara de estar peor que yo. Luego depositó en la cama una bolsa de Dunnes y dijo:

—Algunas cosas que pensé que te harían falta.

—¿Algo de beber?

Me sentí como el cura loco de la serie *Father Ted*. Hurgué en la bolsa.

Seis naranjas

Fanta

Una caja de bombones

Desodorante

Pijamas

Un rosario.

Cogí el rosario y pregunté:

—¿Tan mal te dijeron que estaba?

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó media de Jameson. Yo dije:

—Que Dios te bendiga.

Bebí de la botella, sentí moverse mi nariz destrozada. Rebotó en mi corazón y retumbó en mis costillas doloridas. Exclamé:

—Imponente.

Sean se quedó adormilado. Yo grité:

—¡Camarero!

Y dio un respingo. Parecía perdido y, peor aún, viejo. Dijo:

—Qué calor, hostias... ¿por qué calientan estos lugares como si fueran hornos?

Tal vez los analgésicos ayudaban, pero me sentí totalmente pedo. Pregunté:

—¿Dónde está Sutton?

Sean apartó la mirada y yo dije:

—¿Qué...? Vamos.

Bajó la cabeza, masculló algo entre dientes. Yo dije:

—Habla más alto... No soporto que hagas eso.

—Hubo un incendio.

—¡Oh, Dios!

—Está bien, pero la casita ha desaparecido. Con todos sus cuadros.

—¿Cuándo?

—El mismo día. La misma noche que a ti te dieron la paliza.

Moví la cabeza. Mala idea: el *whiskey* se puso a chapotear por detrás de mis ojos.

Dije:

—¿Qué hostias está pasando?

El médico apareció de nuevo y dijo:

—Señor Taylor, es importante que descanse.

Sean se levantó, apoyó su mano en mi hombro.

—Volveré esta noche.

—No estaré aquí.

Saqué las piernas de la cama. El doctor, alarmado, dijo:

—Señor Taylor, debo insistir en que vuelva a la cama.

—Me largo... E-C-O-M... ¿No es así como se dice?

—¿E-C-O-M?

—En Contra de la Opinión del Médico. Pero hombre ¿no ve usted Urgencias?

Me dio un pequeño mareo, pero el alcohol me protegía. Mi sangre cantaba pidiendo cremosas jarras de Guinness. Un buen montón de ellas. Sean reflejaba en su rostro todos los problemas del mundo. Dijo:

—Jack, sé razonable.

—¡Razonable! Nunca he sido tal cosa.

Accedí a coger un taxi, y mientras me llevaban en silla de ruedas hasta la salida, una enfermera dijo:

—Vaya pedazo de idiota.

GRANDES ENCERADORAS

La monja estaba leyendo a Patricia Cornwell. Me vio mirar de reojo la portada y dijo:

—Prefiero a Kathy Reichs.

Eso no tiene respuesta. Al menos no una respuesta educada. Pregunté:

—¿He llegado demasiado pronto?

A regañadientes, dejó a un lado el libro y dijo:

—Todavía falta media hora. Puede darse un paseo por los jardines.

Y eso hice.

El convento de las clarisas está en pleno centro de la ciudad. Cada domingo, a las cinco y media, hay una misa en latín. Es una especie de retorno a cincuenta años atrás.

Totalmente medieval.

El ritual, el olor a incienso, las entonaciones latinas, proporcionan un consuelo inexpresable.

No sé por qué voy. Pregúntenme algo sobre la fe y me pondré a consultar la página de las carreras de caballos. En un momento de descuido, se lo conté a Cathy B. Desde entonces siempre me daba la lata para acompañarme. Yo le decía:

—¿Por qué? Tú eres una especie de pagana inglesa.

—Soy budista.

—¿Ves lo que quiero decir? ¿Por qué demonios quieres venir?

—Es tan *Retorno a Brideshead*.

—¿Qué?

—En Inglaterra, el catolicismo tardío es para unos pocos escogidos. Evelyn Waugh, Graham Greene, todos conversos.

No paró hasta conseguirlo. Ahora la observaba entrar en el convento. Yo le había advertido:

—Vístete como es debido. No te pongas esa ropa tan cutre...

Ahora llevaba puesto un vestido largo. Adecuado para un baile de disfraces en el Banco de Irlanda... ¡pero para una misa! Luego vi sus Doc Martens. Dije:

—¡Llevas unas Docs!

—Les he sacado brillo.

—Pero son azules.

—A las monjas les encanta el azul.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto *Agnes de Dios*.

Luego vio mi nariz, mis dedos escayolados, arqueó las cejas. Le conté lo que había pasado. Ella dijo:

—Guau, qué pasada.

—¿Cómo dices?

—¿Crees que *ellos* vendrán a por mí?

—No hay *ellos* que valgan... es una coincidencia.

—Ya... seguro.

Sonó la campana. Cathy preguntó:

—¿Cómo sabré lo que debo hacer?

—Haz lo mismo que yo.

—Eso hará que nos echen a los dos.

Por dentro, la minúscula capilla era cálida y acogedora. Cathy cogió una hoja de himnos y exclamó:

—Tienen canciones.

—No para ti.

Pero sí.

La congregación participó en las canciones. Cathy más alto que nadie. Una monja se acercó después para felicitarla y le preguntó:

—¿Le gustaría cantar algún domingo?

Yo metí baza.

—No es de los nuestros.

Cathy y las monjas me fulminaron con una mirada de desprecio. Salí sigilosamente.

El padre Malaquías había llegado. Nada más bajarse de su bicicleta encendió un cigarrillo. Yo dije:

—Llega usted tarde.

Se sonrió y respondió:

—Pero, tarde... ¿para qué?

Malaquías era como Sean Connery, menos

El bronceado

El golf

No se le podía calificar como un amigo. Los curas tienen otras lealtades. Le conocía desde niño. Observó mis lesiones y dijo:

—Sigues bebiendo.

—Esto no tiene nada que ver con la bebida.

—Sacó sus cigarrillos. *Major*. El paquete verde y blanco. Tan fuerte como la coza de un mulo y el doble de mortífero. Comenté:

—Sigue usted fumando.

—Yo y Bette Davis.

—Ella está muerta.

—Exactamente lo que yo quería decir.

Observó a dos monjas y dijo:

—Grandes enceradoras.

—¿Qué?

—Para dar brillo a las cosas. En eso no hay quien las gane.

Miré a mi alrededor y luego pregunté:

—¿Cuál es la posición de la Iglesia sobre el suicidio en estos tiempos?

—¿Estás pensando en dejarnos?

—Hablo en serio. ¿Sigue manteniendo que los suicidas «no pueden» ser enterrados en suelo sagrado?

—Ah, no estás muy al corriente, Jack.

—¿Eso es una respuesta?

—No, es una triste realidad.

REALIDADES

Cathy B. y yo estábamos literalmente «comiendo fuera». En el Arco Español, comida china *para llevar*, mirando el agua. Ella dijo:

—Tengo mi informe.

—Acabemos primero la comida.

—Vale.

Arrojé a los cisnes una parte de mis tallarines *chow mein*. No pareció entusiasmarles. Un borracho se nos acercó:

—Dame cinco libras.

—Te daré una.

—Mientras no me des un euro...

Eché un vistazo a la comida y le ofrecí la mía. Muy a regañadientes la aceptó. Preguntó:

—¿Es extranjera?

—China.

—Volveré a tener hambre dentro de una hora.

—Pero tienes la libra.

—Y mi salud.

Se fue tan pancho a molestar a unos alemanes. Le sacaron una foto. Cathy dijo:

—Antes de mi informe, ¿puedo contarte una historia?

—Me encantan las historias.

Se lanzó a contar la suya.

—Mi padre era un contable de segunda fila. Ya sabes el viejo chiste... «¿En qué se reconoce a un contable extrovertido? En que te mira a los zapatos». El caso es que trabajó sin ascenso alguno hasta los cincuenta. Mi madre le ponía siempre a parir. Lo que más recuerdo es que tenía diez trajes. Todos eran idénticos y todos provocaban la cólera de mi madre. Ella era, como dicen los irlandeses, «el mismísimo Demonio». Él siempre fue amable y generoso conmigo. Cuando yo tenía nueve años, perdió su trabajo por culpa de la bebida. Mi madre le echó de casa. Cogió sus diez trajes y se fue a vivir a la estación de Waterloo. En aquellos túneles se ponía un traje limpio y cuando se ensuciaba lo tiraba. Cuando llegó al último traje, se tiró a las vías al paso del tren de Southampton de las 9:05.

—El expreso.

—Yo le odiaba porque mi madre le odiaba. Luego, cuando me di cuenta de quién era *ella*, empecé a comprenderle. Una vez leí que la madre de Hemingway le había enviado la pistola que su padre había utilizado para matarse. Mi madre nunca habría hecho algo así por maldad intencionada. Cuando ella murió, tuve que mirar todas sus cosas. Encontré un horario de llegadas de trenes a Waterloo. Tal vez pensó que al fin había logrado reformarse.

Lloraba, sus lágrimas se deslizaban por su rostro y caían sobre los tallarines al *curry* con un suave tintineo, como gotas de lluvia sobre una lámina de cristal. Abrí nuestra solitaria botella de vino, se la ofrecí. La rechazó con la mano y dijo:

—Estoy bien. ¿Sigues siendo un ignorante en cuestiones tecnológicas?

—Sí.

—Te lo contaré de forma sencilla. Metí una serie de datos en el ordenador, sobre suicidios de adolescentes en los últimos seis meses, y tuve dos resultados. ¿Te suena Planter's?

—¿El de la mantequilla de cacahuete?

—No, es una gran tienda de bricolaje, detrás de Edward Square.

—¿Al lado del nuevo Dunnes?

—Sí.

—¡Caray, Edward Square! Quiero decir... venga ya. En pleno Galway, ¿eso es irlandés?

Se me quedó mirando y luego prosiguió:

—De tres suicidios, tres de las chicas trabajaban allí a tiempo parcial.

—¿Y qué?

—Pues que es extraño. El propietario, Bartholomew Planter, es un escocés trasplantado. Un ricachón.

—Eso no quiere decir nada, Cathy.

—Hay más.

—A ver.

—Adivina quién protege las instalaciones.

—No lo sé.

—La empresa Green Guard.

—¿Y?

—Contratan a maderos pluriempleados.

—Oh.

—Eso mismo digo yo: oh.

Agarró el vino, bebió, preguntó:

—¿Ahora qué, tío listo?

—Quizá debería ir a ver al señor Planter.

—Al señor Ford.

—¿Ford?

—Es el director.

—Ah, pues entonces iré a verle a él.

Se quedó mirando el agua durante un rato y luego dijo:

—¿Quieres echar un polvo?

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Joder, ¿cuántos años tienes... diecinueve?

—¿Me vas a pagar por mi trabajo?
—Sí... pronto.
—Pues por lo menos échame un polvo.
Me levanté y dije:
—¿Algo más?
—Por supuesto.
—A ver.
—Al señor Planter le gusta jugar al golf.
—No creo que eso pueda considerarse sospechoso.
—Puede que sí, si sabes con quién juega.
—¿Con quién?
—Con un cierto superintendente Clancy, con ése.
Me fui a dar un paseo.

BRICOLAJE

Iba a decir que me puse mi mejor traje, pero lo cierto es que sólo tengo uno. Comprado en Oxfam hace dos años. Es azul oscuro con solapas estrechas. Me hace parecer un macarra. ¿Recuerdan el vídeo de Phil Collins donde aparece como tres personas distintas? Ése es el traje. Únicamente me queda rezar para que no me haga parecerme a Phil Collins. Si digo que me costó menos de diez libras, se pueden hacer una idea.

Por supuesto, eso fue antes de que Oxfam se convirtiera en una empresa con ideas. Yo tenía una camisa blanca que por desgracia lavé junto con una camiseta azul marino. Me comporto como si fuera perfectamente conjuntado. Una corbata, un poco suelta para transmitir el efecto de «Me importa un carajo, oiga». Sólidos zapatos marrones de cuero. El zapato hace al hombre. Abrillantados a base de escupitajos hasta verme reflejado en ellos.

Comprobé mi aspecto en el espejo. Pregunté:

—¿Le comprarías un coche a este tipo?

No.

Tenía un número de teléfono móvil de Sutton y lo marqué. Saltó el contestador y le dejé un mensaje. Mientras caminaba hacia el centro de la ciudad, intenté sentirme como un ciudadano. No lo conseguí del todo. Al llegar a la abadía, entré y encendí una vela a san Antonio, el descubridor de las cosas perdidas. Se me pasó por la cabeza pedirle que me encontrara a *mí mismo*, pero me pareció demasiado teatral. La gente iba allí a confesarse, ya me gustaría a mí tener acceso a semejante limpieza.

Ya en el exterior, un franciscano me dio los buenos días. Era la viva imagen de una salud de hierro. De mi edad, sin una arruga en la cara. Pregunté:

—¿Le gusta su trabajo?

—El trabajo de Dios.

Me estuvo bien empleado, por preguntar. Seguí hasta Edward Square. Cruzé Dunnes y vi seis camisas que no podía permitirme comprar. Seguí hasta Planter's. Era grande. Ocupaba todo lo que antiguamente era un aparcamiento. En recepción pregunté si podía ver al señor Ford. La chica dijo:

—¿Tiene usted cita?

—No.

—Entiendo.

Pero no era cierto. Llamó por teléfono a la oficina y Ford accedió a recibirme. Subí en el ascensor hasta el quinto piso. Su oficina era modesta y él estaba hablando por teléfono. Me hizo un gesto para que me sentara. Era pequeño, calvo, con un traje de Armani. Tenía aires de controlada energía. Al finalizar su conversación telefónica, se volvió hacia mí. Yo dije:

—Gracias por recibirme. Soy Jack Taylor.

Me sonrió brevemente. Dientes pequeños y amarillos. Traje ostentoso y dientes podridos. La sonrisa no tenía nada de amistosa. Dijo:

—Dice usted ese nombre como si significara algo. Significado cero.

Yo también pude sonreír, enseñarle lo que se puede conseguir con Ultra-Brite, y dije:

—Estoy investigando la muerte de Sarah Henderson.

—¿Es usted policía?

—No.

—¿Tiene alguna posición oficial?

—Posición cero.

Fue agradable devolverle la palabra. Respondió:

—¿Entonces no tengo absolutamente ninguna obligación de hablar con usted?

—Excepto los buenos modales.

Rodeó la mesa, se ajustó el pliegue de los pantalones, se sentó sobre el borde de la mesa. Sus pies no acababan de llegar al suelo. Sus zapatos eran Bally. Conozco muy bien todo aquello que no puedo comprar. Calcetines Argyll de elegante dibujo. Añadió:

—No existe ninguna buena razón para no echar de aquí a patadas su lamentable trasero.

Me di cuenta de que al tipo le encantaba hablar, ningún sonido tan dulce como su propia voz. Dije:

—¿Le sorprendería si le dijera que tres chicas, todas ellas ahora muertas, trabajaban aquí?

Se dio una palmadita en la rodilla y dijo:

—¿Tiene usted idea de los cientos de personas que salen y entran de nuestra empresa? Me asombraría que todos ellos vivieran eternamente.

—¿Conocía a esa chica en particular?

Creo que nunca había sabido lo que significaba realmente la palabra *sardónico* hasta que le oí reír. Dijo:

—Lo dudo mucho.

—¿Le importaría comprobarlo, como un favor a la madre de la chica?

Se bajó de la mesa de un salto, apretó el interfono y dijo:

—Señorita Lee, búsqume el expediente de una tal Sarah Henderson.

Se sentó, vivo retrato de la relajación. Yo dije:

—Es impresionante.

—¿El interfono?

—No, el hecho de que no haya tenido que pensar ni siquiera un instante para pronunciar el nombre de la chica.

—Ésa es la razón por la que yo estoy aquí sentado con un traje de tres mil libras y usted ahí... digamos... con un saldo del año pasado.

La secretaria llegó con una carpeta delgada. Ford se puso unas gafas, unos

quevedos, naturalmente. Pronunció una serie de

Eh...

em...

Ejem... em...

Ajá...

Luego cerró la carpeta y dijo:

—La chica era una vaga.

—¿Una qué?

—Floja para el trabajo. Tuvimos que prescindir de ella.

—¿Eso es todo?

—Así es. Era, lamentablemente, lo que nosotros denominamos un artículo defectuoso. No tenía ningún futuro.

Me levanté y dije:

—En eso tiene toda la razón. Está claro que no tiene futuro ninguno.

*... tan engreído pensaba...
que los límites de la desolación
habían sido plenamente explorados.*

Sutton se alojaba en el Skeff. Como cualquier otro lugar de Galway, había sido recientemente renovado. Cualquier espacio es inmediatamente confiscado para hacer «apartamentos de lujo».

Encontré a Sutton en el bar, dando buena cuenta de una pinta de Guinness. Inspirado, dije:

—Hola.

No respondió, observó mis heridas en proceso de curación, asintió con la cabeza. Yo ocupé un taburete junto a él, hice señas al camarero para que trajera dos cervezas, y dije:

—¿Te acuerdas de Cora?

Negó con la cabeza y dijo:

—No soy de aquí, recuerda.

Las cervezas llegaron y yo hice ademán de pagar pero Sutton dijo:

—Cárgalo en mi cuenta.

—¿Tienes una cuenta?

—Va incluido en el paquete del artista... un artista calcinado, por cierto.

Pensé que era mejor afrontarlo directamente, y dije:

—Mi paliza, tu incendio, yo no pensaba que estuvieran relacionados. Entre sí o con ninguna otra cosa.

—¿Y ahora?

—Creo que todo es deliberado. Lo... lo siento...

—Yo también.

Silencio hasta que dijo:

—Cuéntamelo todo.

Eso hice.

Me llevó más tiempo de lo que pensaba y la cuenta creció. Cuando acabé, dijo:

—Cabrones.

—Más que cabrones.

—¿Tienes alguna prueba?

—Nada.

Le hablé de Green Guard, la empresa de seguridad, y añadí:

—Dan trabajo a los maderos.

—Así es. ¿Y tú estás pensando... qué?

—Averiguar si mis asaltantes están allí.

—¿Y luego?

—Devolverles el golpe.

—Eso me gusta. Quiero participar.

—También me gustaría conocer al señor Planter. Él o Ford mataron a esa chica. Quiero saber cómo y por qué.

—Planter está forrado.

—Por supuesto.

—Probablemente tuvo un capricho.

—Seguro que sí.

Dio un trago largo. Se le quedó un bigote de espuma blanca. Preguntó:

—¿Crees que le gustará la pintura?

—Oh, sí.

—Déjame pensar.

—Estupendo.

—¿Quieres comer algo o solamente emborracharte?

—Lo de emborracharme suena mejor.

—¡Camarero!

... temores que revelan a diario...

reales

las marcas en el tiempo

cubiertas de cicatrices.

Al día siguiente, me sentía morir. No era la resaca normal y corriente, sino la gran *enchilada*^[6]. Una de esas que gritan: ¡PÉGAME UN TIRO!

Volví a la superficie casi a mediodía. Recordaba todo lo que había pasado hasta las cuatro de la tarde del día anterior. A partir de entonces, puro napalm. Sé que Sutton y yo acabamos en O'Neachtain's. Visiones fugaces de:

Baile de la conga con unos noruegos.

Pulsos con el gorila.

Dobles de Jack Daniels.

Mi ropa estaba toda estrujada junto a la ventana. Los restos de la comida basura de la noche anterior asomaban por debajo de una silla. Patatas fritas pisadas y lo que parecía ser una alita de pollo de color verdoso.

¡Joder!

Vomitó a conciencia. El rezo matutino. Un antiguo ritual, de rodillas delante de la taza del váter.

¡Una Twyford!

Fabricaban tazas de váter para toda la vida.

Al fin, purgado, mi organismo se adaptó a un ritmo de arcadas espasmódicas. De esas que intentan vaciarte las tripas hasta el tórax. El tórax. Excelente palabra. Proporciona una sensación de imparcialidad médica.

Quería tomarme un chupito contra la resaca. Joder, quería la botella entera. Pero eso significaría más días perdidos. Tenía una venganza que aplicar, unos malvados a los que atrapar. Con manos temblorosas intenté hacerme un porro. Sutton me había dado un poco de hachís del bueno. Me había dicho:

—De las montañas azules del Atlas, es cosa seria. Trátala con respeto.

No fui capaz de liar aquella maravilla. Fui a la alacena, encontré una magdalena de cereza rancia. La vacíe por dentro. Calenté el hachís en papel de aluminio y luego lo eché generosamente en el pastel. Metí la mezcla en el microondas y a volar.

Chico, aquello tenía un aspecto lamentable. Cuando se enfrió, probé un bocado. Oye, no estaba mal. Entre traguito y traguito de agua, fue pasando.

Luego me puse cómodo, para ver adónde me llevaba.

Me puso en órbita.

Los pasteles de hachís son perfectos para los viajes espaciales. Puedo confirmarlo.

Un profundo sosiego me envolvió. Mi mente caminaba de puntillas por un campo de tulipanes. Exclamé en voz alta... ¿lo hice realmente?... «Me encanta mi vida».

Ése es el mejor indicador de mi estado. Un rato después, me dio hambre y me puse a mirar el pollo verde. Por fortuna, una *pizza* congelada había logrado sobrevivir a mis recientes incursiones, y me entretuve con ella. Cuando iba por la mitad, me quedé dormido. Fuera de juego durante seis horas. Si soñé, fue con *Hotel California*.

Cuando recobré el conocimiento, la resaca se había calmado. No había desaparecido del todo, pero definitivamente ya no lanzaba aullidos. Después de una ducha y un afeitado extremadamente prudente, me acerqué a mi estantería de vídeos. Es escasa, pero contiene mis auténticos indispensables.

Paris, Texas

Érase una vez en el Oeste

Sunset Boulevard

Perdición

El camino de Cutter

Dog Soldiers

En 1976, Newton Thornberg escribió *Cutter y Bone*. Tres supervivientes arruinados de los sesenta comparten una casa. Cutter, un enloquecido veterano de Vietnam, tullido. Bone, un desertor marginado. Mo, una madre alcohólica y agorafóbica. Investigan el asesinato de una joven prostituta. Incordian a quien no deben y Mo y su bebé son asesinados.

Cutter y Bone siguen la pista a un capitalista a quien consideran responsable. Cutter, según Bone:

Vive en una salvaje desesperación. Evitaba responder a cualquier idea o situación con otra cosa que no fuera una carcajada. Su mente era una casa de espejos, con distorsiones que se reflejaban unas a otras.

Cutter actúa sobre la base de dos cosas:

Desesperación

Cinismo.

Robert Stone escribió *Dog Soldiers* en 1973. Karl Reisz la adaptó al cine en 1978. De nuevo hay tres personas hechas polvo.

Marge, enganchada a los fármacos. Su esposo, John Converse, un corresponsal de guerra, y Hicks, que introduce drogas en Estados Unidos. John Converse vende a su amigo al fiscal y descubre que el miedo era algo extremadamente importante para él. Tengo miedo, luego existo.

Hicks, perseguido por los malos y por la policía, muere en una antigua gruta de *hippies*. En la pared alguien ha escrito:

LAS METÁFORAS NO EXISTEN

Me vi esas películas una tras otra y me sentí como me había sentido toda mi vida... como un idiota.

*«Al pasar junto una puerta
apareció un hombre
vestido con un elegante traje antiguo
y un enorme sombrero.
Al pasar a su lado nos miramos
como dos cautelosos lagartos
deslizándose por una piedra desnuda».*

Walter Mosley, *Mariposa blanca*

Son las once de la mañana, estoy sentado en un banco de Eyre Square. Los residuos de la noche del domingo se remueven suavemente. A las cuatro, antes del amanecer, es cuando se declara la zona de guerra. Los clubes nocturnos y los tugurios de comida rápida expulsan a las hordas.

Comienzan las peleas y las broncas.

En un extremo de la plaza hay una estatua de Padraig Ó Conaire^[7]. Alguien le ha decapitado. En las Navidades de hace dos años un gamberro prendió fuego al pesebre.

A dos pasos del urinario público, un muchacho fue asesinado. Una ciudad en pleno proceso predatorio.

¡Progreso... y una mierda!

Llevo en la chaqueta un ejemplar maltrecho de *Been down so long it seems like up to me* de Richard Fariña. La edición de color verdoso pálido. Fuego en los bolsillos, como Robert Ginty en *El exterminador*. Richard Fariña era el cuñado de Joan Baez.

Hubiera podido escribir buenos libros, probablemente, pero la droga acabó con él. Hago una lista en mi cabeza:

Jarrell

Pavese

Plarh

Jarrell se arrojó al agua desde un crucero caribeño

y

Gustav Flaubert (1849):

*Mientras mi cuerpo prosigue su
viaje,
mis pensamientos insisten en volver
y enterrarse en los días pasados.*

En voz alta, murmuro, en irlandés: «Och, achon»^[8].

Una *hippie* nómada se acerca, se sienta en el extremo de mi banco. Yo me estoy tomando un capuchino en un vaso de plástico.

Sin chocolate espolvoreado por encima. Odio esta basura.

La *hippie* tiene veintitantos años y lleva puestos brazaletes en todas las zonas imaginables de su cuerpo. Dice:

—La cafeína te matará, tío.

No considero que eso requiera una respuesta. Ella insiste:

—¿Me has oído, tío?

—Sí, ¿y qué?

Se arrima un poco más y pregunta:

—¿Qué pasa con tu mala onda?

Una nube de pachulí me envuelve. Decido cortar por lo sano el rollo *hippie* y le digo:

—Vete a la mierda.

—Jo, tío, cuánta hostilidad.

Mi café se ha enfriado y lo dejo. Ella pregunta:

—¿Tenías alfombras rojas en tu casa cuando eras niño?

—¿Qué?

—Según el Feng Shui, eso hace que un niño se vuelva agresivo.

—Teníamos lino. Marrón, con un suave tono color vomitona. Iba incluido con la casa.

—Oh.

Me levanto y ella exclama:

—¿Dónde estabas cuando John murió?

—En la cama.

—La Morsa nunca morirá.

—No lo quiera Dios.

Y me largué de allí. Miré atrás y la vi zamparse el capuchino hasta la última gota.

Reviento de ganas de mear y me arriesgo a utilizar los urinarios públicos. Un pequeño grupo de borrachos se ha instalado allí temporalmente. El lugar tiene mala fama desde que una red de pedófilos se dedicó a buscar allí a sus víctimas. El jefe de los borrachos grita:

—¿Quiere un trago?

No suelo negarme, pero respondo:

—No, pero muchas gracias.

Mi entrevista en Green Guard es a las 12:30, de manera que todavía dispongo de un poco de tiempo. Me observo fugazmente en el espejo, tengo el pelo todo revuelto. Al salir, digo:

—Cuídense.

El grupo responde al unísono:

—Que Dios le bendiga, señor.

A poca distancia de Quay Street, veo una de esas viejas barberías. Miro la hora, me lo pienso... y entro.

No hay clientes. Un tipo de unos treinta años deja de leer el *Sun* y dice:

—Hola, ¿qué tal?

—Muy bien, gracias.

Enseguida noto su acento inglés y pregunto:

—¿No era ésta la barbería de Healy?

—¿Qué va a ser?

No llegó a llamarme «jefe», pero la palabra quedó en el aire, a la altura del peine.

Yo dije:

—Olvidé los números, pero creo que quiero un número tres.

—¿Está seguro?

—Bueno, Beckham es un número uno, así que yo definitivamente quiero un número más alto.

Se acercó a la silla y me senté. Hice todo lo posible por no verme en el espejo.

Pregunté:

—¿Londres?

—Highbury.

Sentí el impulso de decir «en Highbury se habla como el culo», pero opté por esto otro:

—Qué buen tiempo hace.

La música estaba alta y el tipo dijo:

—Joy Division... *Unknown Pleasures*, 1979.

No me disgustaba. Aquella retorcida mezcla de gracia y salvajismo despertaba mi atrofiada sensibilidad. Dije:

—No están mal.

—Qué dices, compañero, son el no va más. ¿Sabes una cosa? Hace ya veinte años que Ian Curtis se bebió una botella de *whiskey* escocés, vio una película de Werner Herzog en la tele, puso un disco de los Stooges...

Se interrumpió. Se acercaba el final y no iba a ser bueno. Pude representar mi papel y pregunté:

—¿Qué pasó entonces?

—Entró en la cocina y se colgó del perchero.

—Hostias.

El tipo dejó de cortarme el pelo y bajó la cabeza. Un momento de silencio. Yo pregunté:

—¿Por qué?

—No sé. Estaba atrapado entre un matrimonio fracasado y su amante. Estaba jodido de salud y era incapaz de controlar el enorme éxito del grupo... ¿Un poco de gel?

—¿Qué opinas tú?

—Yo me lo pondría.

—Pues venga.

Y me lo puso.

Al despedirme, le di una buena propina. Él dijo:

—Vaya, muchísimas gracias.

—No, gracias a ti.

Había llamado por teléfono a la empresa de seguridad a primera hora de la mañana. Les di un nombre falso, dije que estaba buscando trabajo.

Me preguntaron:

—¿Alguna experiencia?

—He estado en el ejército.

—Estupendo.

Quería comprobar si alguno de sus empleados me reconocía. A partir de ahí, tendría que apañármelas sobre la marcha. En el peor de los casos, hasta era posible que me dieran trabajo.

De camino, entré en Zhivago Records. El director, Declan, pertenecía a una especie cada día más rara: era de Galway. Dijo:

—¿Cómo va todo?

—Todo bien.

—Hostias, ¿qué te ha pasado en el pelo?

—Es un número tres.

—Es un horror. ¿Qué llevas pegado encima?

—Es gel.

—Parece esperma o algo así.

—Quiero comprar un disco, así que corta el rollo, por favor.

—¡Qué susceptible! ¿Qué es lo que estás buscando?

—Joy Division.

Soltó una carcajada.

—¿Tú...?

—Hostias, ¿quieres venderme un disco o no?

—El álbum de recopilación... ése es el que tienes que comprar.

—Vale.

Me cobró unas cuantas libras de menos, así que supuse que me estaba descontando las ralladuras. De nuevo en la calle, respiré hondo y dije:

—Comienza el espectáculo.

*«Linda le puso la mano en el brazo. “¿Sabes?,
no tienes que hacer esto”.*

*Él se volvió hacia ella, un poco sorprendido. “Queremos
averiguar lo que pasa a continuación, ¿verdad?”.*

*“Olvidaba”, dijo Linda, “que me estás utilizando. Soy
una idea para una película”.*

Chili dijo: “Nos estamos utilizando mutuamente”».

Elmore Leonard, *Tómatelo con calma*

La oficina de la empresa de seguridad estaba en Lower Abbeygate Street. Entré y una recepcionista me pidió que esperara, con estas palabras:

—El señor Reynolds le recibirá enseguida.

Me acababa de sentar cuando la chica me llamó. Al entrar, el tipo que se encontraba detrás de la mesa tardó en reaccionar. Le observé las manos. Tenía magulladuras y cortes en los nudillos. Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Yo dije:

—¡Sorpresa!

Él se puso de pie, un tipo grande, todo músculo, y dijo:

—No tenemos ninguna vacante.

—Qué lástima. Pensaba que podría servirles como matón.

—No sé de qué me está hablando.

Alcé los dedos vendados y dije:

—Me gusta su trabajo.

Hizo un ademán de apartarse de la mesa y yo dije:

—No es necesario que me acompañe.

La recepcionista me lanzó una mirada tímida y dijo:

—¿Le dieron el trabajo?

—Ya me lo habían dado.

Ya en el exterior, respiré hondo. Así pues, había demostrado una conexión, pero ¿qué había logrado con ello? Llamé a Sutton por teléfono y se lo conté. Comentó:

—Bien, vamos por el buen camino.

—Pero ¿hacia dónde?

—Hacia el infierno, diría yo.

—Por lo menos me resultará familiar.

Al llegar a casa aquella noche, me dediqué a la tarea de liquidar lentamente una caja de seis botellas de cerveza. Sonó el timbre. Abrí la puerta a Linda, la empleada de banca que vive en el piso de arriba. Exclamó:

—Dios mío, ¿qué te ha pasado?

—Sólo es un rasguño.

—Una borrachera, supongo.

—¿Querías algo?

—Tengo una fiesta esta noche, solamente unos cuantos amigos.

—¿Me estás invitando?

—Bueno, sí, pero hay algunas reglas.

—Allí estaré.

Y cerré la puerta. Acababa de abrir otra cerveza cuando el timbre de la puerta volvió a sonar. Imaginé: «Ya empieza la fiesta», y abrí la puerta de golpe. Era Ann

Henderson. Dije:

—Oh.

—Esperabas a otra persona.

—No, quiero decir... pasa.

Llevaba un montón de bolsas de compra. Dijo:

—Pensé que te vendría bien algo sólido. ¡No! Estaba segura de que te sentaría bien algo sólido. Pero antes necesito un chupito de *colada*.

—¿Piña colada?

Me lanzó una mirada de casi desprecio y dijo:

—Es la dosis más alta de cafeína y azúcar en un vaso de chupito.

—¿No daría lo mismo un chupito de *whiskey* escocés?

Otra mirada.

Encontró la cocina. Cosa no muy difícil, ya que solamente hay otras dos habitaciones. Escuché su grito entrecortado:

—¡Oh... Dios... mío!

—Lo siento, no he tenido mucho tiempo para limpiar.

—Ven. Voy a abrir el vino.

Fui.

Ya estaba sacando las cosas de las bolsas, removiendo cacharros. Preguntó:

—¿Te gustan los espaguetis?

—¿No deberían gustarme?

—Es la cena.

—Me encantan.

Después de servir el vino, me hizo salir. Me senté en el salón y me terminé la cerveza. Realmente no deseaba mezclarla con vino, pero pensé: «A tomar por culo». Que es la versión abreviada de la *Oración de la serenidad*.

Media hora después, estábamos sentados ante la mesa, con montañas de comida delante de nosotros. Ella preguntó:

—¿Bendecimos la mesa?

—No nos vendrá mal.

—Gracias, Señor, por esta comida y esta bebida.

Yo hice un gesto de asentimiento.

Intenté comer con buenos modales. Ella sacudió la cabeza y dijo:

—Jack, no se puede ser elegante y comer espaguetis a la vez. Deja que chorreen, come como un italiano.

Detesto admitirlo, pero me gustó que me llamara por mi nombre. Me dejé de precauciones y me puse a comer como un demonio. Ella se quedó mirándome y dijo:

—Había olvidado lo agradable que es ver a un hombre comer.

Incluso el vino no estaba mal del todo. Yo dije:

—¿Quieres una fiesta?

—¿Cómo dices?

—En el piso de arriba... mi vecina... yo no le caigo bien, pero seguro que tú la sorprendes.

—¿Por qué?

—Bueno, porque eres una dama sorprendente.

Se puso en pie y preguntó:

—¿Postre?

—No... ya no puedo más.

Yo llevaba puesto un jersey gris con un letrero que decía AYLON. La W se había borrado hacía mucho tiempo. Llevaba también unos pantalones de pana negros totalmente desgastados y unos mocasines Du Barry. Parecía un anuncio. De moda retro.

Ann llevaba un jersey rojo. Sin logotipo. Unos vaqueros azules desteñidos y unas Reeboks blancas. Podríamos haber hecho uno de esos anuncios de hipotecas. No hice ningún comentario. Ella dijo:

—Realmente no estamos vestidos como para ir a una fiesta, ¿verdad que no?

—Pero estamos cómodos, ¿no? Pensarán que somos una vieja pareja informal.

Esto la puso triste. Yo hice lo que se suele hacer en estos casos. Dije:

—¿Otra copa?

—¿Por qué bebes tanto, Jack?

Tuve la sensación de que la noche se me iba de las manos. Me acerqué a la estantería, saqué un volumen, lo hojeé, encontré el pasaje que había leído mil veces, se lo pasé y dije:

—¿Puedes leer esto?

Lo leyó

Es siempre lo mismo. Cuando todo acaba y echas un vistazo alrededor, la visión de las heridas que has dejado en las personas que se preocupan por ti te afectan más que las que te has causado a ti mismo. Aunque no tengo lamentaciones ni remordimientos con respecto a casi ninguna cosa que haya pedido hacer, si existe un rincón para tales sentimientos, entonces tiene que ver con ese estado de conciencia. Debería ser suficiente para impedirte volver a hundirte, pero rara vez es así.

Anthony Loyd, *Mi vieja guerra, cuánto te echo de menos.*

Entré en el baño, examiné mi corte al tres. El gel se estaba solidificando. Consideré la posibilidad de un lavado rápido, pero pensé: «A la mierda». Cuando volví, Ann había dejado el libro a un lado y dijo:

—Es tan triste.

—¿Aclara algo?

—No lo sé.

No quería entrar en ese terreno, así que dije:

—Vayamos a esa fiesta.
—¿No deberíamos llevar algo?
—¿No queda una botella de vino?
—Ah, vale.

Subimos las escaleras en un silencio incómodo. Al llegar a la puerta de Linda, oímos música. Sonaba parecido a James Taylor. Joder, qué mal presagio. Llamé con los nudillos.

Abrió Linda. Llevaba puesto un vestido largo y suelto. Yo dije:

—He traído a una amiga.

Linda dudó tan sólo durante un segundo y luego dijo:

—Estupendo. Pasad.

Pasamos.

Todo el mundo iba de punta en blanco. Las mujeres con vestidos largos, los hombres con traje. Parecíamos dos criados. Ann exclamó:

—Oh, oh.

Hice las presentaciones entre Linda y Ann. Se observaron mutuamente con frialdad. Linda preguntó:

—¿A qué te dedicas, Ann?

—Limpio oficinas.

—Entiendo.

Pero no era cierto.

Habían instalado una barra a lo largo de la pared. Con su camarero y todo. Llevaba chaleco y pajarita. Tomé a Ann de la mano y dije a Linda:

—Luego nos vemos.

El camarero dijo:

—Buenas noches, chicos. ¿Qué puedo ofrecerles?

Ann pidió un vino blanco. Yo hice como si no lo tuviera claro y luego dije:

—Dame un tequila doble.

Ann suspiró. Creo que el camarero también, pero más discretamente. Preguntó:

—¿Limón y sal?

—No, pasemos de chorradas.

Un vaso pesado y macizo. Me hizo gracia ver que la base tenía una de esas pegatinas imposibles de despegar. Decía:

Roches

£4,99

Un tipo trajeado se aproximó a Ann y desplegó su don de gentes. Yo me incorporé cuando estaba diciendo:

—En *Sky News*, justo antes de salir de casa, dijeron que habían encontrado a un hombre crucificado al noroeste de Londres.

—¡Oh, Dios!

El tipo apoyó levemente su mano sobre el brazo de Ann y dijo:

—No te preocupes, en el reportaje dijeron también que sus heridas no suponían ningún peligro para su vida. Yo dije:

—Pero tampoco habrá mejorado mucho. Linda se aproximó con un tipo alto y dijo:

—Jack, quiero presentarte a Johann, mi novio.

—Enhorabuena.

Johann me miró de arriba abajo y preguntó:

—¿A qué te dedicas, *Jackues*?

—Me llamo Jack. Estoy en el paro. Linda ofreció una sonrisa forzada y dijo:

—Johann es de Rotterdam, es programador.

—Estupendo, yo tengo la tele estropeada.

*Mala intención
con una pizca de
Galway*

Ann iba por su tercera copa de vino. Oh, sí, las estaba contando.

Me resultaba más fácil que contar las mías. Yo seguía con el tequila. John Wayne solía decir que le sentaba mal a su espalda. Cada vez que la bebía, se caía de su taburete.

Linda se acercó y preguntó:

—¿Puedo hablar contigo?

—Dispara.

—En privado.

La música había subido de volumen. Sonaba sospechosamente parecida al tecno de Gary Numan. Así de horrible. Linda me llevó al dormitorio. Cerró la puerta. Yo dije:

—Lo siento, ya estoy comprometido.

Ella ignoró el comentario, se sentó en la cama. La habitación estaba totalmente atiborrada de animales de peluche:

Ositos rosas

Ranas rosas

Tigres rosas.

Por lo menos, eso me pareció. No estaba en condiciones de comprobarlo. Linda dijo:

—Sabrás que me va muy bien en el banco.

—Eso es estupendo, ¿no?

—Por supuesto. Han aceptado generosamente ayudarme a comprar una casa.

—Llegó la hora de partir, Linda.

—Esta casa.

—Oh.

—Tengo intención de hacer importantes reformas.

—Ah, por eso no te preocupes. Yo estoy fuera todo el día.

—Jack... me temo que tendré que pedirte que te vayas.

Durante un extraño momento, pensé que se refería al dormitorio. Luego recobré fuerzas y acerté a decir:

—Soy un inquilino fijo.

Quería decir que no iba a ser fácil echarme.

Un desahucio supone sin duda una conmoción para tu organismo. La cabeza se te puede disparar en cualquier dirección. A mí me dio por pensar en armas de fuego. Bueno, en una muy concreta. Dije:

—¿Sabías que las unidades especiales de la policía tienen una pistola nueva? No es una pipa cualquiera, sino la Rolls Royce de las pipas.

—¿Cómo dices?

—Oh, sí. A los miembros de las unidades de intervención rápida les entregan ahora la Sig Sauer P-226.

—¿De qué demonios me estás hablando?

—Es una pistola suiza. De ahí le viene la precisión. Ya ves, con tanta neutralidad, han tenido tiempo de sobra para diseñar una pistola seria. ¿Crees que toda esta historia contiene alguna moraleja?

—Jack... estoy hablando en serio, tendrás que buscar otro sitio donde vivir.

—Por supuesto, tú que te dedicas al negocio bancario, no vas a llevarles la contraria a los suizos.

Se levantó y dijo:

—Tengo que volver a la fiesta.

—Cuesta setecientas libras cada una. No creo que una cosa así te pueda tocar en la lotería.

Desde la puerta del dormitorio, ella dijo:

—Vamos, Jack.

—No, me voy a quedar aquí un rato, a pensar en las pistolas.

Ella se fue.

Pensé que no podía trasladarme al Skeff con Sutton. Tal vez había llegado el momento de hacer esa mudanza a Londres. Unos golpecitos en la puerta. Yo dije:

—Sí.

Ann entró y preguntó:

—¿Qué estás haciendo, Jack?

—Estoy conversando con los ositos rosas.

—Mal síntoma.

—Claro, pero ¿para quién... para *mí* o para los ositos?

—Linda parecía muy seria cuando volvió a la fiesta. ¿Qué ha pasado?

—Hemos hablado de pistolas.

—Pistolas.

Cuando volvimos a mi piso, Ann dijo:

—Me siento un poco borracha.

—¿Quieres seguir?

—No, por Dios.

Se hizo un silencio incómodo. Yo no sabía qué hacer. Ella dijo:

—¿Me besas?

Lo hice, aunque no muy bien. Ella dijo:

—No te has esforzado lo suficiente, vuelve a intentarlo.

Fui mejorando.

Luego nos fuimos a la cama y fue maravilloso. Lento, extraño, excitante. Después, ella dijo:

—Hacía tanto tiempo.

—Yo también.

—¿De veras?

—¡Oh, sí!

Luego titubeó y dijo:

—No he mencionado a Sarah en toda la noche.

—No te hace falta, la tienes en los ojos todo el tiempo.

Se abrazó más fuerte y dijo:

—Qué hermosas palabras.

Me sentí como no me había sentido desde hacía más tiempo del que estaba dispuesto a admitir.

Luego ella preguntó:

—¿Has estado enamorado alguna vez?

—Hubo una mujer, cuando estaba en la policía. Me hacía sentirme mejor de lo que era.

—Eso es bueno.

—Pero lo jodí todo.

—¿Por qué?

—Es lo que mejor se me da.

—Ésa no es una respuesta.

—Podría decir que fue la bebida, pero no es cierto. Tengo un punto de autodestrucción. Vuelvo a él constantemente.

—Puedes cambiar.

—No sé si quiero.

En ese sombrío tono nos dispusimos a dormir.

Cuando desperté, se había marchado. Una nota sobre la almohada:

Querido Jack,

Eres adorable. No te autodestruyas.

No podría soportarlo.

Besos

Ann.

No estaba seguro de dónde me estaba metiendo.

*Una conciencia llena
de
sueños de otros*

Nunca tuve intención de matarle.

Se abusa más allá de lo tolerable de una expresión corriente: «Me dejé llevar». Se utiliza para disculparlo todo desde

Las palizas conyugales

Hasta

Conducir borracho.

Bueno, pues me dejé llevar. Lo que empezó como un ejercicio de *intimidación* acabó en asesinato. Así es como pasó. Después de mi estancia con Ann, me encontré con Sutton al día siguiente. *Estancia* es una palabra encantadora, tiene una resonancia de cultura y asombro. Así que me sentía bien, me sentía fuerte y preparado. Había pedido a Sutton que me recogiera en Seapoint, el enorme salón de baile que monta guardia junto a Salthill.

Allí es donde había hecho mi aprendizaje de baile con las bandas de finales de los años sesenta. ¡Menudas bandas!

Brendan Bowyer

The Indians

The Freshmen.

Aquellos tipos se subían al escenario a las nueve, tocaban sin parar durante horas. Y te lo daban todo. Se dejaban la piel con todo tipo de versiones, desde

Suspicious Minds

hasta

If I didn't have a dime...

No sé si fue una época de inocencia, pero sin duda fue una época de entusiasmo.

Mientras estaba sentado en el paseo, sonaba en mi cabeza *Ghost Town* de los Specials. Un número 1 de 1981 captaba perfectamente el malestar social del Londres de aquella época.

Sutton llegó en un Volvo. Parecía seriamente abollado. Me subí al coche y pregunté:

—¿Dónde encontraste esto?

Era automático, lo puso a toda velocidad y dijo:

—Se lo compré a un sueco en Clifden.

Me echó una mirada y preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—¿A mí?

—Sí, tienes una sonrisa del carajo.

—¿Ah, sí?

—Sí, pareces más contento que unas castañuelas.

Luego golpeó el volante con la palma de la mano y exclamó:

—Ya lo tengo... Te han echado un polvo... qué cabrón, es eso, ¿verdad?

—He tenido suerte.

—¡Qué increíble! El viejo Taylor. ¿Quién ha sido, esa chica dura, cómo se llama, Cathy B.?

—No.

—No me hagas jugar al juego de las adivinanzas. ¿O te fuiste con una fulana, eh?

—Ann Henderson.

—¿La madre de la chica muerta?

—Sí.

—Hostias, Taylor, ¿eso te parece inteligente?

Cathy B. había encontrado la dirección de Ford. Cuando se lo dije a Sutton, preguntó:

—¿El tipo no está casado?

—No.

—Vayamos a su guarida, a ver qué encontramos.

Aparcamos en un lateral de Blackrock. Las torres de Salthill se alzaban imponentes detrás de nosotros. Sutton preguntó:

—¿Dónde vive?

—En la planta baja.

Colarnos dentro fue pan comido. La cerradura era una de esas de la marca Yale. Entramos en un amplio salón, amueblado por todo lo alto. Y bien cuidado. En una mesa de centro alargada había un libro, abierto, pero nada más. Eché un vistazo al título, *Finnegans Wake*. Sutton dijo:

—Ya ves, como si alguien pudiera leer eso realmente.

Hicimos una búsqueda exhaustiva, sin encontrar nada. Sutton preguntó:

—¿Estás seguro de que vive alguien aquí?

—Hay ropa en el armario, comida en la nevera.

Sutton se apoyó contra la pared del salón y dijo:

—¿Ves esta alfombra?

—Bien cara, diría yo.

—Pero no está nivelada. Mira cerca de la lámpara, está un poco levantada.

—¿Y qué?

—Veamos qué hay debajo.

Al retirar la alfombra, vimos unas baldosas sueltas. Sutton se agachó, las apartó a un lado y dijo:

—Bingo.

Empezó a sacar una serie de cintas de vídeo. Un lote de revistas, también. Con un vistazo bastaba para ver de qué trataban, pornografía infantil. Sutton dijo:

—Pon toda esta mierda encima de la mesa.

Eso hice.

Comprobamos dos de los vídeos. Más de lo mismo. Sutton preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Esperémosle.

Asaltamos la nevera, encontramos unos buenos filetes, los cocinamos. Hacia las seis y media, yo estaba adormilado cuando oí una llave en la cerradura. Sutton estaba de pie, con aspecto relajado. Ford entró, antes de vernos ya estaba en el salón. Sutton se había movido hacia la puerta. Ford se quedó mirando la mesa, los montones apilados. Si le entró el pánico, lo disimuló bien; preguntó:

—¿Qué es lo que quiere?

—Información.

—Ah.

—Cuénteme lo que sepa sobre Sarah Henderson y las otras chicas.

Se sentó, miró hacia Sutton y dijo:

—Otro expolicía.

—¿Eso importa?

—No, supongo que no.

—Entonces, señor Ford, cuéntenoslo todo.

—No hay mucho que contar. Al señor Planter le gustan las jovencitas. A veces se ponen difíciles, empiezan a soltar amenazas. Qué puedo decir, se deprimen, se tiran al agua.

Hasta entonces, yo había permanecido tranquilo. Pero algo en su petulante expresión, el desprecio en su voz, me enfureció. Me levanté y me lié a puñetazos con él. Le tiré al suelo y me escupió. Me lo quité de encima y su cabeza cayó pesadamente sobre una mesa baja. No se movió. Sutton se acercó, le tomó el pulso y dijo:

—El hijo de puta la ha palmado.

—¿Qué?

—Que está muerto.

—Joder.

—Será mejor que nos larguemos de aquí. Hay que limpiarlo bien todo.

Incluso volvimos a poner las cintas de vídeo en su sitio. Al salir, Sutton limpió el pomo de la puerta y dijo:

—Esperemos que crean que se ha caído.

UNA LÚGUBRE ARTICULACIÓN

Sutton me llevó hasta mi casa. No habíamos pronunciado ni una palabra durante el camino. Entonces pregunto.

—¿Quieres que entre?

—No.

—¿Estarás bien?

—No tengo ni idea.

—Mira, Jack... Escucha. Ha sido un accidente. Además, tampoco es una gran pérdida. Ese tipo era basura, el mundo estará mejor sin él.

—Sí, hasta luego.

Acababa de abrir el portal cuando apareció Linda. Dijo:

—Ah, Jack.

No respondí, la rocé al pasar. Escuché su exclamación:

—¡Pero bueno!

Me importaba un carajo. Nada más llegar, me di una ducha, me froté la piel hasta hacerme daño. Todavía podía sentir el escupitajo de Ford en mi cara, como una quemadura. Sonó el teléfono. Gruñí:

—Diga.

—Jack, soy Ann.

—Sí... ¿Qué pasa?

—¿Estás bien?

—Hostia puta. Me encantaría que la gente dejara de preguntarme eso.

Colgué de un porrazo. Me puse una camiseta de talla extragrande con la inscripción:

LOS KNICKS ARRASAN

Un par de tejanos ultradesteñidos. Un lavado más y pasarían a la historia. Normalmente, cuando me pongo esta ropa me congelo.

Esta vez no.

Saqué una botella de *brandy*. Soy un filisteo, detesto el coñac. Las resacas son una masacre absoluta. Rompí el precinto. Entré en la cocina y lavé el vaso. La etiqueta de Roches £ 4,99 seguía visible por debajo. Lo enjuagué dos veces para quitarle el olor a tequila. Volví al salón. El filete que me había comido en casa de Ford se asentaba en mi estómago como una masa de plomo.

Intenté recordar toda mi firmeza con respecto al *brandy*. Especialmente aquello que decía J. M. O'Neill, que lo que te daba por un lado te lo quitaba por el otro.

En voz alta dije:

—Sí, sí... vale, vale.

Y di el primer trago.

Vale.

No estaba tan mal. De hecho, si algún defecto tenía, era el de ser demasiado suave.

Me serví otro.

En Alcohólicos Anónimos te advierten contra la autocompasión. «Pobre de mí, pobre de mí, sírveme otra». Bueno, yo ya estaba bebiendo.

¡Excelente!

Ciertamente, compasión era lo último que yo estaba sintiendo.

Compasión para el pobre cabrón que se dio con la cabeza contra la mesita del salón. ¿Pasó eso realmente, se dio con la cabeza contra ella? Intenté borrar esa imagen.

¿A quién le importaba su pérdida? Un pervertido que abusaba de las jovencitas.

Por ahí no iba a ninguna parte, no era capaz de avivar ni una pequeña llama de justificación.

Sonó el teléfono. Lo cogí y farfullé:

—¿Sí?

—Jack, soy Sutton.

—Sí. Dime.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien.

—¿Bebiendo, eh?

—¿Qué?

—Lo sé por tu forma de hablar.

—¿Tú quién eres? ¿Mi madre?

—Oye, no me hables así. Solamente quiero decirte que no estás solo, compañero.

Me pasaré por ahí, podemos pedir un montón de *pizzas*, alquilar una película.

—Como una cita.

—Hostias, Jack. No sé qué estás bebiendo, pero no te está sentando nada bien.

—Tú tampoco.

Y colgué.

Entonces me levanté y me puse a dar vueltas de un lado a otro, hablando:

—¿Quién te necesita? Yo no, desde luego. ¡Y dejad de llamarme todos!

Arranqué el cable del teléfono de un tirón.

Encendí la radio, puse la emisora de música clásica por equivocación. Sonaba *Fur Elise*. Pensé: me encanta esta pieza, lo primero que haré mañana será salir a comprarla.

Un rato más tarde, después de mover el dial y pasar por cuatro emisoras distintas, había decidido comprar además:

Elvis
The Eagles
James Last
y
The Furey Brothers.

Luego pensé: «¿Por qué esperar?».

Eché un vistazo al coñac. ¡Oh, Dios mío! Casi vacío. ¿Se me había derramado? Sí, seguro, eso lo explicaba todo. Necesité un poco de organización para prepararme a la vez que me tropezaba con los muebles, pero finalmente lo conseguí y grité:

—*Sayonara*, capullos.

La habitación vacía no respondió.

«Doctor, estoy en problemas».

*«Oh, Dios mío,
pobre de mí».*

Sofía Loren y Peter Sellers, *La Millonaria*.

Recobré el conocimiento con las muñecas atadas. Una resaca de la hostia. Me habían amarrado a lo que parecía ser un carrito. Me retumbaba la cabeza. Me subían temblores desde las piernas. No recordaba absolutamente nada después de «Sayonara, capullos».

Apareció una enfermera y dijo:

—Ah, señor Taylor, avisaré al doctor.

Y eso hizo.

Un hombre de cincuenta y tantos años, con una leve sonrisa, se inclinó sobre mí y dijo:

—Señor Taylor, soy el doctor Lee. ¿Recuerda usted cómo llegó aquí?

Intenté decir que no con la cabeza, pero el dolor era demasiado intenso. Él asintió, dijo:

—Está usted en Ballinasloe... el hospital psiquiátrico. Supongo que sufrió usted un desmayo. Se desplomó junto a la puerta del hotel Hayden's.

Me sentí absolutamente aterrorizado. Todo mi cuerpo estaba empapado en sudor. El doctor dijo:

—Tuvimos que arreglarle los dedos, pues parece que ha estado pegando puñetazos a alguien. Lo cual no es muy buena idea con los dedos recientemente fracturados.

Conseguí llevar algo de saliva a mi boca y pregunté:

—¿Qué pasa con mi nariz?

Soltó una carcajada y dijo:

—No, tuvimos que darnos por vencidos en ese frente. Pero me alegra que haya conservado usted su sentido del humor. Va a necesitarlo.

La enfermera me puso una inyección y volví a perder el conocimiento. Si existen los sueños, gracias a Dios están fuera del alcance de los recuerdos. Cuando volví a despertar, me sentía un poco menos horriblemente mal. Las ataduras habían desaparecido, de manera que algo estaba cambiando, si no mejorando. El doctor Lee otra vez.

—¿Recuerda nuestra conversación?

—Sí.

—Eso fue hace cuarenta y ocho horas.

Intenté parecer adecuadamente sobrecogido, pero, en un hospital psiquiátrico, ¿qué es el sobrecogimiento? Él siguió hablando.

—Se está recuperando rápidamente. El cuerpo es algo asombroso. A pesar del brutal castigo que ha sufrido, luchó por recomponerse. Pero ¿para qué, señor Taylor?

Finalmente pude hablar sin tener que esforzarme por producir saliva. Dije:

—No entiendo la pregunta.

—Oh, yo creo que sí la entiende, señor Taylor. ¿Por qué tenemos que curarle si luego va usted a salir de aquí y va a hacer otra vez exactamente lo mismo?

No tenía ni idea.

—No tengo ni idea.

—Ya ha pasado por ahí antes.

—Es cierto. ¿Le importa llamarme Jack?

—¡Jack! Bien, Jack, podría tratar de asustarle con historias terroríficas. Cada vez que sufre usted un desmayo, es un ensayo para un edema cerebral. Su hígado está en mal estado y no sé cuánto tiempo aguantarán sus riñones. ¿Alguna pregunta?

Quería saber por qué puñetas me habían traído a Ballinasloe, pero no me pareció que él pudiera responder a eso. Dije:

—Gracias... por... bueno... por no leerme la cartilla.

—Yo pensaba que acababa de hacerlo.

Después de mis primeros días de desintoxicación, me dieron mi ropa. La habían lavado y planchado. Sentí un placer inmenso al recibirla. Me puse de pie en medio de la habitación, hice unos pequeños pasos de baile.

Tambaleante... y breve, pero claramente unos pocos pasos de casi abandono irlandés.

Es lamentable que un hombre hecho y derecho tenga que sentirse tan agradecido por el mero hecho de vestirse.

Me soltaron con el resto de los internos. Pregunté a la enfermera:

—¿No podría quedarme en mi habitación?

Gran carcajada y:

—¿Qué se ha creído que es esto... un hotel? Salga de aquí y circule.

No sabía qué esperar. Un hospital psiquiátrico... ¿Dejaban que los psicópatas pudieran moverse libremente? En todos los sentidos de la palabra, me esperaba un manicomio. Pacientes babeantes, camisas de fuerza, trastornados andantes.

Lo que me encontré fue bastante tranquilo. No silencio, sino un murmullo enmudecido. Como si hubieran bajado el volumen. Las maravillas de la medicación. Manténlos drogados y se mantendrán dóciles.

La comida se servía en el refectorio. Una sala luminosa y abierta, no muy diferente de la cantina de nuestra escuela de preparación de Templemore.

Cogí una bandeja y me incorporé a la cola. La hilera estaba ordenada y... una voz detrás de mí dijo:

—¿Es la primera vez?

Me giré y me di de bruces con un tipo de sesenta y muchos años. ¡No parecía... loco! Bien vestido y con cara de celador. Su nariz, un revoltijo escarlata de vasos sanguíneos reventados. Su complexión, en otro tiempo imponente, se había desmoronado lastimosamente. Yo dije:

—¿Se me nota?

—No lo puedes ocultar.

—Vaya.

Me tiende la mano, manos como Larry Cunningham. Grandes manazas de beato. Nos las estrechamos. Su apretón era sorprendentemente suave. Dijo:

—Me llamo Bill Arden.

—Jack Taylor.

—Hola, Jack Taylor.

Había llegado a la sección de platos calientes. La camarera, una gruesa mujer de campo, preguntó:

—¿Qué te apetece tomar, encanto?

Lo de «encanto» me llegó al alma. Quise abrazarla. Bill dijo:

—El beicon con repollo está buenísimo.

Eso pedí. Ella dijo:

—¿Salsa, cariño?

—Por favor.

El postre era compota de manzana y natillas. Montones de natillas. Lo cogí también. Qué demonios. De todos modos, no tenía intención de comer. Bill dijo:

—Coge un sitio cerca de la ventana. Traeré té.

Le hice caso.

La gente de la mesa masticaba. Comían como si sus vidas dependieran de ello. Tal vez era así.

Bill se sentó y se puso a comer de inmediato. Comía como un caballo. Sin dejar de masticar, levantó la vista y preguntó:

—¿No comes?

—No.

—Toman nota de todo... Es mejor que les sigas el juego.

Se le habían incrustado trozos de repollo entre los dientes. No podía apartar la vista de ellos. Moví el tenedor con desgana sobre mi propio montón de comida. Bill dijo:

—Pásalo por la mesa, que los monos nos ayuden.

Eso hice. Se lo zamparon todo en cuestión de segundos y devolvieron el plato vacío. Bill dijo:

—Me quedaré con tu postre, me chiflan los dulces.

Cuando al fin terminó, se puso cómodo, se aflojó el botón de arriba del pantalón y eructó. Sacó un paquete de cigarrillos y preguntó:

—¿Fumas?

—No... gracias.

Encendió un cigarrillo, exhaló una nube de humo y dijo:

—Si te quedas, fumarás.

—Lo dudo.

Luego me di cuenta de que todo el mundo —y quiero decir *todo el mundo*— estaba fumando. Incluso la mujer de detrás del mostrador de la comida se estaba fumando un pitillo. Él captó mi mirada y dijo:

—El hombre que consiga una participación en el mercado tendrá la vida resuelta.

No estaba seguro de adónde ir con eso, de modo que dije:

—Es una idea.

Incluso en mi estado de ánimo, era una idea repugnante.

—¿Le das a la bebida?

—¿Cómo dices?

—Eres un alcohólico, por eso estás aquí... ¿no es cierto?

—Supongo.

—Lo sabía. Siempre reconozco a los bebedores. Tenemos nuestras propias antenas. ¿Estás yendo al centro?

—¿Al qué?

—Al centro de rehabilitación de alcohólicos, el que tienen aquí es el mejor del país. He pasado por él muchas veces.

—No te ofendas, Bill, pero si es tan bueno, ¿cómo es que estás aquí... otra vez?

—Te lo diré, Jack, me encanta beber. Cuando me paso mucho, les llamo por teléfono, les digo que me guarden una cama. Dos, qué coño... tres veces al año les hago una visita.

—¡Joder!

—No lo critiques hasta que no lo hayas probado. Cuando estás por ahí afuera armando follón, es un alivio saber que tienes un refugio.

Sentí un escalofrío por todo el cuerpo. Él me miró. Yo dije:

—Es el mono.

—Tómame otra dosis de Librium, te deja como nuevo.

Un tipo pasó a nuestro lado, se me echó encima, se enderezó y siguió tambaleándose hacia la puerta. Bill sonrió con sorna y dijo:

—Es el cóctel especial de Ballinasloe.

—¿Qué es eso?

—Ese tipo, observa... mira cómo se balancea... como si estuviera pedo. Es el baile del Largactil. Hay que dejarse llevar, en órbita todo el día. Joder, me encanta este lugar.

Empezaba a cansarme de Bill. Tanta campechana afabilidad me resultaba agotadora. Él dijo:

—¿Alguna pregunta?

—Eh...

—Soy tu hombre. Aquí no pasa nada sin que yo lo sepa... o sin que yo me entere.

Y absolutamente horrorizado vi que me guiñaba un ojo el muy capullo. Aunque viva cien años, por improbable que sea eso, jamás lo olvidaré. Perduraré como uno de esos momentos de puro y auténtico espanto. Haciendo un gran esfuerzo por mantener un gesto neutro, dije:

—Hay una cosa.

—Lo que sea, estoy a tu servicio.

—¿Dónde está la biblioteca?

Pareció profundamente asombrado, dejó pasar un buen rato y luego dijo:

—Te estás burlando de mí.

—Escucha, *Bert*...

—¡Me llamo Bill!

—Como te llames. Comprendo que no hace ni diez minutos que me conoces, pero pregúntate a ti mismo, con toda seriedad... ¿tengo cara de ser un bromista?

—No.

—Entonces... ¿la biblioteca?

Estaba confuso, quería devolvérmela, dijo:

—No tienes cara de ser un lector.

Ahora me tocaba reír a mí. Si no te ríes al menos una vez en el manicomio, es que ha llegado el momento de aumentarte la medicación. Pregunté:

—¿Qué cara tiene un lector?

—Joder, no sé, un tío serio... un...

—Bill... eh, Bill, tenlo por seguro... yo soy un tío serio.

Todavía no arrojaba la toalla. No es de extrañar que esta gente del interior sean buenos agricultores. Atacó:

—Pero eres un borracho, lo has admitido. ¿De dónde sacas tiempo para leer?

—Entre borrachera y borrachera. Cuando me tengo que quedar en la cama, leo.

—Yo nunca siento esa llamada. Entre pedal y pedal me quedo tirado... me pongo a morir.

—Yo siempre he sido lector; por muchas otras cosas que haya perdido, he conservado esa costumbre.

Encendió otro cigarrillo y gruñó:

—No les gusta que leas.

—No me digas, eso pesará sobre mi conciencia. Bueno, Bill, ¿dónde está?

—En el primer piso. No podrás ir. Tenemos terapia después de la cena.

—¿Te qué?

—Terapia ocupacional, hacemos cestas.

A eso habíamos llegado. Me encontraba al borde del precipicio, a punto de convertirme en un caso perdido. Las enfermeras empezaron a ir de un lado a otro con el carrito de las medicinas. Cogí mi dosis de Librium y le dije a Bill:

—Luego te veo.

—¡Pero tenemos terapia!

Su voz había adquirido un tono quejumbroso. Me levanté y dije:

—Mi terapia son los libros.

Oí a Bill refunfuñar:

—En mi vida había visto un borracho tan raro.

LIBROS Y MÁS LIBROS

Siempre ha habido libros. A lo largo de mi destartalada existencia, han sido la única constante. Incluso Sutton, mi amigo más íntimo, había exclamado en alguna ocasión:

—¿A qué viene esa puta manía de la lectura, tío? Antes eras policía, joder.

O sea, lógica irlandesa en su más alta expresión.

Se lo dije entonces y un millón de veces desde entonces:

—La lectura me transporta.

A lo que él respondió con su franqueza habitual:

—Gilipolleces.

Como ya he dicho, mi padre trabajaba en los trenes. Le encantaban las novelas del Oeste. Siempre llevaba un maltrecho volumen de Zane Grey en su chaqueta. Luego empezó a pasármelas. Mi madre decía:

—Le vas a convertir en un mariquita.

Cuando ella no podía oírle, él susurraba:

—No hagas caso a tu madre. *Tiene buena intención.* Pero tú sigue leyendo.

—¿Por qué, papá?

No es que tuviera intención de dejarlo, ya estaba enganchado.

—Te dará opciones.

—¿Qué son opciones?

Aparecía en sus ojos una mirada ausente y entonces decía:

—Libertad, hijo.

Por mi décimo cumpleaños me regaló un carné de la biblioteca.

Mi madre me regaló un palo de *hurling*. A menudo utilizaba ese mismo palo para darme la gran paliza. Realmente jugué al *hurling*. ¿Cómo si no habría podido acceder a la *Garda Síochána*? En ningún otro lugar se valora tanto a un buen jugador de *hurling*.

El carné de la biblioteca era un «salvoconducto». En aquellos tiempos, la biblioteca estaba situada en el edificio de los Juzgados. Los libros arriba, los juzgados abajo. Cada vez que iba por allí, miraba a los policías con respeto reverencial. Ambos hilos de mi vida han estado entrelazados.

Lo uno llevó literalmente a lo otro. He sido incapaz de liberarme de ambas influencias, cualesquiera que hayan sido las circunstancias de mi vida.

Empecé con Robert Louis Stevenson, Richmal Crompton, los Hardy Boys. Con toda seguridad habría continuado de forma desordenada y con el tiempo habría perdido el interés, de no haber sido por el director de la biblioteca en aquella época, Tommy Kennedy. Un hombre alto y delgado con aspecto de estar en otro mundo. En mis primeras visitas echaba un vistazo a mi selección, decía «mmm...» y les plantaba el sello.

Un martes especialmente húmedo y oscuro, se me acercó y dijo:

—Creo que ha llegado la hora de organizar tu lectura.

—¿Por qué?

—¿Quieres aburrirte?

—No.

Me hizo empezar por Dickens. Poco a poco me introdujo en los clásicos como quien no quiere la cosa. Siempre de forma discreta, haciéndome creer que la elección era mía.

Más tarde, cuando los tornados de la adolescencia lo pusieron todo patas arriba, me presentó la novela policiaca. Me hizo seguir leyendo.

También ponía aparte una serie de libros y luego me daba un paquete con

poesía

filosofía

y el anzuelo:

novelas policiacas americanas.

Para entonces me había convertido en un bibliófilo en el verdadero sentido de la palabra. No solamente me encantaba leer, es que además me gustaban los libros como tales. Había aprendido a apreciar el olor, la encuadernación, la impresión, el tacto físico de los volúmenes.

Mi padre me había construido una gran estantería, y yo había aprendido a colocar los libros por orden alfabético y por categorías.

También me iba volviendo un salvaje. Jugaba al *hurling*, bebía sidra, apenas

asistía a la escuela. Pero al volver a casa, contemplaba mi biblioteca con el corazón enfebrecido.

Precisamente porque me entusiasmaba el aspecto y el tacto de un volumen, empezaba a leerlo. Así fue como empecé a conocer la poesía. Nunca me la encontraba en mi vida, pero siempre estaba al alcance.

No le contaba ni una puta palabra de todo esto a ningún otro ser humano. Si mencionas la palabra poesía en nuestra calle, es como si perdieras cojones.

Mi padre a menudo se plantaba delante de la creciente colección y decía:

—Hasta en Kenny's se sentirían orgullosos.

Mi madre, disgustada, montaba su numerito.

—Mira que llenarle la cabeza con ideas absurdas. Me gustaría que intentaras decirle al casero que le vas a pagar con unos poemitas.

Mi padre me lanzaba una mirada y yo le decía en voz baja:

Lo hace con buena intención.

Más tarde, cuando yo ya estaba acostado, la oía despotricar:

—Y supongo que me dirás que podemos comer libros. Ya me gustaría que sirvieran para comprar una barra de pan.

De hecho, vio cumplido su deseo. Durante mi primer día de estancia en Templemore vendió los libros y utilizó la estantería para encender la chimenea.

Tommy Kennedy había previsto grandes cosas para mí. Soñaba incluso que iría a la universidad. Los resultados de mis exámenes apenas daban para ser aceptado como policía. Cuando le conté a Tommy mi elección profesional, se llevó las manos a la cabeza y dijo:

—Qué lástima tan grande.

La noche antes de mi partida me reuní con él en Garavan's. Yo era grande entonces, la práctica del *hurling* y las patatas me habían aportado fibra y músculo. Estaba en Garavan's esperando. Tommy entró, entrecerró los ojos para mirar en la penumbra. Yo grité:

—Señor Kennedy.

La vida le había desgastado. Tenía la figura de un viejo galgo. Dejaba tras él un aire de melancolía. Pregunté:

—¿Qué va a tomar, señor Kennedy?

—Una botella de cerveza negra.

Rebosante de juventud y bravuconería, fui a por las bebidas. Una cerveza para mí. Tommy dijo:

—Empiezas pronto.

Miré mi reloj nuevo, resplandeciente en su correa de plástico. Oferta especial de Woolworths. Sonrió con tristeza y dijo:

—No quería decir eso.

Yo respondí:

—*Slainter*^[9].

—Buena suerte, Jack.

Nos quedamos callados. Luego él sacó un volumen delgado y dijo:

—Un regalo de despedida.

Hermosamente encuadernado, tapas de cuero envejecido, bordes dorados. Dijo:

—Es *El lebré del cielo* de Francis Thompson. Espero que nunca adquiera importancia para ti.

Yo no tenía nada para él. Dijo:

—Puedo seguir enviándote los paquetes.

—Eh... mejor no... ya sabe... la gente de campo, pensarían que soy maricón.

Se levantó entonces, me estrechó la mano. Yo dije:

—Escribiré.

—Hazlo. Que Dios te bendiga.

Nunca lo hice, por supuesto... Escribir, quiero decir. Para mi eterna vergüenza, murió y yo no me enteré hasta dos años después.

SUTTON

Durante mi estancia en Ballinasloe pensé en un centenar de cosas. La mayor parte de ellas de naturaleza depresiva. Los caminos no tanto recorridos como ciegamente atravesados a tumbos. Gente que había sido amable conmigo y a quienes yo había maltratado tan miserablemente.

Una insensata desconsideración hacia los sentimientos de los demás. Oh, sí. Tenía una verdadera montaña de culpabilidad. Añadamos unas gotitas de remordimiento y unos cuantos litros de autocompasión, y ahí tenemos al clásico alcohólico en toda su sucia gloria.

En el exterior soportaba esa carga gracias a la bebida. Simplemente borraba de mi mente toda esa morralla. Anestesiaba el dolor. Lo paradójico era que cada nuevo aturdimiento dejaba tras de sí una estela de nuevos daños.

He aquí un jinete pálido, borracho como una cuba.

Durante los primeros días en el hospital, durante las sesiones de desintoxicación, te animaban a beber montones de agua. Expulsar todas aquellas toxinas. Yo era capaz de hacerlo. Te hacían un análisis de sangre para calcular el daño sufrido en los riñones y en el hígado. Los míos habían recibido una buena tunda. Dosis diarias de complejos vitamínicos para devolver la salud al organismo, aunque fuera a rastras. Librium, por supuesto. Luego mi preferida, un somnífero para pasar las noches. La noche es el terror absoluto para el alcohólico.

¿Tuve sueños? Y tanto que sí. Pero no soñé con nada predecible. No soñé con

mi padre muerto
amigos muertos
vida muerta.

No.

Soñé con Sutton.

Nuestra amistad había sido instantánea. Uno de esos vínculos inexplicables que desafían todo análisis. Yo era un policía joven, verde como una lechuga en la mayoría de las cosas. Él era entonces un camarero canoso, veterano de numerosas escaramuzas, reales e imaginarias. Ni siquiera ahora estoy seguro de su nacionalidad, su edad, su historia personal.

Todo ello cambiaba tan a menudo como las tabernas que visitábamos. A lo largo de numerosas sesiones, me contó que había sido, entre otras cosas

soldado
empresario
pintor
delincuente.

Había un meollo de verdad en cada cosa que contaba, pero los detalles variaban y oscilaban tan a menudo que nunca era posible aferrarse a un hecho concreto.

Era un verdadero camaleón. Se mezclaba en cualquier entorno que hubiera seleccionado. Cuando yo le conocí, tenía un profundo acento norteño. Podía hablar como Ian Paisley con tanta facilidad como pudiera hacerlo Eamonn McCann^[10].

Era realmente impresionante, por no decir horripilante.

En una ocasión le oí una imitación espeluznante de Bernadette Devlin.

Cuando se trasladó a Galway, se le pegó el acento en una semana. Se habría podido jurar que jamás había ido más allá de Tuam.

Nada de todo aquello me hizo escuchar señal alguna de alarma. Me parecía que todo ello hacía de él una persona fascinante.

Porque yo era esencialmente sordo, para las cosas importantes, porque era joven...

porque

porque

porque.

Porque tal vez no quería reconocer su oscuridad, dejé pasar por delante de mis narices toda una serie de letreros de aviso.

Desde un principio, él había sido muy claro sobre el tema de la violencia. Me había contado peleas de bar en las que casi había matado a sus oponentes, añadiendo:

—¿Sabes una cosa, Jack?

—Qué.

—Lo lamento.

—Bueno, a veces las cosas se nos van de las manos.

—Joder, no, no quiero decir eso. Lo que lamento es no haberme cargado a esos cabrones.

Yo me lo tomaba a broma.

Mis escapadas eran erráticas. Cuando los «problemas» estallaban, yo podía estar ocupado cuarenta y ocho horas seguidas. Pero, en cuanto me daban una pausa, Sutton dejaba su trabajo y allá que nos íbamos.

Un memorable día, entre la noche de un sábado y la mañana de un domingo, habíamos estado bebiendo a lo bestia en una taberna ilegal de Lower Falls. La atmósfera palpable de peligro y tiroteo no hacía sino aumentar la excitación. Juro que se podía saborear la pólvora en las cervezas. Sutton estaba resplandeciente. Exclamó:

—Tío, esto es el no va más, mejor imposible.

De aquel viaje todavía conservo un arpa de más de medio metro tallada a mano. Hecha por los presos de Long Kesh. Debo de haber oído *Los hombres detrás de la alambrada* un centenar de veces.

Acompañando unas cremosas pintas con unos dorados lingotazos de *whiskey* Bushmills, Sutton se inclinó sobre mí, con el rostro cubierto de sudor, y dijo:

—¿No es *esto* lo que mola, Jack?
—Está de puta madre.
—¿Sabes lo que molaría todavía más?
—Dime.
—Matar a algún hijo de puta.
—¡Qué dices!
—Sí... cargarnos a algún capullazo.
—¿Qué?
Se echó hacia atrás, me estrujó el hombro y dijo:
—Es broma, hombre... Tienes que espabilar, Jack.

Momentos como aquél se habían repetido a lo largo de los años. Yo los había barrido debajo de la alfombra de botellas vacías y cogorzas monumentales.

En otras ocasiones, extrañamente, tenía la incómoda sensación de que me odiaba. Nunca podía estar totalmente seguro y lo descartaba como el fruto de la paranoia del alcohol.

Una noche le estaba esperando en un bar de Newry. Normalmente llevaba escondido un libro, y aprovechaba para leer en los momentos oportunos. Estaba enfrascado en uno de esos momentos cuando oí:

—Joder, Taylor, siempre con los libros.

Quise guardarlo, pero me lo quitó de las manos, leyó el título *El lebrél del cielo* y dijo:

—Francis Thompson, ¿eh?

—¿Lo conoces?

Eché atrás la cabeza y recitó:

—«*De él escapaba, de noche y de día...*».

Yo asentí y él dijo:

—Murió pegando gritos.

—¿Qué?

—Eso es lo que les pasa a los alcohólicos, que se mueren pegando gritos.

—Hostias.

Cuando me surgían dudas, me las callaba. Me decía a mí mismo: «Es tu amigo. De todos modos, ¿quién es perfecto?».

La biblioteca de Ballinasloe estaba cerrada. Por reformas. Pasaba los días en la terapia ocupacional. Una cesta de muelles diminutos encima de la mesa. Mi trabajo consistía en meterlos en bolígrafos.

El resto del tiempo, engullía Librium, trataba de evitar a Bill y esperaba impaciente la llegada de los somníferos para pasar la noche.

El último sueño de Ballinasloe fue tan vivido que no estoy seguro de que no sucediera de verdad. Sutton decía:

—Tú eres el lector... el experto en crímenes, de hecho.

—Sí.

—¿Has leído *El asesino dentro de mí*, de Jim Thompson?

—Ésa me la perdí.

—Te has perdido la mejor.

Pero hay un Dios. Y no sólo en la canción de Tom Jones. El día de mi liberación me dieron mi ropa, recién lavada y planchada. Además de una abultada billetera. Ningún bebedor acaba jamás con dinero. Va contra las leyes de la naturaleza. Al salir de mi piso, era imposible que tuviera más de treinta libras o algo así. Me quedé mirando la billetera. La enfermera lo malinterpretó y dijo:

—Está todo, señor Taylor, no nos dedicamos a robar a nuestros pacientes. Cuatrocientas cincuenta libras. Cuéntelas si quiere.

Se largó hecha un vendaval. Yo fui a despedirme del doctor Lee. Dije:

—¿Podría hacer una contribución?

—No beba.

—Lo decía en serio...

—Yo también.

Extendió la mano y dijo:

—Puede ir a ver a los de Alcohólicos Anónimos.

—Sí.

—Y el Antabús.

—De acuerdo.

No hizo ningún gesto con la cabeza, pero la implicación estaba clara. Luego, preguntó:

—Jack, ¿tiene usted familia... amigos?

—Buena pregunta.

—Bueno, será mejor que lo averigüe.

En el exterior, brillaba el sol. Se detuvo un autobús y todos y cada uno de sus apretujados pasajeros me miraron fijamente. Retroiluminado por el más tristemente famoso psiquiátrico de Irlanda, con el cuerpo hecho trizas, estaba claro como el agua que no formaba parte del personal.

Les hice un gesto con el dedo.

La mayoría aplaudió.

Naturalmente, apenas a un paso del hospital había un bar.

Durante un instante de vértigo, estuve a punto de entrar. Oh, nunca el canto de las sirenas había sonado con tan horrorosa claridad. No podía... no podía. Miré hacia atrás y sentí que el doctor Lee hacía un gesto, como sí pudiera verme, y seguí andando.

En la estación, tuve que esperar media hora a que el tren llegara. Me senté en el bar, no pedí nada. Había un periódico encima de la silla. Más tribunales. Comprobé la fecha y se me encogió el estómago. Había estado fuera de combate doce días. Uno por cada uno de los apóstoles. Haciendo cálculos, había estado tres días desaparecido en combate y... ganando dinero.

Llegó el tren y conseguí asiento junto a una ventanilla. No me había afeitado en el hospital y ya tenía una barba medio respetable. Parecía el padre de Kris Kristofferson. La nariz destrozada me daba un aspecto de «no me jodas» total. Al salir del hospital, me había observado severamente en el espejo. Descubrí lo que me intrigaba. Los ojos.

Se veían diáfanos, casi vivos. No radiantes, pero por ahí. Después de años de enfermedad incrustada allí adentro, se había producido una especie de revelación.

Al salir de Athenry, llegó el carrito de los refrescos. Un muchacho de unos dieciocho años preguntó:

—¿Té, café, refrescos?

—Un té, por favor.

Me di cuenta de cómo inspeccionaba mis heridas y dije:

—Me caí de la moto.

—Vaya.

—Sí, iba a más de ciento cuarenta.

—¿Una Harley?

—¿Existe alguna otra?

Eso le encantó y entonces dijo:

—¿Quiere beber algo?

—¿Como qué?

—Mire, vea, tenemos todas estas miniaturas, pero claro, ¿quién va a pagar estos precios?

—No... gracias.

—Le daré dos por el precio de uno. ¿Qué le parece?

—No puedo... quiero decir... estoy tomando pastillas... para el dolor.

—Ah... pastillas.

Parecía saberlo todo sobre ellas, y añadió:

—Tengo que irme. Cuídese.

Al bajar del tren, me encontré con un taxista que conocía de toda la vida. Dijo:

—¡Viaja ligero!

—El equipaje viene con el coche.

—Bien pensado.

Si puedes hacer este tipo de cosas sin inmutarte, el puesto es tuyo. Los taxistas, por supuesto, tienen que aprobar un examen sobre eso.

Eché un vistazo al pasar por Eyre Square, había bares en todas las esquinas. Gente con mochilas a la espalda iban en tropel de un lado a otro en busca de Nirvana, un hostel barato. Un grupo de borrachos berreaba una canción enfrente del Great Southern. Como no había nadie más para decirlo, yo mismo dije:

—Bienvenido a casa.

LOS MUERTOS

Al entrar en Grogan's, sentí una mezcla de pavor y adrenalina.

Sean, detrás del mostrador, no me reconoció. Yo dije:

—Sean.

—Jesús, María y José, pero si es Grizzly Adams.

Salió de detrás del mostrador y dijo:

—Dios mío, ¿dónde has estado? El país entero te anda buscando. Siéntate, siéntate, te traeré lo de siempre.

—Sean, nada de alcohol... sólo café.

—¿Hablas en serio?

—Me temo que sí.

—Buen chico.

Te das cuenta de lo mal que estás cuando el dueño de un bar se alegra de que no bebas. Me senté, sintiéndome un poco aturdido. Sean volvió con el café y dijo:

—Te he puesto una galletita de chocolate para acompañar.

Probé el café y dije:

—Hostias, está bueno.

Se puso a dar palmas como un niño excitado y dijo:

—Es café de verdad. Normalmente te pongo unos posos viejos, pero ahora...

—Está cojonudo, es estupendo.

Me puso la mano en el hombro y dijo:

—Cuéntamelo todo.

Nada mejor que una petición semejante para interrumpir una charla. La cabeza deja de funcionar al instante. Pero él siguió:

—¿Te acuerdas de Ann, aquella mujer? Viene todos los días, llama por teléfono a todas horas... y Sutton, no para de darme la paliza. ¿Por qué no has llamado por teléfono?

—No podía.

—Oh, ya entiendo.

Pero no entendía nada. Se puso en pie y dijo:

—Cada cosa a su tiempo. Me alegro mucho de que estés bien.

Un rato después decidí hacer un intento de localizar a Sutton. No resultó difícil. Estaba sosteniendo la barra del Skeff. Sin pestañear, preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—Me retiraron de la circulación.

—Me gusta la barba, te da un aspecto más siniestro todavía. ¿Cerveza o chupito?

—Una *coca*.

—Pues venga, una *coca*. ¡Camarero!

Sutton pidió otra cerveza y la llevó, junto con la coca-cola, a una mesa junto a

una ventana. Nos sentamos e hizo chocar la cerveza contra el refresco y dijo:

—Salud.

—Salud.

—¿Dónde has estado, en Ballinasloe?

—Sí.

—El doctor Lee sigue allí.

—Desde luego que sí.

—Un tipo decente.

—Me cayó bien.

Sutton alzó su cerveza hacia la luz, la examinó detenidamente y dijo:

—Yo también he estado allí en dos ocasiones. La primera vez que salí me puse a beber como un loco.

—¿En ese primer bar?

Se rió, pero sin humor, y dijo:

—Sí, los camareros se las traen, te lo aseguro. Están acostumbrados a las broncas. Uno de los pocos lugares que conozco donde no se andan con tonterías. El hospital manda un pelotón de limpieza antes del cierre. Si estás allí, te pescan.

Apuró media pinta y siguió hablando:

—La segunda vez fueron dos días. Estaba que me salía. Chico, entré en el bar como un loco.

—¿Y ahora?

—Lo que ves es lo que hay. Bebo con el freno puesto.

—¿Funciona?

—Hostias, no.

Fui a pedirle otra cerveza, mirando hacia abajo. El camarero preguntó:

—¿Otra *coca*?

—Antes preferiría cortarme las venas.

Al camarero le encantó la frase. De nuevo con Sutton, le conté lo de mi billetera llena. Dijo:

—Te fuiste de viaje interestelar hace unos doce días... ¿correcto? Recuerdo vagamente que a un camello lo tiraron puente abajo.

—¿Qué?

—Sí, a una especie de *punkie*. En el puente de Salmón Weir le dieron una buena paliza y luego le desplumaron. Los maderos estaban encantados.

Se quedó mirando mi mano vendada y exclamó:

—Mm... mm... ejem.

Luego me miró directamente a los ojos y dijo:

—¿Cómo es que todavía *no* me has preguntado nada sobre el señor Ford, el difunto y llorado pedófilo?

—Tenía la esperanza de que formara parte de la cogorza.

—No te apures, hombre. Veredicto: muerte accidental. Asistí al funeral y todo.

—Estás de coña.

—Flojo de público. Va más gente a un partido de los Hibs.

Yo no sabía qué pensar. Sutton me dio unas palmaditas en el hombro y dijo:

—Un hijo de puta menos.

Llegué a casa casi a las ocho. Mi piso estaba frío y abandonado. La botella de coñac vacía estaba junto a la ventana. Volví a enchufar el teléfono y llamé a Ann. Me reconoció a la primera y exclamó:

—Oh, gracias a Dios, oh Jack... ¿estás bien?

—Sí, estoy bien... tuve que salir... necesitaba un poco de tiempo...

—Pero ya has vuelto.

—Así es.

—Eso es maravilloso. Encendí velas para ti.

—Bien sabe Dios que me hacían falta.

Entonces se echó a reír y la tensión se esfumó. Quedé a comer con ella al día siguiente. Después de colgar, me pregunté por qué no le había dicho que estaba sobrio. No sobrio, sino sin beber. Un abismo entre ambas cosas. Sí la sobriedad es lo propio de «una mente sana», entonces me quedaba mucho camino por recorrer. No le había dicho nada porque no sabía si habría vuelto a beber cuando me encontrara con ella.

La coca-cola me había provocado un dolor de cabeza horroroso, pero eso lo podía soportar. La sensación de estar enfermo era más difícil de sobrellevar.

Me puse a ver un horrible programa cualquiera en la televisión y a las once apagué el televisor.

En la cama no paré de dar vueltas, pero ni por ésas pude recordar las facciones del pedófilo.

MÉCEME SUAVEMENTE

¿Tienen banda sonora los sueños? Como cuando en las pesadillas oyes *heavy metal* o a *Boyzone*. Mientras dormía, parecía como si estuvieran tocando los más blandengues del sur de California. Soñé con mi padre. Yo era un niño muy pequeño e iba cogido de su mano por Eyre Square. Pasó un autobús y de pronto me di cuenta de que distinguía las letras... leí en voz alta el anuncio. En un lateral del autobús...

PADDY

Él estaba encantado. No sólo porque era la primera palabra que yo pronunciaba, sino porque ése era su nombre. Desde un punto de vista más cínico, mi primera palabra resultó ser *el whiskey* irlandés por excelencia.

Pero nada empaña la calidez de aquel momento. Me sentía totalmente unido a él. Los años, la experiencia, la vida, hicieron mella en esa unión en muchísimas ocasiones, pero sólo superficialmente.

El teléfono me arrancó de mi sueño. No pude ver qué hora era, mascullé:

—Diga.

—Jack, soy Sutton.

—¿Qué hora es?

—Más tarde de lo que parece.

—Joder, Sutton, ¿qué pasa?

—Pensé que podrías estar pasándolo mal y que a lo mejor necesitabas un trago.

—Estaba durmiendo.

—Sí, como que me voy a creer eso. De todos modos, mientras tú estabas ausente, a algunos tipos les ha dado por quemar a los borrachos de la calle.

—¿Qué?

—Sí, y los borrachos de la calle son nuestros hermanos del alma. Son carne de cañón. De todos modos, estoy aquí con unos cuantos que piensan lo mismo que yo y vamos a pescar al cabecilla de esos tipos.

—¿Que vais a hacer qué?

—Vamos a quemar a ese hijo de puta.

—Joder, Sutton.

—Así que ¿te apuntas, te apetece jugar con fuego?

—Estás loco, eso es matonismo.

—Es justicia, tío.

—Sutton, dime una cosa. ¿Ahora mismo vas con frenos o sin frenos?

Soltó una gran carcajada y dijo:

—Tengo que irme, ha llegado la hora de la fritura.

Imposible volver a dormir después de aquello. Recorrí la habitación de un lado a otro durante unas cuantas horas, me dieron ganas de mordisquear el papel pintado.

Fui a la estantería, seleccioné un volumen de John Sanford. Había escrito doce novelas de la serie *Presas*. Di al azar con Lo siguiente:

Bajaba en picado. Llevaba tres días dándole a la cocaína. Luego, la última noche de caída en picado, pasó por una tienda de licores para comprar una botella de Stolichnaya. No había manera de aterrizar suavemente después de tres días de tute, pero el vodka hizo que el aterrizaje de panza con las ruedas levantadas se convirtiera en un desastre completo con incendio incluido. Ahora lo pagaría. Ahora tendría que aceptarlo sin rechistar.

Ya era suficiente.

La locura es que yo entonces deseaba un trago por encima de todo. No cualquier trago. Oh, no, tendría que ser un Stoli bien helado.

Volví a la cama. El sueño llegó a regañadientes y con condiciones.

A la mañana siguiente puse el informativo de las nueve en punto. Tercera noticia:

«Un joven ha resultado gravemente herido después de que alguien prendiese fuego a su cuerpo a primeras horas de la mañana. El incidente tuvo lugar en Eyre Square. La policía sigue el rastro de cuatro hombres en relación con esta agresión. El superintendente Clancy, en respuesta a la sugerencia de que pueda tratarse de una represalia por las recientes agresiones con fuego contra vagabundos, ha declarado: “Todo tipo de matonismo o cualquier intento privado u individual de tomarse la justicia por su mano será enérgicamente combatido”».

Luego se fue por las ramas con una especie de minidiscurso sobre el estado de la nación, pero entonces apagué el aparato.

Llegué a Grogan’s después de las once, y Sean preguntó con ansiedad:

—¿Café de verdad o posos?

—Lo mejor que tengas.

Me entristeció ver el alivio que sintió al oírme decir eso. Volvió con una cafetera y una tostada y dijo:

—Necesitarás un poco de guarnición.

Yo dije:

—Siéntate, quiero preguntarte algo.

—Dispara.

—Ten en cuenta que la persona que te hace la pregunta ha estado recientemente

sometido a... digamos... ciertas limitaciones.

Hizo un gesto afirmativo.

—¿Sólo me lo parece a mí o Sutton ha perdido la cabeza?

Soltó un resoplido de aversión y dijo:

—Nunca le he podido soportar.

—Vale... pero ¿qué opinas?

—Nunca he entendido qué veías en él.

Esto era como extraerle un diente.

—Sean... Sean, vale... lo entiendo, pero ¿qué opinas?

—Está para que le encierren.

—Gracias, Sean. Una opinión ecuaníme era más de lo que habría podido soñar.

Sean se levantó y farfulló:

—Te diré otra cosa, Jack...

Como si pudiera pararle los pies.

—Ese tipo se dirige al infierno de cabeza, y se llevará consigo a todos los que pueda.

El tipo en cuestión llegó una hora más tarde y dijo:

—Sabía que te encontraría aquí. Sean... una cerveza antes de Cuaresma.

Me examinó detenidamente y dijo:

—¿Todavía sobrio? Estoy impresionado. Llevas... ¿qué, un día?

—Trece días.

—El tiempo de confinamiento no cuenta.

—Hostias, para mí sí que cuenta.

Sean trajo la bebida, la plantó allí de mala manera. Sutton dijo:

—Ya me está jodiendo este viejo chiflado.

Yo dije:

—He oído las noticias.

—Demasiado follón... para un hijo de puta insignificante. Lo mejor, sin embargo, esto te va a encantar, fue ver a sus colegas lloriqueando y gritando: «Llamad a la policía». ¿No es una gozada?

—Podíais haberle matado.

—Bueno, lo hicimos lo mejor que pudimos.

Sutton estaba extremadamente excitado. Como si por fin hubiera encontrado su vocación. Parecía al borde de la risa nerviosa. Entonces se inclinó hacia mí y dijo:

—Todo esto es por ti, Jack.

—¡Por mí!

—Tú preparaste el terreno con aquel perverso. La culpa la tienen ellos, pero es que además no tienen remedio.

—Venga, Sutton, ¿no te das cuenta de que es una locura?

—Oh, sí, eso es, una chifladura maravillosa.

LA MANO QUE MECE LA CUNA

Había quedado con Ann en el restaurante chino. Había dejado a Sutton farfullando consigo mismo. Sean me agarró en la puerta y dijo:

—Voy a quitar su cuadro.

—Ah, no hagas eso, Sean.

—Ese tipo es un desastre. La gente quiere que vuelva a poner los palos de *hurling*.

—Sean, déjalo un poco más de tiempo, en estos momentos está en una situación un poco frágil.

—¡Frágil! ¿Ese aprovechado? Sería capaz de construir un avispero en tu oreja y cobrarte el alquiler.

Fui a Madden's y compré seis rosas rojas. Nunca en mi vida he comprado flores. La dependienta dijo:

—¿Cómo quiere que se las prepare, en una cestita, en un ramillete?

—No sé.

Se echó a reír, así que dije:

—¿Hay alguna manera de envolverlas de forma que...?

—De forma que no se vean, ¿quiere decir eso?

—Exactamente.

—Vamos, atrévase. Los hombres de verdad son los que se atreven a llevar flores.

—Tendré que aceptar su palabra.

Hiciera lo que hiciera con ellas, llamaban la atención. Por supuesto, precisamente entonces es cuando te encuentras con toda la gente que has conocido en tu vida. Todos muy agradecidos:

«Uy, qué monada».

«Dígaselo con flores».

«Eres la flor más perfumada».

Cosas así.

Llegué al restaurante temprano y las escondí debajo de la mesa, a toda prisa. La encargada dijo:

—Oh, las pondré en agua.

—No es necesario... de veras.

Cuando me preguntó si quería beber algo, yo dije:

—Una cerveza... no... mejor... una coca-cola.

El sudor bajaba a raudales por mi cuerpo.

Ann estaba... preciosa. No hay otra palabra. Sentí que la boca se me secaba y el corazón palpitaba. Me levanté y en un ataque de inspiración dije:

—Ann.

Me dio un gran abrazo, luego dio un paso atrás para inspeccionarme y dijo:

—La barba te sienta muy bien.

—Gracias.

—Pareces totalmente distinto, no sólo por la barba.

Sin saber qué otra cosa hacer, le entregué las flores. ¡Ah, qué gran éxito!

Nos sentamos.

No dejaba de mirar las flores y luego a mí. Si tuviera que describir qué sentía, tendría que admitirlo: timidez. Sentirme así a mis casi cincuenta años. Ella dijo:

—Creo que me da un poco de corte.

—A mí también.

—Oh, ¿de veras, Jack? Me encanta.

Llegó una camarera y pedimos un montón de cosas:

tallarines fritos

pollo con arroz

cerdo agridulce.

Luego la camarera preguntó:

—¿Para beber?

Respondí al instante:

—Yo tomaré otra coca-cola... ¿Ann?

—Oh, coca-cola para mí también. Al irse la camarera, Ann dijo:

—Es eso, tienes los ojos blancos.

—¿Blancos?

—No, quiero decir... transparentes.

—Vale, ya entiendo lo que quieres decir.

Un silencio. Luego ella dijo:

—¿Debería preguntar o... mejor dejarlo estar?

—Todo esto es nuevo para mí también, pero, claro, pregunta lo que quieras.

—¿Es difícil?

—Un poco.

Luego llegó la comida y cambiamos de tema. Me gustaba verla comer. Ella me sorprendió mirándola y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Me gusta verte comer.

—Eso es bueno, ¿no?

—Yo diría que sí.

Después, dimos un paseo por Quay Street. Ella se agarró de mi brazo. Un gesto de lo más agradable. Al llegar a Jury's, nos detuvimos y ella dijo:

—Ahora tengo que ir al cementerio. Voy todos los días, y un día tan maravilloso como éste me gustaría compartirlo con Sarah.

—Te acompaño.

—¿De veras?

—Sería un honor.

Cogimos un taxi en Dominick Street, y cuando apenas nos habíamos sentado el taxista preguntó:

—¿Se han enterado de lo que ha pasado en la plaza?

Ann dijo:

—Oh, ha sido horrible, ¿verdad?

Yo no dije nada. El taxista, por supuesto, discrepaba, y dijo:

—La gente está harta de los policías y de los jueces. Ya han tenido bastante.

Ann no estaba en absoluto de acuerdo y dijo:

—Oh, no me diga que aprueba usted lo que ha sucedido.

—Escuche, señora, si viera usted los energúmenos que se ven aquí por las noches y su forma de comportarse...

—Pero prenderle fuego a una persona...

—¿No eran precisamente esos niños los que hacían eso mismo con los borrachos? Hasta la policía lo sabe.

—Aun así.

—Mire, señora, perdone que se lo diga, pero si le pasara algo así a un hijo *suyo*...

*Receta para la educación de un poeta:
«Tanta neurosis como el niño pueda soportar».*

W. H. Auden

Caminamos hasta la tumba de Sarah en silencio. Se había soltado de mi brazo.

Por desgracia. No me habría importado nada que siguiera. La tumba estaba increíblemente bien cuidada. Una sencilla placa de madera con su nombre. A su alrededor

Osos

Snoopy

Caramelos

Pulseras

Y perfectamente ordenados.

Ann dijo:

—Sus amigas. Siempre están trayendo cosas.

Creo que eso era lo que más le emocionaba. Yo dije:

—Ann, déjale las rosas. Se le iluminó la cara.

—¿De veras, Jack, no te importa? Le encantan las rosas... bueno, le encantaban. Siempre me equivoco y hablo en presente. No consigo relegarla a ese tiempo horrible, el pasado.

Depositó las rosas con delicadeza y se sentó cerca de la cruz. Dijo:

—Voy a encargarme que pongan POETA en la lápida. Solamente eso. Deseaba tanto serlo.

No estaba seguro sobre los ceremoniales relacionados con la muerte. ¿Debía arrodillarme o sentarme? Entonces comprendí que Ann estaba hablando con su hija. Sonidos suaves y pausados que resonaban en mi alma.

Me aparté. Me puse a caminar y casi me doy de bruces con una pareja de ancianos. Uno de ellos me dijo:

—Qué espléndido día, ¿verdad?

Lo que me faltaba. Seguí caminando y llegué hasta la tumba de mi padre. Dije:

—Papá, estoy aquí por casualidad, pero... eso es lo que nos pasa a todos, ¿no?

Sin duda estaba delirando. Sí me viera Sutton, me obligaría a beber. La lápida estaba puesta y eso es lo peor. Es definitivo, no tiene vuelta de hoja. Por lo menos, mientras solamente está la cruz, parece algo temporal.

Ann llegó por detrás y preguntó:

—¿Tu padre?

Asentí.

—¿Te caía bien?

—Oh, Dios, desde luego que sí.

—¿Cómo era?

—Bueno, creo que nunca he querido ser como él, pero ya me gustaría a mí que la gente me apreciara tanto como a él.

—¿En qué trabajaba?

—En los ferrocarriles. En aquellos tiempos no era un mal trabajo. Todas las noches, alrededor de las nueve, se ponía su gorra y se iba a tomar unas cervezas. Dos pintas. Algunas noches no se tomaba la molestia. La prueba de si uno es o no un alcohólico es tomarte dos al día y no pasar de ahí. Yo esperaba la semana entera y los viernes me tomaba catorce.

Ella me ofreció una sonrisa insegura.

Había llegado el momento de hablar de mí. Rabioso.

—Cuando me hice policía, él no hizo ningún comentario, excepto: «Procura que eso no te lleve a la bebida». Luego, cuando me echaron, dijo: «La cuestión es dejarlo con la cabeza bien alta». Anteriormente, en Templemore, un instructor había dicho: «Podemos dar por seguro que Taylor tiene un brillante futuro a sus espaldas». Lo que se dice un pedorro. Ahora trabaja como gorila del primer ministro, de modo que obtuvo su justa recompensa. A mi padre le encantaba leer, siempre hablaba del poder de la letra impresa. Cuando murió, un tipo me paró por la calle y me dijo:

—Tu padre era un verdadero putón con los libros.

—Debería haber puesto eso en su lápida. Le habría encantado.

Ya casi lo había dicho todo. Pero me quedaban uno o dos pensamientos antes deirme dando tumbos de allí. Dije:

—Tengo un amigo, Sutton. Tenía una camiseta con un letrero que decía:

SI LA ARROGANCIA ES UNA BENDICIÓN ÉSTA ES LA CIUDAD SANTA

Ann no lo pilló y dijo:

—No lo entiendo.

—A él tampoco le entenderías. Creo que yo tampoco le entiendo.

Ann preguntó si me gustaría visitar su casa. Yo le dije que claro.

Vivía en Newcastle Park. Justo al lado del hospital. Del depósito de cadáveres sale un camino que llaman el *Callejón de la Misa*. No sé si yo sería capaz de pasar por allí muy a menudo.

La casa era moderna, luminosa, limpia y cómoda. Tenía un aspecto acogedor. Ella dijo:

—Prepararé un té.

Y lo preparó para luego aparecer con una bandeja abarrotada de bocadillos. Como los estupendos bocadillos de antaño, con pan grueso y crujiente, montones de jamón, tomate, mantequilla. Yo dije:

—Madre mía, qué buena pinta tienen.

—Compro el pan en Griffin's. Siempre está lleno de gente.

Después de una segunda taza de té, dije:

—Ann, tengo que hablar contigo.

—Oh, qué mal suena eso.

—Es acerca de la investigación.

—Necesitarás dinero. Tengo más.

—Siéntate. No necesito dinero. Me ha caído del cielo un regalo... farmacéutico, así que no te preocupes. Escucha, si te dijera que el hombre responsable de la muerte de Sarah ha muerto, ¿te darías por satisfecha con eso?

—¿Qué quieres decir? ¿Ha muerto de verdad?

—Sí.

Se puso en pie y dijo:

—Pero nadie lo sabe. Quiero decir, sigue estando clasificada como suicida. No puedo permitir que sus amigas o en su colegio sigan creyendo que se suicidó.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? ¿Qué significa eso, Jack? ¿Puedes probar la verdad?

—No lo sé.

Lo que eso significaba era que tendría que ir a por Planter. Si hubiera estado de acuerdo con lo que yo le proponía, le habría dejado en paz.

Creo.

Pero ciertamente Sutton no iba a dejarle escapar, así que tampoco creo que tuviera otra opción.

*«No tengo ninguna moral que predicar.
Simplemente trabajo lo más cerca posible
de mis nervios».*

Francis Bacon

Más tarde, avanzada la noche, nos acostamos. Yo estaba tan nervioso como un gato. Se lo dije:

—Creo que jamás he hecho el amor estando sobrio.

—Será mejor, ya lo verás.

Tenía razón.

Hacia medianoche, me vestí y Ann preguntó:

—¿Por qué no te quedas?

—Todavía no.

—De acuerdo.

Luego se levantó de la cama y desapareció. Volvió unos minutos después con algo en la mano. Dijo:

—Quiero que veas algo.

—Claro.

—Es el diario de Sarah.

Y me extendió un cuaderno rosa, encuadernado en cuero. Di un respingo y dije:

—Hostias, Ann, no puedo.

—¿Por qué no?

—No puedo husmear en el diario de una adolescente. No estaría bien.

—¿Pero por qué? Te dará una idea de quién es... de quién era. Por favor.

—Oh, Dios, realmente no quiero hacer esto.

No podía decirle que no habría método mejor para empujarme a buscar una botella rápidamente. Ponerme a mirar en la mente de una joven muerta.

Ann siguió ofreciéndomelo. Yo dije:

—Lo intentaré. No te puedo prometer que vaya a ser capaz, pero haré lo que pueda.

Me rodeó la cintura con sus brazos, me besó en el cuello y dijo:

—Gracias, Jack.

De vuelta a casa, sentía el peso del cuaderno en el bolsillo como una bomba. Pensé en llamar a Cathy B. Pedirle que lo leyera. Pero no podía pasárselo a nadie. Ann nunca aceptaría eso. Soltando maldiciones como un carretero, llegué a casa en menos de diez minutos. Lo puse debajo de la cama, para no verlo con la primera luz del amanecer. De ninguna manera estaba dispuesto a abrir esas páginas en plena noche.

A la mañana siguiente, me duché, preparé un café, deambulé de un lado a otro y finalmente decidí echarle un vistazo.

La tapa estaba muy desgastada, la piel rosa deshilachada por el uso.
Dentro se leía:

*Este diario es propiedad de
Sarah Henderson,
Poeta,
Irlanda
Y es PRIVADO.
¡Así que no mires, mamá!*

¡Hostias! Era peor de lo que pensaba.

Puse la mente en blanco y lo intenté de nuevo. Muchas de las anotaciones eran previsibles. El colegio, las amistades, la música, la ropa, las dietas, los enamoramientos.

Podía pasar por esto, pero de vez en cuando:

*Mamá dice que me va a comprar
un móvil en Navidad. Es la mejor de las mejores.*

Y a mí me gustaría ponerme a gritar.

Entonces llego a cuando empezó a trabajar a tiempo parcial en Planter's.

*El señor Ford es tan cutre.
Todas las chicas se burlan de él
a sus espaldas. Es un tío tan raro.*

A continuación el tono cambiaba. Ahora estaba exaltada.

*Bart se ha ofrecido a llevarme a casa.
Su coche es superguay.
Estoy loca por él.*

Y luego Bart... el nombre y nada más... o un corazón con Bart y Sarah... durante páginas y páginas.

La anotación final:

No puedo seguir escribiendo este diario.

*Bart dice que es cosa de críos. Me ha
prometido una pulsera de oro si
voy a la fiesta el viernes.*

Cogí el teléfono, llamé a Cathy. Ella dijo:

—¿Dónde demonios has estado?

—De incógnito.

—Seguro que has estado hecho polvo.

—Eso también.

—¿Quieres algo?

—Algo muy sencillo.

—Dime.

—Cuando hiciste tus investigaciones sobre Planter, ¿tomaste notas?

—Pues claro.

—Buena chica. ¿Cuál es su nombre de pila?

—Déjame comprobarlo.

Y al rato:

—Aquí tengo las notas, a ver... oh, sí, aquí está... Bart... holomew.

—¡Estupendo!

—No cuelgues todavía. Escucha, tengo un concierto.

—Estupendo, ¿cuándo?

—Este sábado en el Roisin; ¿vendrás?

—Por supuesto que sí. ¿Puedo llevar a alguien?

—A todos los que quieras.

LAMENTO DE CALWAY

Observaste, a lo largo de

abril

desde

un lugar de

tolerancia...

llamado fortaleza.

El Roisin Dubh ha presentado a la mayoría de los principales grupos musicales.

Sigue conservando una atmósfera íntima. O sea, que está siempre de bote en bote. Ann iba vestida con una chaqueta corta de cuero, unos vaqueros desteñidos, el pelo recogido por detrás. Yo dije:

—Veo que vienes preparada para el concierto.

—¿Te parece bien?

—Dinamita.

Yo iba todo de negro. Camiseta y pantalones de pana del mismo color. Ann dijo:

—Pareces un cura echado a perder.

—¿Petulante?

—No, algo así como arruinado.

—Bueno... eso lo podríamos discutir.

Nos metimos en la multitud para situarnos cerca del escenario. Yo dije:

—Escucha, voy a ver qué tal le va a Cathy.

—¿Estará nerviosa?

—Yo lo estoy.

Cathy estaba en un minúsculo camerino, y dijo:

—Sabía que vendrías.

—¿Ah, sí?

—Claro, todavía tienes posibilidades, incluso un carrocilla como tú. Toma...

Me pasó una copa, era un doble, no, un triple de algo. Pregunté:

—¿Qué es esto?

—Un Jack... un Daniels. Dale.

—No, gracias.

—¡Qué me dices!

—Ya no bebo.

Se dio la vuelta y dijo:

—¿Que ya no qué?

—Desde hace unos días. Lo estoy intentando.

—¡Vaya!

Habría dado mis muelas por esa copa. La luz parecía concentrarse en el vaso y creaba un destello en el líquido. Aparté la vista. Cathy preguntó:

—¿Y la barba? ¿A qué se debe?

—Me dio por ahí.

—Ésa es una respuesta irlandesa. No me dice absolutamente nada. Lárgate... Me tengo que concentrar.

Me incliné, la besé en la cabeza y dije:

—Eres una estrella.

Ann tenía las bebidas en las manos, yo dije:

—Coca-cola... no creía merecer tanto.

—Es la bebida perfecta.

Varias personas me saludaron a gritos, hicieron comentarios sobre la barba, inspeccionaron a Ann.

Se apagaron las luces y me pareció vislumbrar a Sutton cerca de la barra.

Entonces apareció Cathy. La muchedumbre se calló. Ella dijo:

—Hola.

—Hola.

Entró directamente en una versión punk de *Galway Bay*. Como cuando Sid Vicious hizo *My Way*. La diferencia era que Cathy sabía cantar. Dio a la canción una fuerza que yo había olvidado después de haberla escuchado demasiadas veces. Luego siguió con *Powderfinger* de Neil Young.

Abarcó un repertorio muy amplio, desde Chrissie Hynde, pasando por Alison Moyet, para terminar con *Misguided Angel* de Margo Timmins. A un ritmo infernal. Luego salió del escenario. Grandes aplausos, silbidos, peticiones de *otra, otra*. Yo le dije a Ann:

—No va a cantar otra.

—¿Por qué no?

—Nunca se guarda una de reserva, ha terminado.

Y así fue.

Se encendieron las luces. Una oleada de buen rollo invadió el espacio. Ann dijo:

—Es genial. Vaya voz que tiene.

—¿Quieres beber algo? Tómate una copa como es debido, yo estoy bien, de veras.

—Vino blanco.

—Vale.

Cuando conseguí que me sirvieran, me di la vuelta y me di de bruces con Sutton. Miró la copa y dijo:

—¿Vino? Es un comienzo.

—No es para mí.

—Lo que tú digas. Esa chavalita inglesa tiene fuerza. En la cama tiene que ser la hostia.

—No es tu tipo.

—Todas son mi tipo. ¿Recuerdas a nuestro señor Planter?

—Claro.

—Admira a los pintores. Incluso se las da de coleccionista.

—¿Has hablado con él?

—Un tipo encantador. Me ha citado en su casa mañana al mediodía. Puedes acompañarme como mi ayudante.

—¿Qué estás tramando?

—Voy a ponerle un marco al capullo. Soy pintor, Jack. ¿Recuerdas? Te recogeré a las 11:30.

Le di a Ann su bebida y dije:

—Voy un momento a despedirme de Cathy.

—Dile que ha estado muy potente.

Una verdadera descripción típica de Galway, el mayor de los elogios. El camerino de Cathy estaba abarrotado de admiradores, ella estaba ruborizada y tenía los ojos radiantes. Yo dije:

—Has estado sensacional.

—Gracias, Jack.

—Bueno, estás ocupada, sólo te quería decir eso.

—No te quites la barba.

—¿Tú crees?

—Con ella pareces todo un personaje.

Una serpiente había mordido a tantas personas que pocos se aventuraban a salir.

Se decía que el Amo había domesticado, a la serpiente.

En consecuencia, la gente se dedicó a tirarle piedras y arrastrarla por la cola.

La serpiente se quejó al Amo, el cual dijo:

—Has dejado de dar miedo a la gente, eso es mala cosa.

Una serpiente muy enfadada respondió:

—Tú me dijiste que practicara la no violencia.

—No, yo te dije que dejaras de hacer daño, no que dejaras de silbar.

A la mañana siguiente, me hice el desayuno y todo. No sentirme, enfermo, no tener resaca, era algo extraordinario. Mi cara se estaba curando y la barba ocultaba el resto. Me hice unos huevos revueltos y corté una gruesa rebanada de pan. Había ido a Griffin's.

Un tazón de té bien lleno y listo. Sonó el timbre de la puerta y exclamé:

—Mierda.

Era Sutton. Yo dije:

—Coño, ¿no es muy temprano?

—No he dormido, tío.

—Pasa, he preparado un desayuno.

Me siguió y fui a por otro plato. Él dijo:

—Lo prefiero bebido, gracias.

—Todo lo que tengo es un escocés barato.

—Yo soy un tipo barato. Dame un café para darle color.

Los huevos revueltos se habían enfriado. Después de darle el café y la botella de escocés, señaló mi plato y dijo:

—No me digas que te vas a comer eso.

—Ya no. Tengo la manía de comer la comida más o menos caliente.

—Ooooh... qué picajoso.

Eché un vistazo al apartamento y dijo:

—Yo podría vivir bien aquí.

—¿Qué?

—Me pasé por aquí el otro día, cuando tú andabas por ahí pasándotelo bien. Estuve charlando con tu vecina, Laura.

—Linda.

—Como se llame. Una campesina cortita de cerebro pero bien zorrita. Me la llevé al huerto, claro. No en sentido literal, claro. Cuando supo que era artista, me ofreció tu apartamento.

—¿Te ofreció qué?

—¿Hay eco en la casa? Sí, dijo que te mudabas y que estaba buscando un inquilino apropiado.

—La muy puta.

—La atracción del arte, ¿te das cuenta?

—¿Hablas en serio, te vas a venir a vivir aquí?

Se levantó, sorbió ruidosamente su café, me miró con los ojos muy abiertos y dijo:

—Pero hombre, colega. ¿Cómo te voy a joder yo a ti? Eres mi amigo del alma. Será mejor que nos vayamos, el arte nos llama.

Un Volkswagen Golf todo abollado estaba aparcado fuera. De color amarillo chillón. Yo dije:

—Dime que no es verdad.

—Oh, sí. El Volvo se jodió. Tuve que tomar prestado éste.

—Nos verán llegar, literalmente.

—Por supuesto que sí.

Planter vivía en Oughterard. Su casa estaba en las afueras del pueblo. Casa es un término que se queda corto. Obviamente había visto demasiados capítulos de Dallas y decidió tener su propia sucursal en el sur de Irlanda. Yo dije:

—Hostias.

—Estamos impresionados, ¿eh?

Una larga alameda y luego la casa principal. Más estridente aún vista de cerca. Sutton dijo:

—Déjame hablar a mí.

—Vaya una novedad.

Hizo sonar el timbre y yo observé la presencia de cámaras de seguridad en la entrada. La puerta se abrió, una joven vestida con uniforme de doncella preguntó:

—¿Qué?

Sutton ofreció la mejor de sus sonrisas, llena de encanto demoníaco y dijo:

—*Buenas días, señorita, soy Señor Sutton, el artista*^[11].

Ella soltó una risita nerviosa y nos dejó entrar. Yo miré a Sutton y pregunté:

—¿Hablas español?

—Lo chapurreo.

La joven nos llevó a una sala espléndida y dijo:

—*Momento, por favor.*

Todas las paredes estaban forradas de cuadros. Sutton los inspeccionó detenidamente y dijo:

—Tiene buen material.

Una voz dijo:

—Me alegra contar con su aprobación.

Nos dimos la vuelta.

Planter estaba junto a la puerta. No estoy seguro de lo que yo esperaba, pero teniendo en cuenta la casa, el negocio, la reputación, me había imaginado un hombre grande. No lo era. Medía un metro sesenta y cinco más o menos, casi calvo y con el rostro marcado por profundos surcos. Tenía ojos oscuros y poco reveladores. Llevaba un jersey con un logotipo de un equipo de polo y unos pantalones de pana muy gastados. Era fácil imaginar que para salir tendría una cazadora de motorista absolutamente raída. Nadie hizo ademán de intercambiar apretones de manos. La atmósfera no se prestaba a ello. Sutton dijo:

—Yo soy Sutton y éste es Jack, mi ayudante.

Planter asintió y preguntó:

—¿Algo de beber?

Luego dio una palmada y la criada volvió a aparecer. Sutton dijo:

—*Dos cervezas.*

Nos mantuvimos en silencio hasta que volvió con las dos cervezas en una bandeja. Sutton tomó ambas y dijo:

—Jack no tomará nada. No le pago para que beba.

Planter esbozó una breve sonrisa y dijo:

—Por favor, tomen asiento.

Él se dirigió con paso decidido hacia un sillón de piel. Miré a ver si sus pies llegaban al suelo. Sutton se sentó enfrente y yo me quedé de pie. Planter dijo:

—Hace tiempo que soy admirador de su obra. Me atrae la idea de hacerle un encargo.

Sutton había terminado una de las cervezas, eructó y dijo:

—¿Qué le parece un retrato?

—¿Hace usted retratos?

—Todavía no, pero con unas cuantas cervezas más pintaría cualquier cosa.

Planter no se molestó por los modales de Sutton. Al contrario, parecía encontrarlos divertidos. Dijo:

—Sin duda. Tal vez mejor un paisaje.

Yo dije:

—¿Qué te parece con agua?

Eso le pilló por sorpresa, tuvo que volverse para mirarme y preguntar:

—¿Cómo dice?

—Agua, Bartholomew. ¿No te importa que te llame así? ¿Qué te parece, por ejemplo, el embarcadero de Nimmo, te refresca la memoria?

Se levantó y dijo:

—Me gustaría que se fueran ahora mismo.

Sutton dijo:

—Yo me tomaría otra cerveza.

—¿Debo llamar a los de seguridad?

Yo dije:

—No, ya sabemos por dónde se sale. Pero seguiremos en contacto, sobre Nimmo.

*Echo de menos muchas cosas
pero sobre todo
me echo de menos a mí mismo.*

Al salir de la casa de Planter, dije a Sutton:

—Dame las llaves del coche.

—Puedo conducir.

—¿Y si ese cabrón llama a la policía?

Nunca fui un gran conductor. Con la mano izquierda vendada era casi un peligro. Aun así, era una opción mejor que la de un Sutton borracho. Hice chirriar las marchas unas cuantas veces y Sutton gritó:

—Vas a quemar el embrague.

—Dijiste que el coche era prestado.

—Prestado, no de usar y tirar.

Me lo tomé con calma, traté de ignorar la impaciencia de otros conductores. Sutton dijo:

—La cagaste bien.

—¿Cómo dices?

—¡Planter! Creía que habíamos acordado que mantendrías la boca cerrada.

—No se me da bien hacer de ayudante.

—Yo quería jugar, vacilarle un poco más.

—Le vacilamos de sobra. Simplemente acabamos un poco antes de lo previsto, eso es todo.

—¿Y ahora cuál es el plan?

—Esperar y ver.

—¿Ése es el plan?

—Yo no dije que fuera un buen plan, pero es el único que tenemos.

Por fin llegamos a Galway. Sutton se había quedado dormido. Le zarandeeé y se despertó sobresaltado:

—¡Qué hostias pasa!

—Tranquilo, ya hemos llegado.

—He tenido una pesadilla horrible, tío. A Tobe Hopper le encantaría. Siento la boca como si un canario se hubiera cagado en ella.

—¿Quieres entrar, darte una ducha?

—Qué va, me voy a la piltra.

Salí del coche y esperé. Sutton se desperezó y dijo:

—Jack, ¿no se te habrá pasado por la cabeza la idea de traicionarme?

—¿Qué?

—Porque eso no me gustaría. Tú y yo estamos unidos.

—¿A quién te iba a denunciar?

—A la bofia. Ya conoces el refrán... cuando se ha sido policía... Podrían entrarte ganas de ganar puntos ante tus viejos colegas.

—Tú deliras.

Se me quedó mirando y luego dijo:

—Te estás convirtiendo en un buen ciudadano, ya lo sabes. Bien sabe Dios que no

eras más que un puto borracho, pero al menos eras previsible.

—Vete a dormir, anda.

—Y tú, Jack, a ver si te centras un poco.

Metió la marcha y las ruedas del coche chirriaron al incorporarse al tráfico. Entré en mi apartamento, intenté preparar otra vez un desayuno rápido. Pero no tenía ánimos. Me conformé con un café y me hundí en un sillón. Me quedé pensando en lo que Sutton había dicho y me pregunté si había algo de verdad en sus acusaciones. Un trago acabaría con todas esas ideas virtuosas. Acabaría también con todo lo demás.

Pensé en Planter y no pude imaginar cómo podría demostrar que era el responsable de la muerte de Sarah. También se me estaba acabando el tiempo en lo referente a mi alojamiento. Si me iba a convertir en un *sin techo*, por lo menos ya tenía la barba.

Durante unos cuantos días no supe nada de Sutton. Busqué en el Skeff, pero ni rastro. Entre en Grogan's y Sean me sirvió su café auténtico. Pregunté:

—¿Qué, se acabaron las galletitas?

—Ya no te hacen falta.

—Sean.

—¿Qué?

—¿Me conoces... desde hace cuánto tiempo?

—La tira de tiempo.

—Exactamente. Me has visto en todo tipo de situaciones.

—Y que lo digas.

—En otras palabras, me conoces mejor que nadie.

—Muy cierto.

—¿Tú dirías que yo sería capaz de traicionar a un amigo?

Si le sorprendió la pregunta, no lo demostró. Pareció pensárselo seriamente. Yo esperaba un inmediato «por supuesto que no». Al final, me miró directamente a los ojos y dijo:

—Bueno, antes eras madero.

*Y te he tomado de la mano
sin motivo
alguno.*

En realidad, el tiempo no pasa. Nosotros pasamos. No tengo ni idea de por qué, pero creo que ésa es una de las cosas más tristes que he aprendido nunca. Bien sabe Dios que todo lo que he aprendido ha sido por las malas.

El mayor defecto de un alcoholíco es su absoluta falta de disposición para aprender del pasado.

Lo que aprendí del mío fue que, si bebía, reinaba el caos. Ya no me hacía ilusiones de ningún tipo. Pero habría dado cualquier cosa por romper el precinto de una botella de escocés y echarme a volar. O incluso un banquete de cervezas. Cerré los ojos y apareció una mesa. De madera, por supuesto. Docenas de cremosas Guinness se alineaban para darme la bienvenida. La cabeza... ahhh, simplemente perfecto.

Me levanté y me desperecé. Todo esto me estaba consumiendo vivo. Galway es una ciudad maravillosa para caminar. Hacerlo por el paseo marítimo es la ruta preferida. Antaño solamente los de Galway seguían un ritual peculiar. Empezabas en Grattan Road, luego subías hasta más allá de Seapoint. Te parabas allí un momento y escuchabas a los fantasmas de todos los grupos musicales de otro tiempo:

The Royal
Dixies
Howdowners
The Miami

No sabría decir si fue una época sencilla. Pero era muchísimo menos complicada. En medio de un concierto, ningún teléfono móvil se cargaba la magia. Luego pasabas por delante de Claude Toft's, a lo largo de la playa, hasta llegar a Blackrock. Aquí es donde se realizaba el ritual. Consistía en tocar el muro con el zapato.

Pero se ha corrido la voz. Ahora hasta los japoneses hacen una especie de golpe de seudokárate contra la piedra.

No se lo reprocho, pero de alguna manera la cosa se ha diluido.

Cualquiera sabe.

Fui andando hasta el centro y decidí meterme un chute de cafeína para el viaje.

Hasta donde alcanza mi memoria, siempre ha habido centinelas. Dos hombres encaramados a unos taburetes a todas horas. Siempre la misma pareja. Van vestidos con gorras de tela, chaquetones con hombreras y pantalones de fibra sintética. Nunca juntos. Se sientan en extremos opuestos de la barra. Ni siquiera podría jurar si se conocen entre sí.

Lo importante es lo siguiente.

Aunque te presentes sigilosamente ante estos tipos o te acerques a ellos no importa de qué manera, la cosa nunca cambia. Dos pintas de Guinness medio llenas. Una sincronización absoluta. Imposible planificarlo. Si un día entro y veo los vasos llenos o incluso vacíos, entonces sabré que se ha producido un cambio definitivo.

Mientras me encaminaba hacia mi asiento habitual, eché un vistazo para

comprobar. Sí, los dos en su sitio, con sus medias pintas en ristre.

Sean estaba de un humor de perros. Plantó el café delante de mí, sin decir nada. Yo dije:

—Y buenos días a ti también.

—No te pongas impertinente conmigo.

Adecuadamente reprendido, me tomé mi café. No estaba muy caliente, pero me pareció que no era la mejor mañana para mencionarlo. Eché un vistazo al periódico. Leí que la policía irlandesa no formaría parte de una nueva fuerza policial de la Unión Europea, porque sus agentes no van armados. Un tipo que conocía vagamente se me acercó y preguntó:

—¿Puedo hablar un momento contigo, Jack?

—Claro, siéntate.

—No sé si me recuerdas. Soy Phil Joyce.

—Por supuesto que me acuerdo.

Pero no me acordaba.

Se sentó, sacó tabaco y papelillos y dijo:

—Espero que no te importe.

—Fuma, fuma.

Y eso hizo.

Era uno de esos fumadores ansiosos. Chupaba la nicotina con tanta fuerza que se le dilataban los pómulos. Expulsaba el humo con un profundo suspiro. Era difícil distinguir si lo que sentía era satisfacción o agonía. Dijo:

—Te conocía mejor cuando salías por ahí a ligar.

Qué tiempos aquéllos. Salir a ligar era algo casi redundante. Conocías a una chica, ibas al cine, a pasear, y con un poco de suerte hacías manitas sin más explicaciones. Ahora se trataba de «una relación» y en todo momento estabas atrapado por

problemas

autorizaciones

y

el niño interior.

Ahora lo único que ligabas era una raya de cocaína. Ya no se llevaban flores, ahora se iba al terapeuta. Phil dijo:

—Me han dicho que has dejado la bebida.

—Un poco.

—Bien hecho. ¿Me darías una recomendación para trabajo?

—¿Para qué?

—Para Correos.

—Claro, pero no creo que mi recomendación te vaya a servir de mucho.

—Oh, eso no importa, no quiero el trabajo.

—¿Cómo dices?

—Es para quitarme de encima a los del paro. Así parecerá que lo estoy intentando.

—Ah... Vale.

—Estupendo, muchísimas gracias.

Luego se fue. Me levanté e hice ademán de dejar dinero en la mesa. Sean se me se acercó y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Lo que cuesta el café.

—Oh... ¿y desde cuándo has empezado a pagar?

Ya me cabreó y le solté:

—¿Y a ti qué bicho te ha picado en el culo?

—Cuida tu lenguaje, joven Taylor.

Le rocé al pasar y dije:

—Eres un viejo chiflado.

En una misa reciente en la catedral de Galway, un joven de una comunidad hippie horrorizó a la congregación cuando recorrió la nave lateral con una pistola falsa.

Se presentaron cargos contra él, pero fue puesto en libertad con una multa de seis peniques, por ser insolvente.

Sus amigos hippies, según supieron después los vecinos, habían domesticado once ratas a las que habían bautizado y de las cuales cuidaban en sus tiendas.

Como el tipo del anuncio de Carlsberg, solamente cabe preguntar: «¿Por qué?».

Yo bajaba por Quay Street. Los lugareños más curtidos lo pronuncian Kay y para el resto es Key. Parecía que se había producido un milagro, pues un pequeño rayo de sol llegaba hasta los edificios.

Una sombra se interpuso. El jefe de los borrachos. Respondía al nombre de Padraig. Le perseguían los rumores habituales. Supuestamente de buena familia, había sido

Maestro
Abogado
Neurocirujano

Desde que yo le conocía, siempre había estado hecho polvo y era aficionado a las alusiones literarias. Hoy estaba medio cabreado. Dijo:

—Te saludo, mi barbudo amigo. ¿Por ventura compartimos los finales del solsticio de invierno?

Sonreí y le di unas cuantas libras. Ambos ignoramos el temblor de su mano. Medía aproximadamente 1.65 metros de altura, enjuto, con una mata de pelo blanco muy sucio. Su cara era un despliegue de vasos sanguíneos rotos e inflamados. Tenía la nariz rota y no me costaba ningún esfuerzo identificarme con él.

Azules, los ojos más azules que se hayan visto... realzados en rojo, por supuesto. Como un mapa militar. Dijo:

—¿Conocía yo a tu padre?

—Paddy... Paddy Taylor.

—Un hombre con delicadeza y buen gusto. ¿No era así?

—Tenía sus momentos.

—Uno deduce, por el uso del tiempo pasado, que ya no está con nosotros... o peor aún, que se fue a Inglaterra.

—Muerto, está muerto.

Con toda la fuerza de sus pulmones. Padraig se puso a cantar. Casi me da un ataque. Cantó o rugió:

*Ciegamente, ciegamente
al fin
fallecemos.*

Se agachó para atrapar una colilla, la encendió con una maltrecha caja de cerillas de cocina. Miré furtivamente a mi alrededor, con la esperanza de que la canción hubiera terminado. Chupó con fuerza el cigarrillo y en una nube de nicotina vociferó:

*Pero el hombre no puede quedarse
pues en ninguna parte*

halla reposo.

Hizo una pausa y aproveché la ocasión:

—¿Sí te doy algo más de dinero dejarás de cantar?

Se echó a reír, exhibiendo sus dos dientes amarillentos; el resto, obviamente, habían desaparecido en combate.

—Desde luego que sí.

Le di otra libra. La examinó y dijo:

—También acepto euros.

Yo entraba en Claddagh con el Arco Español a mi izquierda. Padraig mantenía el paso. Dijo:

—No eres un hombre que muestre gran cosa... demasiada información, quiero decir. Lo que dices tiene las cualidades de la brevedad y la claridad.

Antes de que yo pudiera responder a esto breve o claramente, le dio un ataque de toses con arcadas. Expulsó flema y otras diversas sustancias no identificables. Le di un pañuelo con el cual se secó sus ojos lagrimosos.

—Estoy en deuda contigo, joven Taylor. Ha pasado un tiempo inmemorial desde la última vez que un hermano peregrino me ofreció su pañuelo.

Yo dije:

—Tienes un acento difícil de localizar.

—Es como un sueldo fijo, tiene una cualidad esquiva... por no decir efusiva.

No era posible responder a eso, ni siquiera lo intenté. Él añadió:

—En un oscuro periodo de mi existencia, yo era, según creo, de la campiña de Louth. ¿Conoces en alguna medida tan árido territorio?

—No.

Yo me esforzaba en no hablar como él. Era altamente contagioso. Hurgó en lo más profundo de su abrigo, de lana gruesa. De allí extrajo una botella marrón.

—¿Un traguito tal vez?

Limpió el cuello de la botella con el extremo limpio de mi pañuelo. Le dije que no con un gesto. No se ofendió lo más mínimo. Dijo:

—El único consejo que recuerdo es el que dice: mejor ser afortunado que ser bueno.

—¿Y lo eres tú?

—¿El qué?

—Afortunado.

Se rió con ganas.

—En todo caso, si alguna vez he sido bueno, de eso hace ya mucho tiempo. Signifique lo que signifique.

Un grupo de borrachos apareció por detrás del muro del campo de fútbol. Padraig se agitó con una energía artificial y dijo:

—Mi gente me espera. Acaso volvamos a hablar en otra ocasión.

—Será un placer.

No mostró un entusiasmo desbordante, pero sí un cierto tono de aprobación.

Finalmente, llegué a Salthill y seguí caminando por el paseo marítimo. Me vinieron de nuevo a la mente los centinelas de Grogan's. Todos los días, al mediodía, se quitan sus gorras, se persignan para rezar el ángelus. Incluso inclinan sus cabezas al tiempo que musitan la oración.

Excepto por esos extraños resquicios de reminiscencia, el ángelus, al igual que el vecindario y la casa de empeños de Quay Street, habían sido arrasados por la nueva prosperidad. ¿Quién puede medir la pérdida? Yo ni siquiera recordaba la oración.

Cuando dejas de beber, la mente se dispara. Te asaltan cien pensamientos a la vez.

Me crucé con tres críos de apenas veinte años. Llevaban latas de cerveza Tenants Super en las manos. Me dieron ganas de robárselas. El olor de la *lager* me llamaba.

Había leído algunos libros de Keith Ablow. Un psiquiatra en activo, especializado en medicina forense. Ha escrito:

Necesitas un trago. Así es como empieza. Lo necesitas. Y la necesidad era real, siempre lo es. Porque necesitaba algo. Necesitaba el coraje para enfrentarme con lo que tenía que hacer a continuación. Y no lo tenía. La bebida te hace olvidar que eres un cobarde, durante un rato. Hasta que ese rato se acaba. A aquello con lo que tenías que enfrentarte le han salido garras y se ha convertido en un monstruo con el que no querrías encontrarte jamás. Entonces el monstruo empieza a mear alcohol más rápido de lo que tú eres capaz de ingerir.

Vete a dar un paseo con eso en la cabeza.

Recuerda las leyes primarias de la física: toda fuerza genera una fuerza igual y de sentido contrario.

Si realizas un acto de gracia, te resistes al sistema. Es como arrojar un guante a Satanás. Todo tipo de infiernos pueden salir a buscarte.

Al día siguiente, animado por mi paseo, decidí ir a que me revisaran la mano.

Tenía mi propio médico, pero después de años de bebida había perdido el contacto. En una ocasión había ido a pedirle unos tranquilizantes muy fuertes y me había echado de su consulta.

Ni siquiera sabía si seguía vivo. Decidí arriesgarme y me dirigí al Crescent.

Una zona que une el litoral y la ciudad. Es la Harley Street de Galway. Su placa seguía allí. Entré y una joven recepcionista me preguntó:

—¿En qué puedo ayudarle?

—Hace tiempo era paciente suyo, pero no sé si conservarán ustedes mi historial.

—Vamos a comprobarlo, ¿le parece?

Allí estaba.

Ella echó un vistazo al expediente y dijo:

—Ah, es usted policía.

Hostias, ¿cuánto tiempo hacía que no venía? Ella observó mi barba y yo dije:

—Voy de incógnito.

No se lo creyó ni un instante y dijo:

—Comprobaré si el doctor está libre.

Lo estaba.

Había envejecido, pero, claro, ¿quién no? Dijo:

—Caramba, ha estado usted en la guerra.

—Exactamente.

Me examinó a fondo y dijo:

—Puede quitarse la escayola de los dedos dentro de unas semanas. En cuanto a la nariz, tendrá que vivir con ella. ¿Qué me dice del alcohol?

—Lo he dejado.

—Ya era hora. Actualmente miden el alcohol en unidades. ¿Cuántas por día? Yo soy de la vieja escuela, supongo, yo lo mido por el número de personas que arrastra a las unidades de rehabilitación.

No sabía si se trataba de un comentario humorístico, así que lo dejé pasar. Al despedirme, dijo:

—Que Dios le bendiga.

No fui a Grogan's, pensé:

—Hoy puedo vivir sin los comentarios de Sean.

Me tropecé con Linda delante de mi piso y me recordó:

—Tienes dos semanas para encontrar otro sitio.

Se me ocurrieron una serie de respuestas, pero opté por la confusión y dije:

—Que Dios te bendiga.

Aquella noche estaba viendo el canal *Sky Sports* cuando sonó el teléfono. Era Ann. Me relajé:

—Hola, cariño.

—Jack, ha habido un accidente. Uno feo.

—¿Qué? ¿Quién?

—Es Sean... ha muerto.

—¡Oh, Dios!

—Jack... Jack, estoy en el hospital. Han traído a Sean aquí.

—Espérame ahí, voy enseguida.

Colgué el teléfono. Luego eché hacia atrás mi mano izquierda y golpeé la pared con el puño. La fuerza contra mis dedos en proceso de curación me hizo gritar. Cuatro, cinco veces, aporreé sistemáticamente la pared y luego me desplomé de dolor. Un aullido de angustia me aterrorizó hasta que me di cuenta de que era yo quien hacía ese sonido.

Ann estaba esperando en la entrada del hospital. Hizo ademán de abrazarme, pero yo la aparté. Vio mi mano y preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—Me caí, y no, no estaba bebiendo.

—Yo no quería decir...

Le cogí la mano con mi mano derecha y dije:

—Ya sé que no querías. ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

—Le atropellaron y el conductor se dio a la fuga. Dicen que murió al instante.

—¿Cómo lo saben?

En el tercer piso, un médico y dos policías. El médico preguntó:

—¿Es usted familiar?

—No lo sé.

Los policías intercambiaron una mirada. Yo pregunté:

—¿Puedo verle?

El médico miró a Ann y dijo:

—No creo que sea una buena idea.

—¿Nos conocemos?

Él negó con la cabeza y yo seguí:

—Eso me parecía. Entonces, ¿cómo demonios puede saberlo?

Uno de los guardias dijo:

—Eh.

El doctor dijo:

—Acompáñeme.

Me llevó pasillo adelante, se detuvo delante de una puerta y dijo:

—Prepárese. Todavía no hemos tenido oportunidad de limpiarle a fondo.

No respondí.

Habían colocado unas cortinas alrededor de una cama. El médico me echó una última mirada y luego tiró de la cortina y dijo:

—Le dejaré solo.

Sean estaba tumbado boca arriba, tenía la frente cubierta por unas tremendas contusiones. Unos profundos cortes cruzaban su rostro. Los pantalones estaban destrozados y una huesuda rodilla se había dislocado. Llevaba puesto un jersey azul marino. Se lo había regalado yo por Navidades. Estaba todo sucio.

Me incliné sobre él y me horroricé al ver que mis lágrimas se derramaban sobre su cara. Intenté quitarlas. Luego le besé en la frente y dije:

—He dejado de beber, ¿no te parece increíble?

*Tú vives tu vida
de fríos saludos
y yo*

*que soy más pobre
vivo para nada, nada en absoluto.*

Ann me convenció para que fuéramos a que me vieran la mano. Me pusieron una escayola nueva y me echaron una bronca. La enfermera dijo con brusquedad:

—Deje de romperse esos dedos.

Lo cual era definitivamente ir al grano. Ann quiso acompañarme a casa, pero la persuadí de que necesitaba estar un tiempo a solas. Dije:

—No voy a beber.

—Oh, Jack.

—Se lo debo a Sean.

—Te lo debes a ti mismo.

A ver quién discutía eso. Yo no, desde luego.

Había conseguido unos analgésicos. Con estrictas instrucciones de tomar solamente dos al día. Nada más llegar a casa, me zampé tres. En un santiamén estaba flotando. Una sensación de apacible indiferencia. Me metí en la cama con una sonrisa irremediable. Soñara lo que soñara, me estaba gustando.

Un tirón de hombro me despertó a mi pesar. Sutton estaba de pie junto a la cama, diciendo:

—Tío, estabas como muerto.

—Sutton, ¿qué... cómo coño has entrado?

Incluso en la oscuridad pude distinguir la sonrisa. Dijo:

—Ya me conoces, Jack, puedo entrar en cualquier sitio. Toma, he preparado un poco de café para los dos.

Me levanté y me ofreció una taza. Me la llevé a los labios y olí el *brandy*. Grité:

—¿Qué hostias es esto? Le has echado alcohol.

—Solamente unas gotitas para sobrellevar el golpe. Siento muchísimo lo de Sean.

Aparté el café, salí de la cama y me puse los vaqueros. Sutton dijo:

—Esperaré en la otra habitación.

En el baño, me miré en el espejo. Mis pupilas eran unos puntitos. Me estremecí mientras pensaba: «¿Y si me hubiera metido en el cuerpo ese lingotazo de *brandy*?».

Puse la cabeza debajo del grifo y dejé correr el agua fría. Me sentó bien, el aturdimiento se disipó. Volví con Sutton y pregunté:

—¿Cuándo lo supiste?

—Hace sólo un rato. He encontrado casa y he estado ocupado con la mudanza. Lo siento, Jack, de haberlo sabido habría venido antes.

—¿Dónde está tu casa?

—¿Conoces las colinas cerca de Sky Road?

—Vagamente.

—Un americano tenía un almacén enorme allí, pero el clima le sentaba mal. Se lo he alquilado por un año. ¿Quieres compartirlo conmigo?

—¿Qué? No... quiero decir... no, gracias... Yo soy de ciudad.

Vi una botella de cerámica encima del aparador. Pregunté:

—¿Qué es eso?

—Oh, eso es mío. Es Genever, ginebra holandesa. Me la llevaré cuando me vaya. Solamente quería comprobar que estabas bien. Sé lo que Sean significaba para ti.

—¡Significa!

—Vale, pues eso.

Hablamos de Sean durante un rato. Sutton dijo:

—Realmente apreciabas a ese viejo chiflado.

Luego se levantó y dijo:

—Ahora tengo que irme. Si hay algo que pueda hacer, cuenta con ello... ¿De acuerdo? Estoy a tu disposición, compadre.

Hice un gesto de asentimiento.

Al poco rato le oí arrancar. Me quedé sentado durante la siguiente media hora. La cabeza encorvada, la mente casi en blanco. Lentamente, me di la vuelta y fijé la vista en la botella de cerámica. Habría jurado que se movía. Se movía hacia mí. Dije en voz alta:

—Gracias a Dios, no necesito eso.

Empecé a preguntarme cómo olería. Me acerqué y agarré la botella. Pesaba. Desenrosqué el tapón e inhalé. Uf, era como alcohol etílico. Volví a dejar la botella, sin el tapón, y dije:

—Que respire... ¿O eso se hace sólo con el vino?

Fui a la cocina, supuse que un té con toneladas de azúcar me sentaría bien. Desde el último rincón de mi mente, una voz intentaba decirme:

—Lo estás haciendo muy bien.

Tapé la botella. Abrí el aparador y allí estaba el vaso de Roches. Dije: «Ni de coña», y lo estrellé contra el fregadero. No se rompió y dije: «Terco hijo de puta».

Cogí un martillo y machaqué el vaso en mil pedazos. Un trozo de cristal saltó y me cortó la ceja izquierda. Tiré el martillo al fregadero y volví a la otra habitación. Me acerqué a la botella de ginebra, la agarré y bebí directamente de ella.

«¡EN LA CIMA DEL MUNDO, MADRE!»

James Cagney, *White Heat*

Para completar la historia, debería mencionar a mi madre. Ann había dicho:

—Hablas mucho de tu padre. Sé que piensas en él constantemente, pero nunca dices nada de tu madre.

—Dejémoslo así.

Sucinto.

A mi padre le entusiasmaba Henry James. Era una elección insólita. Un empleado de los ferrocarriles, en el oeste de Irlanda, leyendo a un americano perteneciente a un mundo totalmente distinto. Mi padre decía:

—James parece muy refinado y estilizado, pero por debajo acecha...

No acababa la frase. Aquel «acecha» era suficiente incentivo para un hijo de la oscuridad.

En *Lo que Maisie sabía* el niño de nueve años de edad dice:

—No creo que mi madre se preocupe mucho por mí.

Yo *sabía* que mi madre no tenía gran afecto... por nadie. Y por mí menos que por nadie. Es lo peor que se puede ser, una presuntuosa... ¡y encima es de Leitrim! Nada ni nadie ha dado nunca la talla. Probablemente ni siquiera ella. En lo más profundo de mi ser, podría comprender que es una persona desesperadamente desdichada, pero me importa un carajo.

Unas palabritas sobre ella.

No es una simple regañona, sino una experta en demoliciones.

Poco a poco

poco a poco

poco a poco

te va destruyendo. Erosionando lentamente tu confianza y tu estima. Sus peroratas contra mí:

«Nunca llegarás a ser nadie, igual que tu padre».

«Más dura será la caída».

¡Cosas así! De Leitrim.

No es extraño que me diera por beber.

«Tu padre es un hombre insignificante, con un uniforme insignificante y un trabajo insignificante».

De niño le tenía miedo. Más tarde la odié. A partir de los veinte años la desprecié profundamente y ahora la ignoro.

En el transcurso de los últimos cinco años es posible que la haya visto dos veces. Fueron sendos desastres.

En un momento dado se enganchó al Valium y durante un tiempo simplemente estaba grogui. Gracias a eso era menos bocazas. Luego le dio por el vino tónico. Jarras y jarras. Así que siempre estaba colgada.

Le encantaban los curas.

Pondré eso en su lápida. Eso lo dice todo. A las monjas, por supuesto, también les gustan los curas, pero es algo obligatorio. Va incluido en su contrato.

Mi madre siempre llevaba algún sumiso clérigo a su zaga. Según se decía, el más habitual era el padre Malaquías. El de los cigarrillos Major. Ella era además de misa habitual y fanática de las novenas. La he visto muchas veces con un escapulario marrón *por encima* de la blusa. Una verdadera plasta.

En raras ocasiones, he intentado encontrar en ella algunos rasgos positivos.

No hay ni uno.

Más adelante, yo fui exactamente lo que ella necesitaba. Un hijo díscolo que la ayudaba en su martirio público. Siempre ganaba la partida. Cuando me echaron de la policía, rezumaba devoción por cada poro de su piel. Su cantinela:

«No vuelvas a poner los pies en esta casa».

Se comportó escandalosamente en el funeral de mi padre. Desmayos ante la tumba, lamentos en medio de la calle, descomunal y desproporcionada corona de flores.

Cosas así.

Por supuesto, se puso su uniforme de viuda y ha vestido de luto siempre desde entonces. Su asistencia a la iglesia aumentó si cabe. Jamás una palabra amable para mi padre en toda su vida, aspavientos en su lecho de muerte.

Él me había dicho:

—Tu madre tiene buenas intenciones.

No era cierto.

Ni entonces, ni nunca.

Las de su especie medran sobre la bondad del prójimo. El credo de las «buenas intenciones» excusa todo acto infame de sus calculadas vidas. Me gusta ver fotos de dictadores, tiranos, señores de la guerra. En algún lugar, en segundo plano, se encuentra «Mamá», con un rostro de piedra y ojos de puro granito. Son la banalidad del mal de la que tanto se habla y que en tan raras ocasiones se reconoce.

Sean siempre había hablado bien de ella, había intentado cambiar mi actitud, había dicho:

—Ella te quiere, Jack, a su manera.

Ella se había mantenido en contacto con él, creo, como una manera de vigilarme. Yo le había dicho:

—Nunca, y quiero decir *nunca* le cuentes a ella nada sobre mí... nunca.

—Jack, es tu madre.

—Hablo en serio, Sean.

—Venga, solamente lo dices por decir.

Después de beberme la ginebra, caí en picado. No recuerdo nada más hasta que recuperé el conocimiento en casa de mi madre. No me extraña que llamen a la ginebra *la ruina de las madres*^[12].

NO... A LA BENDICIÓN SACRAMENTAL

Abrí los ojos. Esperaba estar atado o en la celda de una prisión o ambas cosas. Me sentía fatal. Estaba en una cama, recién hecha, limpia. Intenté incorporarme y me dio un ataque de pánico. Una figura negra estaba sentada al otro extremo de la cama. Debo de haber chillado; la figura habló.

—Tranquilo, Jack, estás a salvo.

Hice un esfuerzo y pregunté:

—¿Padre Malaquías?

—Así es.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Estamos en casa de tu madre.

—Hostias.

—No blasfemes, hijo.

Mi mente se estaba despejando, pero tenía que saber.

—¿Está usted viviendo aquí?

—No seas tonto. Tu madre me llamó.

—¡Mierda!

—Cuidado con esa lengua, muchacho. No consentiré blasfemias.

—Pues denúncieme.

Vi que llevaba puesto un pijama, viejo y cómodo, lavado cien veces, y entonces dije:

—Oh, Dios, creo que este pijama es de mi padre.

—Que en paz descanse. Aunque me temo que se esté revolviendo en su tumba por culpa de tus barrabasadas.

Conseguí sentarme en un lateral de la cama y pregunté:

—¿Sería posible tomarme un té?

Negó tristemente con la cabeza. Insistí:

—¿Qué pasa? ¿El té no entra dentro de sus competencias?

—Has montado una buena, ¿sabes? Has insultado a tu madre. Cuando llegué, habías perdido el conocimiento.

Intenté recomponer mi mente hecha añicos. Pude recordar que era viernes por la noche cuando me emborraché. Respiré profundamente y pregunté:

—¿Qué día es hoy?

—¿Realmente no lo sabes?

—Por supuesto que lo sé, pregunto solamente por incordiar.

—Es miércoles.

Hundí la cabeza en las manos. Iba a necesitar una cura y pronto. Malaquías dijo:

—El entierro de Sean fue ayer.

—¿Estuve?

—No.

Sentí una imperiosa necesidad de vomitar y no parar durante una semana. Malaquías añadió:

—El hijo de Sean, creo que se llama William, ha vuelto de Inglaterra. Se va a hacer cargo del bar. Parece un chico sensato.

Malaquías se puso en pie, miró su reloj y dijo:

—Tengo una misa. Espero que te portes bien con tu madre.

—No le veo fumar, ¿lo ha dejado?

—Dios todavía no ha considerado oportuno liberarme de esa carga en particular, pero tampoco se me ocurriría nunca fumar en casa de tu madre.

—La culpa es de Dios, ¿eh?

—Yo no he dicho eso.

—¿Por qué no? Yo le culpo constantemente.

—Y mira cómo te va. No es de extrañar.

Luego se fue. Mi ropa estaba

lavada

planchada

doblada

al otro extremo de la cama.

Me vestí con dificultad. Tardé un buen rato en conseguirlo, pues al mismo tiempo me daban arcadas. Respiré profundamente y bajé las escaleras. Ella estaba en la cocina, trajinando. Yo dije:

—Hola.

Se dio la vuelta para mirarme. Mi madre tiene unos rasgos muy marcados, pero los tiene mal distribuidos. Acentúan su severidad. Si nos quedamos con la cara que nos merecemos al llegar a los cuarenta, entonces ella se llevó el premio gordo. Profundos surcos en la frente y a ambos lados de la nariz. Su pelo era gris y estaba recogido por detrás en un nudo imposible. Pero los ojos lo decían todo, de un castaño oscuro directo e inflexible. Por encima de cualquier otra cosa, «no se hacen prisioneros» era el mensaje predominante que transmitían. Dijo:

—Ah, te has levantado.

—Sí... lo... siento... por... ya sabes, el follón.

Suspiró. Es lo que mejor se le daba. Podría haber suspirado por Irlanda entera. Dijo:

—Oh, ya estoy acostumbrada.

Tuve que sentarme. Ella preguntó:

—¿Esperas algo?

—¿Qué?

—Desayuno.

—Oh, me encantaría un poco de té.

Mientras llenaba una tetera, miré alrededor. A su izquierda, vi una botella de Buckfast^[13]. Dije:

—Están llamando a la puerta.

—¿Qué?

—Sí, ha sonado dos veces.

—No lo he oído.

—Probablemente por el ruido de la tetera.

Fue a abrir. Me levanté y agarré la botella, le di un trago enorme. Hostias, era tremendo, pensé: «¿La gente compra esta mierda por propia voluntad?».

El momento de la verdad: ¿me haría vomitar o podría soportarlo? Me golpeó el estómago como si fuera ácido de batería de coche. Volví a la silla y esperé. Empezó a depositarse, podía sentir el ardor en las tripas. Mi madre volvió, con una clara expresión de sospecha en su rostro, y dijo:

—No había nadie.

—Vaya.

Parecía un carcelero que sabe que se ha producido una fuga pero ignora quién se ha fugado. Me levanté y dije:

—Creo que voy a pasar del té.

—Pero si ya ha hervido el agua.

—Tengo que irme.

—¿Sigues trabajando... de...?

No fue capaz de terminar la frase. Yo dije:

—Eso es.

—¿Y estás investigando el suicidio de una chica?

—¿Cómo lo sabes...? Oh, el padre Malaquías.

—Venga, hombre, lo sabe la ciudad entera. Aunque sabe Dios de dónde sacas tiempo para trabajar entre borrachera y borrachera.

Fui hacia la puerta y dije:

—Otra vez gracias.

Se llevó las manos a las caderas, con aspecto de estar dispuesta a embestir, y dijo:

—Estaría bueno que no pudieras venir a tu propia casa.

—Ésta no ha sido nunca mi casa.

KARMA

Mientras caminaba por College Road, pensé que probablemente debería haber dicho algo más amable. Años antes había leído una historia en la que un hombre pregunta:

¿Cómo es posible que, por mucho tiempo que haya pasado desde la última vez que he visto a mi familia, o por mucha distancia que haya interpuesto entre nosotros, puedan tocarme siempre las narices?

La respuesta:

Porque fueron ellos quienes te las instalaron.

Al llegar al Fair Green, me dio un amago de vértigo y tuve que apoyarme contra una pared. Dos mujeres que venían hacia mí en dirección contraria dieron un gran rodeo y una de ellas dijo:

—Va como una cuba y ni siquiera son las once todavía.

Mi cara chorreaba sudor. Una mano me tocó el hombro. Me sentí tan mal que tuve la esperanza de que fuera un atraco. Una voz:

—Estás pasando un mal trago, amigo mío.

Ese tono inconfundible. Era Padraig, el jefe de los borrachos. Me agarró del brazo y dijo:

—Hay un banco aquí cerca, lejos de la enloquecedora multitud.

Me llevó hasta allí. Pensé que si mi madre me estuviera vigilando, como siempre hacía, difícilmente se sorprendería. Llegué hasta el asiento y Padraig dijo:

—Toma, intenta beber un poco de esta poción.

Vi una botella marrón y él dijo:

—¿Puede ser peor que lo que ya has ingerido?

—Buen argumento.

Bebí. No sabía a nada. Esperaba alcohol de quemar. Él dijo:

—Te creías que era alcohol de quemar.

Asentí.

—Éste es un mejunje de emergencia que aprendí en el Ejército británico.

—¿Has estado en el Ejército?

—No lo sé. Hay días que juraría que sigo estando.

Ya me sentía mejor. Dije:

—Está haciéndome efecto.

—*Certainement.* Los británicos entienden el concepto de alivio. Pese a que,

lamentablemente, no siempre saben dónde aplicarlo.

No entendí ni una palabra, así que no dije nada. Él preguntó:

—Parfraseando a nuestros aliados americanos, ¿te has pillado una buena?

—¿Quiéeeen... yooo? En la vida.

—¿Había algún motivo especial?

—Mi amigo murió.

—Ah, mis condolencias.

—Falté al funeral, y eso sin duda habrá cabreado a los pocos amigos que me quedaban.

Se acercó un policía, se detuvo y ladró:

—Tendrán que irse de aquí, esto es un lugar público.

Padraig se levantó antes de que yo pudiera responder, y dijo:

—Sí, agente, ya nos íbamos.

Según nos alejábamos, dije a Padraig:

—Capullo arrogante.

Padraig sonrió levemente y dijo:

—Te veo belicoso.

—Conozco a esos tipos. Antes era uno de ellos.

—¿Un capullo?

Me reí a mi pesar.

—Bueno, probablemente. Pero antes era policía.

Se sorprendió, se detuvo, me miró de arriba abajo y dijo:

—Eso jamás habría podido imaginarlo.

—Fue hace mucho tiempo.

—Pero se percibe una cierta nostalgia. Tal vez podrías reengancharte.

—No lo creo. Hoy en día les gusta que los candidatos tengan algún título.

—Pero un título de qué.

Habíamos llegado al otro extremo de la plaza. Un grupo de borrachos, junto a los urinarios públicos, llamó a Padraig. Yo dije:

—Antes de que te vayas, ¿puedo preguntarte algo?

—Ciertamente. No puedo prometer una respuesta basada en la verdad, pero lo intentaré por propia convicción.

—¿Crees en el karma?

Se llevó un dedo a los labios, no respondió durante un buen rato, y luego dijo:

—Toda acción produce una reacción igual y de sentido contrario... Sí, creo.

—Pues entonces estoy jodido.

*«El desafío de cada ser humano es la creación.
¿Crearás con veneración o lo harás con
desinterés?».*

Gary Zukav, *El lugar del alma*

Me había ido a casa con un paquete de seis cervezas nada más.

En la tienda de licores me hubiera gustado darle al escocés, pero no surgió la oportunidad. La poción de Padraig hizo su efecto y me fui a la cama sin otros daños.

Dormí hasta el amanecer. Al despertar, no me encontraba en el primer círculo del Infierno. Pude renunciar a la cura y prepararme un poco de café. Tenía unos temblores de la hostia, claro, pero eso no era nada nuevo. Puse las seis cervezas en la nevera, con la esperanza de racionarlas. Me duché hasta que la piel me empezó a escocer, e incluso me recorté la barba ya totalmente crecida. Me miré en el espejo y exclamé:

—Uf.

Me devolvió la imagen de un rostro destrozado.

Marqué el teléfono de Ann. Respondió a la primera llamada.

—Sí.

—Ann, soy Jack.

—¿Sí?

Puro hielo.

—Ann, no sé por dónde empezar.

—No te esfuerces.

—¿Qué?

—Que ya no puedo más con todo esto. Te enviaré un cheque por tus servicios, ya no los necesitaré.

—Ann... por favor.

—Tu amigo está en el cementerio de Ragoon. No lejos de Sarah. Por si acaso alguna vez estás lo suficientemente sobrio como para llegar hasta allí. Personalmente, dudo hasta eso.

—Podría por lo menos...

—No quiero oírlo. Por favor, no me llames más.

La comunicación se cortó. Me vestí con dificultad y salí a la calle. Cerca de la catedral, alguien dijo mi nombre. Un tipo se acercó corriendo y dijo:

—Lo conseguí.

—¿El qué?

—La oficina de Correos. Di tu nombre como referencia.

—Creía que no querías el trabajo.

—No lo quiero, pero es agradable que te llamen.

—Bueno, me alegro. ¿Cuándo empiezas?

—¿Empezar el qué?

—El trabajo.

Me miró como si estuviera loco y dijo:

—No voy a aceptarlo.

—Ah.

—De todos modos, tengo un caballo para ti.

A esas alturas, casi creí que iba a sacar un semental de la iglesia. Dijo:

—A las tres y media en Ayr. *Rocket Man*. Apuesta fuerte por él.

—¿Cómo de fuerte?

—Todo lo fuerte que puedas.

—De acuerdo... Gracias.

—Gracias a ti. Siempre quise ser cartero.

Entré en Javas a tomar un café. La camarera no hablaba inglés, pero tenía una sonrisa deslumbrante. Eso compensa. Dije:

—Doble *espresso*.

Lo señalé en el menú.

Había llegado el momento de la verdad financiera. Saqué mi billetera y exhalé un primer suspiro de alivio. No pesaba poco. Eché un vistazo. Billetes... había billetes a la vista. Los conté despacio, cada vez más despacio, de hecho los conté uno por uno. Doscientos. Antes de que pudiera regocijarme, una sombra se me echó encima.

Un tipo grande, me resultaba familiar, aunque no reconocible a la primera. Preguntó:

—¿Podría hablar un momento contigo?

Puse la mano izquierda sobre la mesa y dije:

—Toma, rómpemelos otra vez.

Era el tipo de la empresa de seguridad, el policía que me había dado la primera paliza. Arrastró una silla y dijo:

—Quiero explicarte.

La camarera trajo mi café y espero, pero él la despachó con un gesto. Yo dije:

—Me muero de ganas.

Empezó.

—Ya sabes que soy policía. La seguridad es un buen apaño, muchos de los chicos aceptan esos trabajos. Cuando el señor Ford me dijo que estabas causando problemas, le eché una mano. No sabía a qué se dedicaba. Está muerto, ¿lo sabías?

—Eso he oído.

—Sí, bueno, resulta que era un perverso. Palabra de honor, eso nunca lo he podido soportar. Después... después de lo que te hice... supe que antes eras policía. De haberlo sabido... te juro que nunca lo habría hecho.

—¿Qué es lo que quieres, que te perdone?

Bajó la cabeza.

—He renacido en el Espíritu Santo.

—Qué bonito.

—No, de verdad. Me he despedido de la policía y de la seguridad. Ahora voy a trabajar para Dios.

Di un sorbo al *espresso*. Tan amargo como una oración no escuchada. Él dijo:

—He oído que sigues con ese caso, el del suicidio de la chica.

—Sí.

—Quiero ayudar. Desagraviarte.

Sacó un trozo de papel y dijo:

—Éste es mi número de teléfono. Sigo teniendo contactos, y si necesitas cualquier cosa...

—Tendré a Dios de mi lado, ¿es eso?

Se puso en pie y dijo:

—No espero que lo comprendas, pero Él nos ama.

—Eso es un consuelo.

Me tendió la mano y dijo:

—Sin rencores.

Ignoré su mano extendida y dije:

—Lárgate.

Cuando ya se había ido, miré el trozo de papel. Tenía escrito su nombre:

BRENDAN FLOOD

Y un número de teléfono.

Iba a tirarlo, pero cambié de opinión.

Fui a la floristería. Estaba la misma chica que me había vendido las rosas. Dijo:

—Me acuerdo de usted.

—Me alegro.

—¿Funcionaron?

—¿Qué?

—Las rosas, para su dama.

—Buena pregunta.

—Ah... qué pena. ¿Quiere volver a intentarlo?

—No exactamente.

—¿Y eso?

—Necesito una corona.

Me miró horrorizada y dijo:

—¿Murió?

—No... no, otra persona, un amigo.

—Lo siento.

Un cura bajito pasó a nuestro lado. Dijo:

—Hola.

Tenía el rostro más jovial que había visto en mucho tiempo. La chica preguntó:

—¿Sabe quién es ése?

—Un cura bajito.

—Es el obispo.

—Me toma usted el pelo.

—Y el hombre más encantador que verá usted en su vida.

Me quedé estupefacto. De niño, había conocido obispos que reinaban como señores feudales. Pero ver a un clérigo eminente bajar la calle dando saltitos, en un relativo anonimato, era toda una revelación.

La chica me preguntó si quería escribir el nombre y los datos, ella se ocuparía de

que la corona fuera entregada, y añadió:

—No creo que quiera usted llevarla consigo por toda la ciudad.

Acaricié la idea de llevar la corona a la oficina de apuestas, pero renuncié. La chica me miró con detenimiento y dijo:

—Yo diría que de joven debía de ser usted muy guapo.

«Es un buen año para las rosas».

Elvis Costello

Harte's estaba en una perpendicular de Quay Street. Habían tenido una oficina de apuestas durante tres generaciones. Luego las grandes firmas inglesas compraron los pequeños negocios locales. Harte tomó el dinero y abrió otro local justo al lado. La ciudad estaba encantada. No era frecuente pegarles el sablazo financiero a los británicos.

Conocía a Tom Harte desde hacía mucho. Cuando entré, estaba inclinado sobre un montón de hojas de apuestas, envuelto en humo de cigarrillos. Dijo:

—Caramba, Jack Taylor. ¿Es una redada?

—Ya no soy policía.

—Es lo que todos dicen.

—Quiero hacer una apuesta.

Extendió los brazos, como si quisiera abarcar todo el local. Dijo:

—Has venido al lugar adecuado.

Le di un nombre y pedí un precio. Comprobó el teletexto y dijo:

—Treinta y cinco a uno.

Rellené un resguardo y aposté todo mi dinero. Lo leyó, bajó la voz y preguntó:

—¿Va en serio?

—Como la muerte.

Otros dos clientes que estudiaban las apuestas sintieron el cambio de ambiente y pusieron la oreja. Tom dijo:

—Jack, yo soy un corredor de apuestas pero tú eres uno de los nuestros. En esta carrera hay una cosa que está clara: ese caballo llegará a la meta con el pelotón.

—Me da lo mismo.

—Estoy tratando de hacerte un favor.

—¿Vas a aceptar la apuesta?

Se encogió de hombros como les enseñan en la escuela de corredores de apuestas. Yo dije:

—De acuerdo. Nos vemos.

—Por supuesto. No lo olvides.

Comprobé otra vez el resguardo y me largué de allí. Uno de los clientes salió detrás y me llamó:

—Jack.

Me detuve delante de Kenny's, dejé que me alcanzara. Tenía la palidez de la reclusión de los corredores de apuestas. Apestaba a nicotina. Los ojos tenían esa mezcolanza de adulación y astucia que se tarda años en conseguir. Él había llegado a su apogeo. Me ofreció la media sonrisa de los condenados y preguntó:

—¿Tienes algo?

—Bueno, no sé si tiene algún valor.

—Venga, Jack, necesito un respiro.

—*Rocket Man*.

Puso cara de asombro. Como si su boleto ganador hubiera sido descalificado.

Dijo:

—No te burles de mí.

—No me burlo.

—Bah, vete al carajo. ¿Qué se puede esperar de un madero?

Cerca de la escuela protestante, a un católico paso tan sólo de Victoria Square, se encuentra el Bailey's Hotel. Ahora, esto es el Galway antiguo. Se construyen hoteles nuevos en cualquier espacio disponible, pero el Bailey's parece haberse librado de la carrera hacia la prosperidad. No ha sido

vendido
reformado
reclasificado.

De hecho, apenas llama la atención.

Hoy en día ya no se oye hablar de «viajantes de comercio». Pero si a alguien le diera la locura de buscar uno, seguro que lo encontraría en el Bailey's. La gente de pueblo va allí «a cenar». El exterior es puro granito erosionado y el pequeño letrero dice «otel». La H se quedó, allá en los años cincuenta, perdida en la niebla de las aspiraciones de un Morris Minor.

Se me antojó entrar. Y entré. Tiene un mostrador de recepción incrustado en una esquina. Una anciana estaba hojeando el *Ireland's Own*. Pregunté:

—¿La señora Bailey?

Levantó la vista y le calculé los ochenta. Pero tenía una mirada despierta. Dijo:

—La misma.

—Me llamo Jack Taylor. Usted conocía a mi padre.

Se quedó pensando y luego dijo:

—Trabajaba en los trenes.

—Exactamente.

—Me gustaba.

—A mí también.

—¿Por qué se ha dejado barba?

—Me dio por ahí.

—Pues es una tontería. ¿En qué puedo ayudarle, joven Taylor?

—Necesito alojamiento... durante bastante tiempo.

Hizo un gesto hacia el decorado y dijo:

—No somos muy lujosos.

—Yo tampoco.

—Eh... eh... hay una habitación luminosa en el tercer piso que se ha quedado libre.

—Me la quedo.

—Janet limpia cada dos días, pero a veces se olvida.

—Está bien. Le pago ahora.

Fue solamente un gesto. Todo mi dinero en efectivo se había quedado en la casa de apuestas. Ella preguntó:

—¿Tiene tarjeta de crédito?

—No.

—Eso está bien, porque no las aceptamos. Págueme el último viernes del mes.

—Gracias. ¿Cuándo puedo trasladarme?

—Le diré a Janet que ventile la habitación y que prepare una tetera. Cuando usted quiera después de eso.

—Se lo agradezco muchísimo, señora Bailey.

—Llámeme Nora. Es una simple habitación, pero espero que se sienta como en su casa.

Y así era como ya me sentía.

De: Los Cuatro Acuerdos

por

Don Miguel Ruiz

NÚMERO DOS: «No te tomes nada como algo personal.

Nada de lo que los demás hacen es por ti.

*Es un simple reflejo de sus propias
expresiones vitales y de la formación
que recibieron de niños».*

«... tú sigue soñando».

Jack Taylor

Aquella misma noche hice las maletas. No tardé mucho. Todo ello salpicado con las seis cervezas. Mientras me decía:

—Despacito con éstas; a ver si me puedo relajar.

Como suele suceder con todas las mentiras y las mejores ilusiones, me ayudó a funcionar durante un rato. Coloqué cuatro bolsas negras de basura en fila contra la pared y dije:

—Mis posesiones terrenales te entrego.

Entre ellas

los dedos rotos

la nariz rota

y la barba.

No era precisamente un anuncio de promoción del *Tigre irlandés*.

Sonó el teléfono. Respondí con la esperanza de que fuera Ann. Dije:

—Diga.

—Jack, soy Cathy B.

—Oh.

—¿Eso quiere decir que te alegras?

—Lo siento, estoy haciendo las maletas. Me mudo mañana.

—¿Te vas a vivir con la vieja?

Cosas de la edad. Pensé que se refería a mi madre.

—¿Qué?

—Le gustas, Jack. En el concierto no te quitaba los ojos de encima.

—¡Ann! Hostias, no... me voy a vivir a un hotel.

—Qué ciudad tan rara, tío. ¿A qué hotel?

—Bailey's.

—Ni idea.

Me alegré, significaba que seguía siendo genuino de Galway.

—Mi amigo Sean murió.

—¿El vejete aquel que tenía el bar?

—Sí.

—Lo siento. Creo que me gustaba. Oye, puedo conseguir una furgoneta, ayudarte con la mudanza.

—No, me cabe todo en un taxi.

—Vale. ¿Estás libre el viernes que viene?

—Si no me detienen antes.

—Es que me caso.

—Estás de coña... ¿con quién?

—Con Everett, es un *artista escénico*.

—Fingiré que entiendo lo que me quieres decir. Vaya... enhorabuena... supongo... ¿Desde cuándo erais novios?

—¡Novios! Bienvenido al nuevo milenio, Jack. Llevo con él... yo qué sé... mogollón.

Tuve que recordar que era inglesa y que los ingleses habían perdido su dominio del idioma. Pregunté:

—¿Desde cuándo?

—Desde hace casi tres semanas.

—Uf, ¿cómo puedes aguantar esa marcha?

—¿Serás mi padrino? Es que... eres el único tío mayor que conozco.

—Gracias... claro, encantado.

Era la hora de las carreras.

Encendí el televisor, consulté el teletexto. ¿Estaba nervioso? Me sequé un poco de sudor de la frente. Vale... será la cerveza. Veamos... los resultados... los busqué. En un principio no lo veía... mierda... tal vez ni siquiera participó en la carrera. Vamos... vamos...

ROCKET MAN... 12/1

Oh, Dios mío.

¡Había ganado! Me puse a bailar y a boxear en el aire, y grité:

«¡SÍ!».

Besé la pantalla y dije:

—Sí, caballito precioso.

Hice unas sumas rápidas con el corazón a toda pastilla. Siete de los grandes. Saqué el resguardo, comprobé que no me había equivocado. No, señor, estaba más claro que el agua. Alguien llamó a la puerta.

La abrí de par en par. Era Linda. Dije:

—Dime.

—Jack, me sabe mal insistir, pero quería saber si habías encontrado algo.

—Sí. Ya está solucionado.

—Oh, es estupendo. ¿Es un lugar agradable?

—¿Y a ti qué te importa?

—No quiero que nos separemos de mala manera.

—Por supuesto que no. El hecho de que me estés desahuciando no tiene por qué afectar a nuestra amistad.

—Me siento mal.

Solté un carcajada y dije:

—Qué tragedia. Dios no lo quiera.

Y cerré la puerta.

Al final, mi última noche allí había sido memorable.

*«En cuestiones de suma importancia
el estilo,
no la sinceridad,
es
lo esencial.
La violencia requiere un estilo frío y mortífero».*

Oscar Wilde

A la mañana siguiente, me estaba tomando un café y comprobaba que todo estaba listo antes de irme. Tenía puestas las noticias. Escuchaba sólo a medias hasta que dieron la información local y

El cuerpo de una joven ha sido rescatado del agua en el embarcadero de Nimmo esta mañana. Los policías presentes intentaron sin éxito reanimar a la muchacha. Con esto ascienden a diez las suicidios de adolescentes en lo que va de año en este mismo lugar.

Dije:

—Lo ha hecho otra vez.

Sonó el teléfono. Era Ann, que sin más preámbulo preguntó:

—¿Has oído las noticias?

—Sí.

—Tú podías haberlo evitado.

Y colgó.

Si hubiera tenido una botella, me habría abalanzado sobre ella. Llamé a un taxi. Saqué mis cosas fuera y esperé junto al canal. Cuando cerré la puerta del piso, no miré hacia atrás.

El taxista era dublinés y charlatán. Yo dije:

—Al Hotel Bailey's.

—¿Eso dónde está?

Le di las indicaciones y él dijo:

—¿Cómo es posible que yo no lo conozca?

No le contesté. Se pasó todo el trayecto explicando lo equivocados que estaban los de la GAA^[14]. Yo solté mis gruñidos correspondientes. Al llegar al hotel, le echó un vistazo por encima y dijo:

—Pues vaya, no parece gran cosa.

—Es como lo de la GAA... hay que conocerla por dentro.

La señora Bailey estaba en recepción. Preguntó:

—¿Necesita ayuda^[15]?

No sabía si se refería a una cerveza o a un botones, pero rehusé.

Ella añadió:

—Janet le ha dejado la habitación preciosa.

Me tendió un juego de llaves y dijo:

—Entre y salga con toda libertad.

Qué más se puede pedir.

Había imaginado que Janet era una muchacha. Si acaso, era más vieja que la señora Bailey. Me esperaba en la puerta de mi habitación y hasta me estrechó la mano al tiempo que decía:

—Es estupendo que sea usted de Galway.

La habitación era luminosa, amplia, con grandes ventanas. Un jarrón de flores sobre la mesa. Janet entró en la habitación detrás de mí y dijo:

—Es sólo para darle la bienvenida.

Un baño con una bañera enorme y montones de toallas limpias. Junto a la cama de matrimonio había una cafetera y un paquete del mejor café de Bewley's. Yo dije:

—Se ha tomado muchas molestias.

—Bah, no ha sido nada. No hemos tenido un cliente fijo desde que el señor Waite nos dejó.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—Veinte años.

—Yo haré lo mismo.

Me ofreció una gran sonrisa. Una sonrisa desde el corazón. El tipo de sonrisa que nunca ha sido ensombrecida por astucia o la maldad. Asomándose al pasillo, como si alguien pudiera oírnos, dijo:

—El sábado por la noche tenemos baile.

—¿De veras?

Se le iluminó la cara, como a una monja delante de una taza de chocolate; dijo:

—No está anunciado, no siempre. Los Swingtime Aces... ¿Los conoce?

No sabía quiénes eran, pero dije:

—Sí. Un grupo estupendo.

—Oh, son *fabulosos*. Tocan foxtrot y tangos, son de lo más animado. ¿Usted baila?

—Tendría que ver cómo le doy a la rumba.

Casi chilló de puro deleite. Yo dije:

—Resérveme su último baile.

Lo juro, se marchó casi dando saltos. La habitación tenía teléfono, televisor, vídeo. Todo lo esencial. Decidí no deshacer mi equipaje. Bajé las escaleras y en un instante estaba en la calle. Deseaba fervientemente un trago, lo sentía en la lengua.

La oficina de apuestas estaba vacía. Solamente Hart detrás del mostrador. Sin levantar la vista, dijo:

- Me has arruinado.
 - ¿No te cubriste las espaldas?
 - Por supuesto que sí.
 - ¿Apostaste tú también?
 - Por supuesto.
 - Entonces, ¿de qué te quejas?
 - Me pilló por sorpresa.
 - Como a todos.
 - ¿Aceptarías un cheque?
 - Ni de coña.
 - Eso pensaba yo. Toma.
- Arrojó un sobre abultado sobre el mostrador y dijo:
- Querrás contarlo.
- Y así lo hice.
- Cuando me iba, Hart gritó:
- ¡Jack!
 - Dime.
 - No vuelvas.

*«Chico», dijo Carella,
«¡Vaya día!».*

Ed McBain, *Killer's Wedge*

Al entrar en Grogan's, sentí la pérdida de Sean como una maldición. El lugar parecía diferente, *era* diferente. Los dos perennes del mostrador ya no estaban allí. Un tipo grande y gordo salió de la despensa. Pregunté:

—¿Qué ha pasado con los centinelas?

—¿Cómo dice, jefe?

Puro inglés.

—Los dos viejos que sostenían la barra del bar a todas horas.

—Les dije que se fueran. Era malo para el negocio.

—¿Eres el hijo de Sean?

Me observó con detenimiento, casi con hostilidad, y dijo:

—¿Quién lo pregunta?

—Era amigo suyo. Jack Taylor.

Le tendí la mano. No hizo caso y preguntó:

—¿Nos hemos visto en el funeral?

—Eh... no pude ir.

—No tan amigo entonces, ¿eh?

Ahí me dio bien.

Se fue detrás del mostrador y se puso a trajinar. Yo dije:

—¿Puedo beber algo?

—No, no creo que éste sea un lugar apropiado para usted.

Me quedé allí plantado durante un instante y él preguntó:

—¿Desea alguna otra cosa?

—Ahora entiendo por qué Sean nunca hablaba de ti.

Se sonrió con afectación, así que añadí:

—Seguramente le daría vergüenza.

Al salir, sentí una mezcla de rabia y tristeza, lo cual es un cóctel peligroso. Quise volver y machacar a aquel arrogante hijo de puta. Dos americanos se detuvieron, se quedaron mirando el bar y preguntaron:

—¿Es un bar irlandés auténtico?

—No, es una imitación. Es mejor que vayan al Garavan's, ése sí que es auténtico.

En la tienda de licores compré de todo. El dependiente comentó:

—¡Menuda fiesta!

—Menuda mierda.

Cuando llegué al hotel ya me pesaba. En penitencia, subí andando las escaleras. Abrí la puerta de mi nueva habitación y pensé:

—Dos segundos más y un trago.

El televisor estaba encendido. Entré y Sutton estaba en el sillón, con los pies encima de la cama. Casi se me caen las botellas. Él dijo:

—Vaya mierda de programación que ponen por las mañanas.

Y lo apagó.

Traté de no perder la compostura. Le pregunté:

—¿Cómo has entrado en mi habitación?

—Janet me abrió, le dije que éramos hermanos. ¿Sabías que organizan bailes aquí?

Me acerqué más al sillón y Sutton preguntó:

—¿Qué llevas en esa bolsa, tío?

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Te he estado siguiendo. Para estar seguro de que no te atacan otra vez.

—¡Me has estado siguiendo! ¿Quién coño te crees que eres?

Se levantó, con las manos extendidas en una pantomima de defensa. Dijo:

—Ah, vuelves a ser el mismo de siempre.

—Como si no lo supieras, como si te hubieras «olvidado» la ginebra la otra noche.

Y me di cuenta de lo mal que sonaba aquello. En plan quejica. Como si todo fuera culpa suya. Le arrojé una lata y dije:

—Deja de seguirme... ¿vale?

—Vale, vale.

Bebimos en silencio hasta que dijo:

—Fui al funeral.

—Yo no puedo decir lo mismo.

—Me caía bien ese viejo cabrón. Era un gallito peleón.

—Su hijo se ha quedado con el bar.

—Sí... ¿Qué tal es?

—Me echó de allí.

Sutton soltó una carcajada y yo dije:

—Muchas gracias.

Al poco rato abrimos la botella de escocés y él dijo:

—Planter ha vuelto a las andadas.

—Tal vez no lo hizo él, tal vez *es* un suicidio.

—Venga, Jack. Eso no te lo crees ni tú. Justo después de encararnos con él, lo primero que hace es salir y cargarse a otra chica. Es como si nos dijera: *que os den*.

—No podemos probar una mierda.

—O sea, que lo vas a dejar pasar.

—¿Qué puedo hacer?

—Podías pegarle un tiro.

Miré la expresión de Sutton. No vi nada que me dijera que estaba bromeando.

A la mañana siguiente me sentía tocado, pero no hundido del todo. Me había ido a la cama a la hora de comer del día anterior y, milagrosamente, allí me había quedado. Me sentía mal, pero podía soportarlo. Encorvado sobre un café, estaba diciendo algo entre dientes. Alguien llamó a la puerta. Era Janet. Dijo:

—Oh, lo siento, puedo volver más tarde.

—Deme sólo diez minutos, ya me iba. Diez minutos y salgo.

Se quedó plantada en la puerta y yo dije bruscamente:

—¿Pasa algo?

—Su hermano, espero haber hecho lo correcto.

—No hay problema.

—Es un hombre encantador, me prometió un cuadro.

—Eso es típico de él.

—Bueno, le dejo tranquilo.

Conté mis ganancias. Esparcí los billetes encima de la cama y flipé. Luego busqué unos sobres y puse un buen puñado para el tipo que me había dado el soplo. Después, otro puñado para Padraig, el jefe de los borrachos. Un sobre como regalo de boda para Cathy B., y se acabó.

Había llegado el momento de visitar a Sean. Podía coger un autobús, pero me apeteció más dar un paseo para que se me pasara la resaca. Es un buen trecho. Desde Eyre Square hasta Woodquay, pasando por Dyke Road, hasta el Puente del Quinto Centenario. De allí hasta Ragoon. Recuerdo las antiguas puertas del cementerio. Ya no existen. Una foto de esas puertas, realizada por Ann Kennedy, estaba colgada en Kenny's con unos versos del poema de Joyce.

Las piernas me dolían tanto como la cabeza. No tenía intención de visitar a mi padre. Lo cierto era que me sentía avergonzado. Por nada del mundo querría ponerle al corriente de mis hazañas de las últimas semanas.

Me fue fácil encontrar la sepultura de Sean. Estaba toda cubierta de flores. La lápida provisional era la canción de los desesperados. Si hubiera usado sombrero, me lo habría quitado.

Me santigué. Hay ciertos rituales que simplemente afloran a la superficie sin previo aviso. Dije:

—Sean, cuánto te echo de menos. No te supe valorar lo suficiente. He vuelto a beber y eso seguro que te jode. Siento haber sido lo peor que se puede ser: un mal amigo. Además, me he quedado sin bar. Vendré a verte muy a menudo. Tu hijo es un gilipollas.

Podría haber gritado, si hubiera tenido fuerzas para ello. Cuando ya me iba, desvié la mirada hacia la tumba de mi padre. Había una mujer arrodillada. Durante un maravilloso momento de alucinación, pensé que era Ann. Sentí una alegría desbordante.

Mi madre. La cabeza bajada, recitando el rosario. Carraspeé. Levantó la vista y

dijo:

—Jack.

Le extendí la mano para ayudarlo a levantarse. Fue inevitable darme cuenta de su fragilidad. Los nudillos de su mano, hinchados por la artritis. Vestía, por supuesto, de luto riguroso. Dije:

—No sabía que venías por aquí.

—Hay muchas cosas que tú no sabes, Jack.

—No lo dudo.

Se quedó mirando la tumba y luego preguntó:

—¿Podríamos ir a tomar una taza de té?

—Eh...

—Yo invito. También podemos coger un taxi. Vayamos al GBC... Tienen unos bollos muy ricos.

Rehusé con un gesto. Ella añadió:

—He dejado unas flores en la tumba de Sean. Le echarás de menos.

—Me las arreglaré.

—Encargaré una misa para él. En la iglesia de los agustinos. Allí solamente te cobran una libra.

Estuve a punto de decir:

—Eso está bien, busca el mejor precio, puta barata.

Pero me mordí la lengua. Ella dijo:

—A él le gustaba esa iglesia, iba a misa allí todas las mañanas.

—Mira... tengo que irme.

Tal vez dijo: «Adiós, Jack», pero yo no lo escuché. Podía sentir sus ojos mientras me alejaba. Al atravesar las puertas, pensé:

—Ahora tengo a mis dos progenitores aquí.

*Los restos de
de un agradecimiento inexpresable.*

Durante los días siguientes me controlé muchísimo y mantuve mi consumo de alcohol en un cierto nivel. El nivel del deseo. Deseo de más y más litros.

Pero me tomaba dos cervezas con las comidas y luego aguantaba hasta última hora de la noche, cuando me metía lentamente en el cuerpo otras dos cervezas acompañadas con chupitos de Jameson.

Sabía perfectamente lo frágil que era este equilibrio. Una ráfaga de viento volvería a hundirme en el infierno. El colocón era suficiente para mantenerme durante ese tiempo fuera de la realidad, y a eso me aferré.

Fui a ver al tipo que me dio el soplo y le di su sobre. Se sorprendió y dijo:

—Anda, qué sorpresa.

—Bueno, tú me diste la información. Es lo menos que podía hacer. ¿Tú también apostaste?

—¿Apostar por qué?

—¡*Rocket Man!* El soplo que tú me diste.

—Qué va, yo nunca doy soplos.

Tuve la impresión de que habría sido un fenómeno en Correos. Ni rastro de Padraig, y había pasado por todos los sitios que frecuentaba.

Llamé por teléfono a Ann, pensé que, si pudiera verla, podríamos tener una oportunidad. Tan pronto como oyó mi voz, colgó. Mi barba había crecido mucho, repleta de destellos grises. Me dije a mí mismo que era un signo de personalidad, incluso de madurez. En las raras ocasiones en las que me encontraba con mi imagen en un espejo, veía el rostro de la desesperación.

Mi plan, como ya he dicho, era irme a Londres, buscar un sitio donde vivir junto a un parque y esperar. Ahora tenía el dinero necesario y una razón para esperar. Empecé a escudriñar los periódicos ingleses en busca de alojamiento.

Lo único que me retenía era la resolución del misterio de la muerte de Sarah. No tenía la menor duda de que Planter era el responsable. No tenía ninguna pista que pudiera demostrarlo, pero no podía marcharme sin encontrar alguna respuesta.

Encontré un nuevo bar. En todos mis años como policía, e incluso después, me habían echado prácticamente de todos los bares de la ciudad. Ahora, no obstante, junto con la prosperidad, se habían abierto nuevos bares. Lo intenté en unos cuantos realmente horribles. Entrabas y una monada te daba la gran bienvenida.

Algo así como...

«*HOLA, ¿QUÉ TAL?*».

Casi era de esperar que le preguntaran a uno su signo del Zodiaco. Cuando entrabas en uno de esos lugares con una resaca morrocotuda, lo último que esperabas era entusiasmo. Las resacas solamente combinan bien con el mal humor.

Encontré Nestor's por accidente. Bajaba por Forster Street cuando cayó un chaparrón. Ese tipo de lluvia que *es* algo personal. Te quedas calado hasta los huesos

en un instante.

Me metí por un callejón y allí estaba. Supe que había encontrado lo que buscaba cuando vi el letrero en la ventana que proclamaba:

NO SE VENDE CERVEZA BUD LIGTH

Entré y no me lo podía creer, uno de los centinelas estaba apalancado en la barra. Hizo un gesto de saludo y preguntó:

—¿Dónde te habías metido?

—Y el otro colega, ¿dónde está?

—Le dio un infarto.

—Hostias. ¿Cómo está?

—Si te pasara a ti, ¿cómo estarías tú?

—Vale. ¿Puedo invitarte a una cerveza?

Me miró como si le estuviera haciendo una proposición deshonesta. Preguntó:

—¿Luego tendré que invitarte yo a ti?

—No.

—¿Y luego no me darás la charla?

—Por supuesto que no.

—Entonces vale.

El bar era antiguo, como una pequeña cocina. Había sitio como mucho para veinte clientes. El camarero estaba en los cincuenta. Dos profesiones que requieren una cierta edad:

Camareros

y

Barberos.

No me conocía. Menuda ventaja. Pedí la bebida y miré a mi alrededor. Aquellos viejos carteles de Guinness, en los que aparecía un tipo levantando un carromato y dos caballos de carga con las inmortales palabras:

GUINNESS TE SIENTA BIEN

Auténticos, hasta la oxidación. Mi favorito es el del pelícano con un montón de cremosas pintas en el pico. Eso es un pájaro feliz y lo demás son cuentos. Había también carteles de Woodbines y Sweet Afton^[16]. Incluso con los versos de Robbie Burns^[17]. El camarero dijo:

—No me gusta cambiar.

—Cuenta con mi voto.

—Un tipo que vino el otro día quiso comprarme los carteles.

—Todo está en venta.

—Aquí no, desde luego.

Fui a sentarme a un rincón. Mesa de madera, vieja silla de respaldo duro. Se abrió la puerta, un granjero corpulento entró y, sin dirigirse a nadie en particular, exclamó:
—Este año no vamos a tener verano.
El sitio perfecto para mí.

EL BORRACHO

La señora Bailey dijo:

—¡Tiene correo!

—¿Cómo dice?

Me entregó una carta. No me cabía en la cabeza. La abrí:

MINISTERIO DE JUSTICIA

A Chara,

De acuerdo con los términos de su cese, se le requiere la entrega de toda propiedad perteneciente al Gobierno.

Véase el Artículo 59347A, relativo a «Uniforme y equipo». Hemos tenido noticia de que todavía no ha devuelto el Artículo 8234: un chaquetón impermeable de agente de circulación.

Confiamos en su rápida devolución de dicho artículo.

Estrujé la hoja. La señora Bailey preguntó:

—¿Malas noticias?

—Las mismas de siempre.

—He observado, señor Taylor, que no desayuna nada.

—Lámeme Jack. No, no se me dan bien las mañanas.

Sonrió discretamente. Yo sabía que jamás me llamaría Jack.

Tan seguro como que el Artículo 8234 no sería rápidamente devuelto. Ella dijo:

—Yo no he desayunado desde el 4 de agosto de 1984.

—Caray.

—Ése fue el día en que murió mi esposo, que en paz descanse.

—Comprendo.

No era cierto. Pero qué más daba. Ella prosiguió:

—Aquel día desayuné a lo grande. Se habían celebrado las carreras y habíamos estado muy ocupados. Oh, caramba, en aquellos tiempos teníamos muchísimos clientes. Lo recuerdo con toda claridad. Desayuné

dos lonchas de beicon

morcilla

dos salchichas

pan frito.

—Y dos tazas de té. Luego leí el *Irish Independent*...

Se echó a reír, un poco nerviosa.

—Pues eso. Ahora ya sabe lo que pienso. Entonces, me levanté para llamar a

Tom. Estaba muerto. Su cadáver ya estaba frío mientras yo me atiborraba.

No tenía ni idea de qué decir. A veces, no obstante, cuando la gente hace alguna revelación, no quieren una respuesta, sino simplemente que se les escuche. Luego, dijo:

—Echo de menos las salchichas. Las de McCambridge's. Las hacen especiales.

Recobró la compostura, recuperó su expresión de hotelera y dijo:

—Me pregunto si podría disponer de unos minutos de su tiempo. Hay algo sobre lo cual me gustaría conocer su opinión.

—Naturalmente, cuando usted quiera.

—Magnífico. Cerraré el bar a las 11, más o menos. Podríamos tomar una copita antes de dormir.

¡Un bar! Hostias, justo delante de mis narices.

Lo que me faltaba.

Dije:

—Con mucho gusto.

—Que Dios le bendiga, señor Taylor.

Ya en la calle, consideré mis opciones. Quería encontrar a Padraig. El sobre que tenía para él me quemaba en el bolsillo. Con mis sobres de color marrón me sentía como un pequeño gobierno.

Fui a Nestor's. El centinela estaba en su sitio, pero le ignoré. Pude sentir su gratitud. El camarero saludó con un gesto de cabeza y yo dije:

—¿Tenéis café?

Levantó una taza y dijo:

—Claro.

Me senté en la silla dura. Los periódicos del día estaban extendidos sobre la mesa. Cogí el *Independent*. Aunque sólo fuera por la señora Bailey.

El reportaje de portada hacía referencia a un hombre al que habían robado su coche nuevo. Vivía en un barrio con una fuerte presencia de refugiados. Aquel mismo día, un rumano le había pedido dinero. El hombre le había dado una paliza tremenda, casi de muerte. Luego resultó que un tipo de la zona de toda la vida le había cogido «prestado» el coche.

Mi café llegó y el camarero dijo:

—Él perdió su coche, pero el otro pobre cabrón perdió su país.

Dejé el periódico. Él añadió:

—La nueva Irlanda. Dentro de diez años estaré sirviendo rumano-irlandés, africano-irlandés.

Me pareció que era mejor enseñar las cartas y dije:

—Mejor que la sarta de idioteces parroquianas de los años cincuenta.

—Mucho mejor.

En Eyre Square me acerqué a un grupo de borrachos. La mayoría estaban semiconscientes y movían la cabeza al ritmo de la orquesta fantasma. Yo había oído esa misma música en mis tiempos. Pregunté:

—¿Alguien ha visto a Padraig?

Un tipo con una camiseta de Boyzone y acento de Glasgow dijo:

—*¿Pa qué* le quieres, Jimmy?

Que traducido aproximadamente significa:

—¿Por qué?

—Soy amigo suyo.

Consultó con sus compadres. Una mujer surgió del grupo. Ofrecía nuevas dimensiones para la descripción del «desaliño». Habló con voz ronca:

—Está en el hospital.

—¿Qué le ha pasado?

—Le atropelló el autobús de Salthill.

Tal como lo dijo, sonó como si el autobús se la tuviera jurada. El tipo de Glasgow preguntó:

—Danos algo, ¿no, Jimmy?

Le di un poco de dinero. Esto provocó un aluvión de aleluyas, bendiciones y baboseos. Bien sabe Dios que lo necesitaba.

Sólo más tarde me di cuenta de que la mujer tenía acento americano. La comunidad de los borrachos se había internacionalizado. Unas Naciones Unidas de la Desesperación. Hojeé un viejo ejemplar de Ross McDonald y encontré esta joya:

Tenía huellas de color pardusco debajo de los ojos. Tal vez había estado levantada toda la noche. Los americanos nunca envejecen, se mueren: y los ojos de ella reflejaban culpabilidad por el hecho de saberlo.

Fui al hospital. Con los peores presentimientos.

*Ésa es la lista
dije al fin
lleno de brisa, lleno de
alcohol,
dejadme, pues, firmarla con
un gesto elegante, ponerle fin con
un beso más triste
sólo uno por supuesto.*

Camino del hospital, compré

tabaco de liar
papelillos
tres pares de calcetines térmicos.

Solicité información a un conserje. Me puso obstáculos, como lo exige su oficio. Pero al final me dejó pasar. El dinero que le di sirvió de ayuda. Dijo:

—El viejo borracho. Está en el pabellón Saint Joseph. Ése ya se ha tomado su última dosis de alcohol barato.

—Gracias por compartirlo conmigo.

—¿Cómo dice?

No reconocí a Padraig, no solamente porque le habían lavado, sino porque además había encogido.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—No me dejan fumar.

—Qué hijos de puta. ¿Quieres que te líe uno?

—Te lo agradecería eternamente. No les caigo demasiado bien en este lugar. ¿Cómo lo llevan mis hermanos de la plaza?

—Todos han preguntado por ti.

Ya le habían olvidado. Él lo sabía. Esbozó una sonrisa forzada. Encendí el pitillo y se lo puse en la boca. Toses y ruidos secos en el pecho le hicieron bailar en la cama. Dijo:

—Necesitaba esto. ¿Alguna vez me has dicho tu nombre?

—Jack.

—Te sienta bien. Que además sea el nombre de mi bebida favorita es el no va más de la ironía. Tumbado aquí, sin nicotina y muriéndome por un trago, he estado pensando en Dios. En alguna ocasión he oído decir que Él ya sabía mi nombre antes de nacer yo. ¿Tienes alguna opinión a ese respecto?

Eché una mirada furtiva por el pabellón. La gente nos ignoraba ostensiblemente. Se había corrido la voz sobre el borracho. Empezó a sentir escalofríos. La calefacción estaba a tope. Yo sentía el sudor en mi barba. Llegó un carrito de té, empujado por un desgraciado de mediana edad que se llamaba Rooney.

Un tipejo realmente ponzoñoso. Se rumoreaba que mi padre, el más pacífico de los hombres, le había pegado una paliza. Repartió té y bizcochos rancios a todos menos a Padraig.

«Eh, eh, Rooney», grité.

Fingió que no me había oído y aceleró el carrito al llegar al pasillo.

Frío.

El frío fogonazo de una cólera mortal.

Ciega.

Le atrapé cerca de la unidad coronaria. Me lanzó una mirada desafiante. Su tarjeta del servicio de comidas, que le identificaba como el «Señor Rooney», le otorgaba una categoría. Su mirada decía:

«¡No puedes tocarme!».

Yo mido más de un metro ochenta y peso más de 80 kilos. Sentí como si me hubiera multiplicado por dos. Mi voz salió de lo más profundo de mis vísceras.

—¿Vas a Urgencias?

—No, no voy allí, voy a...

Y empezó a soltar una retahila de santos. Que daban nombre a los diversos pabellones. Yo dije:

—¡Dentro de cinco minutos más o menos vas a estar en Urgencias, porque te voy a romper el brazo izquierdo!

—¿Qué pasa contigo, Taylor? A ti nunca te he hecho nada. Fui un gran amigo de tu viejo.

—Vas a dar la vuelta por ese pasillo. Vas a empujar tus bártulos hasta el pabellón y *vas a ofrecer* a ese hombre una taza de té... ah, y uno de esos mohosos bizcochos.

Se puso de puntillas y preguntó:

—Bah, un borracho... ¿y a ti qué te importa... qué tiene que ver ése contigo? No es té precisamente lo que quieren esos tipos.

Cuando terminó, le miré fijamente a los ojos. Le dejé ver lo que ni siquiera yo mismo reconocería. Dio media vuelta con el carrito y sirvió a Padraig su té de merienda... y *dos* bizcochos. Incluso yo me tomé una taza, rehusé los bizcochos.

Después, Padraig dijo:

—No llegaré a las carreras.

—Puede que sí.

—No. Me hubiera gustado ponerme esos calcetines nuevos. ¿Crees... crees que podrías ponérmelos ahora? Estoy muerto de frío.

Y sin duda lo estaba.

Los calcetines eran térmicos y rojos. En la puntera se leía: «Talla perfecta». Casi me da un patatús.

Levanté la sábana, sus pies eran un pecado. Un novelista serio los habría calificado como

nudosos

contrahechos

lacerados

y ay

terriblemente viejos.

Los calcetines eran de talla mediana y le estaban enormes. Me miró mientras yo

los observaba. Pregunté:

—¿Qué tal?

—Impresionante, ya me siento mejor con ellos puestos. Hace tiempo tuve un par de Argylls, o quizá tan sólo espero haberlos tenido. Tienes un raro don, amigo mío.

—¿Ah, sí?

—Nunca husmeas ni te entrometes en los asuntos de los demás.

—Gracias.

No era la mejor de las recomendaciones para un investigador. Era hora de irse.

Dije:

—Te traeré una gotita de la criatura.

Sonrió con ganas y dijo:

—Cualquier criatura.

Luego se inclinó fuera de la cama, hurgó en un armario y sacó un puñado de hojas de papel arrugado. Dijo:

—Lee esto, amigo mío, pero no ahora. Ya tendrás tiempo.

—Eso suena un poco misterioso.

—¡Sin misterio, estamos perdidos!

Pregunta: «¿Qué sabes acerca del dinero?».

Joven: «No mucho».

Respuesta: «Así es como marcan los tantos».

Bill James, *Gospel*

En el exterior del hospital, el perro negro de la melancolía se dejaba caer. Una nube deprimente que suplicaba: «Termina de una vez».

Antiguamente, el mejor de los bares que abrían temprano estaba justo enfrente del hospital. Ya no existe, por supuesto. Ahora tienes The River Inn. Me aventuré a entrar. Ni rastro del tío.

Una joven se ocupaba de la barra, con su etiqueta de identificación y todo:

SHONA

Joder, por los clavos de Cristo.

Me lanzó una sonrisa pletórica de dientes blanqueados. Me pareció odiosa. Dije:

—Jameson y agua.

Supuse que con algo así no metería la pata. Y así fue.

Aunque le puso hielo. Peor aún, se quedó allí, revoloteando. Yo dije:

—¿No tienes que limpiarte los dientes con hilo dental o algo así?

Me senté junto a una ventana y me di cuenta de que me había olvidado de entregar a Padraig su dinero. Una mujer de mediana edad iba de mesa en mesa distribuyendo unos folletos. Dejó caer uno apresuradamente en la mía, sin contacto visual. Sin duda, Shona la había avisado. Leí:

*Hasta ahora, ellos y sus antepasados
se han rebelado contra mí.
Los hijos son desafiantes y obstinados...*

Con eso me bastaba.

Me fijé en un teléfono situado en un rincón y tuve que reprimir el deseo tremendo de llamar a Ann. Mordí el hielo con fuerza y esperé a que ese impulso se disolviera. Se desplegó un mantra en mi mente, algo así:

*Tengo dinero, un montón de dinero. Mientras lo tenga, sigo en el juego.
No importa nada no saber en qué consiste el juego. La pasta dice que estoy dentro.*

Una y otra vez hasta que el hielo se disolvió en el vaso.

Cuando volví al hospital aquella noche, llevaba conmigo una botella de Jack Daniels para Padraig. Su cama estaba vacía. Agarré del brazo a una enfermera que pasaba, le pregunté:

—¿Se ha ido?

—Me temo que sí. A las 4:30, muy pacíficamente.

—¿Qué?

—No sufrió.

—¿Quiere decir que ha muerto?

—Eso me temo... ¿Es usted pariente?

Intenté mantener la calma. Pregunté:

—¿Qué harán con él ahora?

Me explicó que sí nadie le «reclamaba», el servicio municipal de salud se haría cargo del entierro. Yo dije:

—¿Una fosa común?

—Bueno, ya no lo llamamos así. Hay espacios reservados para ello en el cementerio.

—Yo le reclamaré.

En una nube de aturdimiento, pasé por todo el follón de formularios y certificados. Incluso llamé por teléfono a una funeraria, donde me dijeron que ellos se ocuparían de todo. Pregunté:

—¿Aceptan dinero en efectivo?

—Desde luego.

El funeral de Padraig, el entierro, lo recuerdo sólo vagamente. Estuve allí en todo momento, pero cargado de alcohol hasta las cejas. Por supuesto, no hubo plañideras. Monté este número para mí solo.

Así fue la cosa. Le enterraron cerca de Sean. No podía haberlo planificado mejor. Me pareció ver a Sutton en alguno de los ceremoniales, pero tal vez me lo imaginé.

A Ann desde luego no la vi.

Cuando todo terminó, tuve que disculparme con la señora Bailey por habernos perdido nuestra copita de antes de dormir. Me lanzó una mirada llena de extrañeza y dijo:

—Pero si nos la *tomamos*.

Me quedé sin habla. Intenté disimular y dije:

—Quiero decir, que no fui de gran ayuda.

—Fue usted de muchísima ayuda.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí. Después de su apasionada súplica, ¿cómo era posible seguir vendiendo?

Hay misterios que es mejor ni tocarlos. Padraig tenía razón en eso. Finalmente, me decidí a mirar los papeles que me había entregado.

Esto es lo que había escrito:

Un Borracho Irlandés Anticipa su Muerte

(con disculpas a W. B.)

*Atribuido a una intuición
yo no había disimulado
ni desde luego*

*habría creído
casi con certeza
sobrevivir
a una vida en las calles
al menos durante mucho tiempo.*

*El sabotaje
de la esperanza
durante demasiado tiempo
había vivido
un trago por encima de la desesperación
un bar
un coche fúnebre
antes
de haber visto a un borracho
llevarse la mano
al corazón.*

*Yo sabía
que un tipo
si lo hubiera admitido
despacio
muy despacio, habría
suprimido
el temblor y por tanto
los temblores... sin tener en cuenta
... un silencio respetuoso*

*Pasa el cortejo fúnebre... sigue adelante...
para estrechar su mano... el día que transcurre
en este nuevo instante
pasa casi más allá
de las más antiguas expectativas
una mano tendida
a la reconciliación... no renovada.*

*El ataúd no pasa por delante
de los hoteles elegantes
las manos extendidas
hacia los restos de alcohol barato
son difusas.*

PUNTO DE RUPTURA

Las cosas sucedieron muy rápidamente después de aquello. No puedo decir que la muerte de Padraig fuera un punto de inflexión, pero eso parece. Una noche, en Nestor's, el camarero me llevó aparte y me dijo:

—No te voy a dar la charla, que conste, pero yo solía beber como tú. Lo cual está bien, pero creo que tienes asuntos sin terminar.

—¿De qué me estás hablando?

—Tienes la cara de un hombre que necesita estar en otro lugar. Así que toma.

Me extendió un paquete. Yo estaba en mi punto álgido de agresividad y gruñí:

—¿Qué hostias es esto?

—Betabloqueantes. Te calman al instante. Como la cocaína, pero sin hacerte daño.

—¿Qué te hace pensar que yo...?

Pero... me hizo callar... me dijo:

—Pruébalos... cálmate... y cuando hayas terminado lo que demonios te obsesione, vuelve... adáptate a una vida tranquila, con los periódicos, unas cuantas cervezas y un bar decente.

Luego se largó. Yo dije:

—Tú sí que necesitas ayuda.

De todas maneras, me guardé el paquete en el bolsillo.

Como se puede imaginar, a la mañana siguiente tenía una resaca de la hostia. Me tomé una de las pastillas a la desesperada. Al poco rato, me había calmado. Asomado a la ventana, o más bien mirando tranquilamente por la ventana, dije:

—Esto no significa que vaya a dejar de beber.

Pero era eso lo que significaba.

La boda de Cathy B. tendría que haber sido una juerga descomunal. Y lo fue, pero no para mí.

El registro civil está en Mervue, enfrente del hospital de Merlin Park. Dije a Cathy:

—¿No te habría gustado casarte en una iglesia?

—Mal rollo, Jack.

Su prometido, Everett, el *artista escénico*, no era tan horrible como yo me había temido. Bastante horrible sí, pero tolerable. Veintitantos años y la cabeza rapada. Iba vestido con lo que tengo entendido que se llaman un caftán... o unas cortinas. Para ser justo, parecía recién planchado. Para la ocasión, imagino. Cathy estaba preciosa. Llevaba un sencillo vestido rojo y unos tacones de muerte. Preguntó:

—¿Qué te parece?

—La dama de rojo.

Megasonrisa. Al presentarme a Everett, dijo:

—Eh... el viejo.

Intenté comportarme como si me interesara, le pregunté:

—¿Qué tal... van... las actuaciones?

—Estoy descansando.

—Ah, vale.

Ahí se acabó nuestra conversación. Bien sabe Dios que he conocido a capullos más grandes. Él era simplemente el más joven. Cathy susurró:

—Es muy modesto. Muy pronto tendrá un gran concierto con Macnas^[18].

—Qué bien.

Le entregué el sobre. Chilló:

—Esto parece *El padrino II*.

La ceremonia fue

breve

precisa

fría.

Se necesita una iglesia.

Recepción posterior en el Roisin. Circularon toneles de bebida. El local estaba atestado de gente del mundo del arte. Esos que se dan perfectamente cuenta, a cincuenta metros de distancia, de que no perteneces a su mundo. La banda que tocaba no estaba nada mal, de todos modos. Tocaron desde *bluegrass*, pasando por *punk-country*, hasta *salsa*. Hicieron brincar a aquella multitud. Una joven vestida con tejanos negros me preguntó:

—¿Quieres bailar?

—A lo mejor después.

Me examinó gélidamente y dijo:

—No creo que tengas un después.

Eché la culpa a la barba. Unas cuantas veces me aproximé a la barra y casi grité:

—Un Jameson doble y una cerveza.

Pero al final pasé. Cathy preguntó:

—¿No quieres beber?

—Oh, sí que quiero... pero...

—Te entiendo. Estás mejor así.

Cuando ya me iba, me dio un gran abrazo y dijo:

—Eres un tío cojonudo.

Everett hizo un torpe gesto de saludo con la cabeza y dijo:

—Sigue así, colega.

Sin duda, toda una declaración de principios.

Vi los titulares cuando caminaba por Dominick Street:

DESTACADO EMPRESARIO DESAPARECE BUSCADO EN LA INVESTIGACIÓN DEL SUICIDIO DE UNA ADOLESCENTE

Compré el periódico, me senté en el puente para leerlo. Lo esencial del artículo era lo siguiente:

Un antiguo policía, Brendan Flood, ha sugerido que el señor Planter, un prominente hombre de negocios, está vinculado con la muerte de un determinado número de muchachas adolescentes. Sus muertes habían sido clasificadas como suicidios, pero, a la luz de las revelaciones del señor Flood, sus casos están siendo reabiertos.

El superintendente Clancy, en una breve declaración, ha dicho que el señor Planter había desaparecido de su casa y se desconoce su paradero.

El señor Flood ha declarado que se decidió a hacer estas declaraciones públicas debido a su reciente conversión a la fe cristiana.

Otro expolicía, Jack Taylor, fue mencionado por el señor Flood como «crucial» en su decisión de salir a la palestra pública.

Dejé el periódico y pensé: «La fama, al fin».

Di un suspiro de algo parecido al alivio. Así pues, la historia estaba a punto de terminar. Ann conseguiría lo que tan desesperadamente necesitaba. Que el mundo supiera que su hija no se había suicidado. De la lectura del artículo se podía desprender que yo había tenido algo que ver. A decir verdad, había buscado a tuestas y a ciegas, había incordiado de manera imprudente y había provocado la muerte de Ford.

Tiré el periódico a la basura.

De nuevo en mi habitación, sentí una sed enorme. Una voz me susurraba:

—Caso cerrado, casi resuelto, ha llegado la hora de relajarse y descansar.

Me tomé mi betabloqueante y me fui a la cama.

«Clay permaneció allí durante unos minutos más, simplemente moviendo la cabeza, pensando en lo extraño que era todo. Una vez que la jodes, parece que no puedes DEJAR de joderla para salvar tu vida».

George P. Pelecanos, *The Sweet Forever*

A la mañana siguiente, temprano, alguien llamó a mi puertas.

Como esperaba a Janet, dije:

—Pase.

Era Sutton. Dijo:

—¿Qué tienes para beber?

—Café.

—Ah, mierda, otra vez has dejado de beber.

—¿Qué quieres que te diga?

Se sentó en el sillón, con los pies encima de la cama. Yo dije:

—¿Te has enterado de lo de Planter?

—Claro. Te puedo contar una historia mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé dónde está.

—Estás de coña. ¿Se lo has dicho a la policía?

—Tú has sido policía. Te lo estoy diciendo a ti.

Fui a levantar el teléfono y él dijo:

—No es lo que te imaginas.

—No te entiendo.

—Te puedo llevar con él.

Tardé un momento en reaccionar y luego dije:

—¡Tú le has *secuestrado*!

Me lanzó su sonrisa y preguntó:

—¿Quieres verle o no?

Me imaginé que era la única opción, y luego dije:

—De acuerdo.

Se puso en pie de un salto y dijo:

—Vamos a «rocanroleo».

Otra vez el coche amarillo. Él dijo:

—Al final te acabará gustando.

Después de media hora, dije:

—¿Clifden...? ¡Le tienes en Clifden!

—Ya te dije que había conseguido ese almacén. Un lugar enorme. Te ofrecí compartirlo.

—De manera que... secuestraste a un inquilino, ¿es eso?

Una parte de mí pensaba que se trataba de una broma absurda, pero tenía que comprobarlo; pregunté:

—¿Qué estás haciendo con él?

—Estoy pintando su retrato. Me lo encargó, ¿recuerdas?

Naturalmente, llovía cuando llegamos a Clifden. Más o menos a mitad de camino de Sky Road, Sutton se detuvo, entró en una zona de descanso y dijo:

—Ahora hay que subir la cuesta.

Miré, pero no vi ninguna casa. Él dijo:

—Eso es lo mejor, no se puede ver desde la carretera.

Nos empapamos en la subida, resbalamos un par de veces en el barro. Llegamos hasta una elevación y allí estaba. Sutton dijo:

—Le alegrará la compañía.

El edificio estaba pintado de verde apagado, combinaba perfectamente. Había una serie de ventanas con los postigos totalmente cerrados. Sutton sacó una llave, abrió la puerta, gritó:

—Ya estoy en casa, cariño.

Cruzó el umbral, dio unos pasos y gritó:

—¡Ah, hostias!

Me aparté para dejarle pasar. En la penumbra pude ver una litera. Una figura colgaba sobre ella. Sutton encendió la luz.

Planter estaba colgado de una viga de madera, con una sábana alrededor del cuello. Un grillete, sujeto a su tobillo, estaba atornillado cerca de la cama. Eché un vistazo rápido a su rostro, y hostias, lo había pasado mal.

Cerca de la cama había un caballete de pintor con un lienzo preparado. Sutton dijo:

—El capullo escogió el camino fácil.

Observé de nuevo la cara de Planter y dije:

—¿Eso te parece fácil...? ¡Joder!

Sutton se acercó a un aparador, sacó una botella de escocés y preguntó:

—¿Te sirvo?

Rehusé con un gesto de cabeza. Bebió un buen trago y jadeó:

—Bueeeeno... Esto ayuda.

Me acerqué a Sutton y pregunté:

—¿Le has matado?

El *whiskey* ya le había llegado a los ojos, dándoles un aspecto salvaje. Dijo:

—¿Te has vuelto loco, qué te crees que soy?

No respondí a eso. Bebió otro poco y yo pregunté:

—¿Y ahora qué?

—Arrojémosle por el embarcadero de Nimmo, justicia poética.

—No podemos hacer eso.

—Entonces tendremos que enterrar al pendejo.

Y eso es lo que hicimos. Detrás de la casa. La lluvia era brutal y cavar en aquella tierra dura nos llevó más de dos horas.

Finalmente, lo conseguimos y yo comenté:

—Quizá deberíamos decir unas palabras.

—Sí, algo artístico, ya que le gustaba la pintura.

—¿Alguna idea?

—Ahorcado en Clifden.

Eran las seis de la tarde cuando llegamos de nuevo a Galway. Estaba calado, sucio y absolutamente agotado. Cuando Sutton aparcó el coche, dijo:

—No te comas el tarro. Confesó, ¿sabes? Les daba Rohypnol a las chicas.

—¿Por qué las ahogó?

—Por gusto.

—¡Hostias!

Parecía estar midiendo sus palabras, y yo dije:

—¿Qué?

—Me dijo algo acerca de las chicas. Quiero decir, parecía *querer* contarlo. Pero...

—¿Pero qué?

—Dijo que la Henderson... ya sabes... Sarah...

—¿Qué pasa con ella?

—No la mató él... se suicidó.

—El muy mentiroso.

—¿Para qué iba a mentir? Quiero decir, admitió lo de las otras.

Empecé a salir del coche; dije:

—Escucha... creo que preferiría no verte durante un tiempo.

—Entendido.

Arrancó a toda pastilla.

*Cuando el polvo se asienta
con polvo
te quedas.*

La búsqueda de Planter ocupó los titulares durante un tiempo.

Después de unas semanas, dejó de interesar y se unió a *Shergar* y a Lord Lucan en el limbo de las especulaciones^[19]. Cathy B. se fue de luna de miel a Kerry y estuvo fuera durante un mes. No supe nada de Ann.

No bebí.

Sutton me llamó una vez. Ésta fue nuestra conversación:

—Jack... oye, colega, ¿cómo te va?

—Bien.

—Te parece bien que te llame, ¿verdad...? Quiero decir, compartimos una historia... ¿no?

—Si tú lo dices.

—He oído que sigues abstemio.

—Has oído bien.

—Si alguna vez quieres desahogarte, ya sabes a quién llamar.

—Claro.

—Bueno, Jack, entonces ¿no quieres saber qué tal me van las cosas a mí?

—Si tú quieres contármelo.

¿Es posible escuchar una sonrisita? A mí me lo pareció, con toda seguridad.

Sutton dijo:

—He estado pintando, tío, a eso es a lo que me dedico.

—Estupendo.

—Bueno, vale, Jack, no te conviertas en un extraño.

Y colgamos.

AUTOPSIA

Cuerpo de un varón de raza blanca

Cincuenta y tantos años de edad

Tatuaje de un ángel en el hombro derecho

Bien alimentado

Peso: 81,65 kilogramos

Altura: 1,88 metros

Causa de la muerte: aburrimiento

Me imaginé que así sería. Podía ver mi endeble torso blanco

desnudo sobre la camilla metálica.

Podía oír incluso el tono seco e indiferente del forense.

Ésa era la clase de pensamientos que me venían a la cabeza.

Tiempo de irse.

Todavía me quedaba un buen fajo de dinero. Fui a una agencia de viajes. Una mujer de mediana edad con su nombre, «JOAN», en una etiqueta, dijo:

—Yo le conozco.

—¿Ah, sí?

—Salía usted con Ann Henderson.

—Ésa es la palabra: *salía*.

Chasqueó la lengua en desaprobación. Es un sonido extraño. Dijo:

—Es una verdadera lástima. Es una gran chica.

—Me pregunto si es posible que hablemos de viajes.

Eso no le gustó, dijo:

—Bueno, *disculpe*. ¿En qué puedo ayudarle?

—Un billete a Londres.

—¿Fecha de salida?

—En unos diez días.

—El billete de ida y vuelta le costará... veamos.

—Joan... eh... mire... quiero un billete sólo de ida.

Levantó la vista bruscamente y preguntó:

—¿No piensa volver?

Le ofrecí la peor de mis sonrisas. Ella dijo:

—Como usted quiera.

Unos minutos más tarde tenía el billete. Pregunté:

—¿Aceptan dinero en efectivo?

Lo aceptó, aunque a regañadientes. Al irme dije:

—La echaré de menos, Joan.

Al cruzar la plaza, juro que vi a Padraig cerca de la fuente. Me pregunté: «¿Para qué me sirve tanta sobriedad?».

Fui a Nestor's. Allí estaba el centinela. Y hablé.

—Te he visto en los periódicos.

—Ah, eso fue hace siglos.

El camarero sonrió. En todo aquel tiempo había sabido que se llamaba Jeff. A pesar de mis visitas diarias, no había averiguado nada más. Calculaba que tenía más o menos mi edad. Le rodeaba un halo similar de perplejidad y agotamiento. Supuse que eso explicaba la tranquilidad que sentía a su lado. Tomé mi silla de asiento duro y me traje café. Preguntó:

—¿Te importa que me siente?

Me quedé asombrado. Nuestra relación parecía haberse consolidado sobre la base de una amistosa indiferencia. Dije:

—Claro.

—¿Qué tal te va con los *betas*?

—No estoy bebiendo.

Asintió, parecía sopesar ciertas posibilidades, luego dijo:

—¿Quieres que te diga la verdad o prefieres que te siga el juego?

—¿Qué?

—Es una cita de Tom Waits.

—Ése sabe muy bien lo que es una botella.

Se pasó las manos por el pelo y dijo:

—No se me da muy bien eso de hacer amigos. No es que sea un borde. Mi mujer me dejó porque decía que era demasiado autosuficiente.

No tenía ni idea de adónde nos llevaba todo esto. Pero soy irlandés, sé cómo funcionan estas cosas. El toma y daca verbal. Consigues un detalle de información personal, sueltas otro en respuesta. Trozo a trozo. Una amistad evoluciona... o no.

Todo un tapiz de conversación.

Yo empecé con esto:

—Yo no tengo mucha suerte con los amigos. A dos de mis mejores amigos acaban de enterrarlos. No sé lo que recibieron de mí excepto un par de coronas baratas en sus tumbas. Eso y un par de calcetines térmicos.

Asintió y dijo:

—Voy a por la cafetera.

Lo hizo.

Después de su nueva dosis de cafeína, dijo:

—Sé un par de cosas sobre ti. No es que haya preguntado. Pero soy camarero, oigo cosas. Sé que ayudaste a resolver esa historia de suicidios. Que antes eras policía. Dicen que eres duro de pelar.

Solté una carcajada triste y él siguió:

—Yo... antes tocaba con un grupo. ¿Has oído hablar de «Metal»?

—¿Heavy Metal?

—Eso también, pero «Metal» era el nombre del grupo. Tuvimos mucho éxito en Alemania, a finales de los setenta. De todos modos, gracias a eso me compré el bar.

—¿Sigues tocando?

—Dios, no. Tampoco tocaba entonces. Escribía las letras. Y te aseguro que las letras no son esenciales para el *rock* duro. Tengo dos pasiones, la poesía y las motos.

—Me parece lógico, en un sentido un poco enrevesado.

—No cualquier moto. Únicamente la Harley. La mía es una Softail Custom.

Asentí como si esto significara mucho para mí. No significaba nada en absoluto. Prosiguió:

—El problema es que es un coñazo conseguir piezas de repuesto para ella, Y como todos los pura sangre, se estropean cada dos por tres.

Seguí asintiendo, se estaba convirtiendo en una costumbre. Se puso en pie. A decir verdad, envidiaba su entusiasmo. Tener tanta pasión. Dijo:

—Pero la poesía. No se estropea. Arriba tengo a los gigantes... ¿Sabes quiénes?

Qué demonios, aquí podía jugar sobre seguro, dije:

«Yeats
Wordsworth».

Negó con la cabeza, dijo:

«Rilke
Lowell
Baudelaire
MacNeice».

Luego me miró directamente a los ojos y dijo:

—Todo esto tiene algún sentido, y bien sabe Dios que pienso encontrarlo.

Me extendió un montón de papeles y dijo:

—Hay poetas entre nosotros. Esto son cosas escritas por gente de aquí, de Galway. Esto de Fred Johnston... bueno, pensé que te ayudaría con las muertes que has vivido.

—Muchísimas gracias.

—No lo leas ahora. Cuando tengas un momento tranquilo, a ver qué te parece.

Luego se fue a hacer sus cosas. El centinela dijo:

—Te he visto en el periódico.

Lo único que podía hacer era esperar que la frase no se convirtiera para él en una especie de mantra.

*«Podía decir que no era justo, pero eso ya lo había dicho un millón de veces en su vida.
A pesar de ser cierta, la idea era mucha menos importante de lo que debiera».*

T. Jefferson Parker, *The Blue Hour*

De pronto tuvimos una semana de tiempo magnífico. Sol desde la mañana hasta la noche. La ciudad se volvió loca. La gente escapaba del trabajo y la multitud salía al exterior a recibir sus rayos. Todo temor al cáncer de piel fue por completo ignorado.

Vendedores de helados en cualquier esquina. Bullangueros bebedores de cerveza en tropel. ¡Peor aún, hombres con pantalones cortos! Con calcetines y sandalias. Una de las visiones verdaderamente horribles de la nueva era.

Yo no tomo el sol.

Me encanta que no llueva y todo lo que sea ir más allá de eso me parece excederse. No me fío. Te hace anhelar cosas. Cosas que no pueden durar.

Estaba sentado a la sombra en Eyre Square. Contemplaba a las muchachas, con la piel ya enrojecida, a punto de salirles ampollas. Oí mi nombre... vi al padre Malaquíás. De paisano, pantalones informales y una camiseta blanca. Pregunté:

—¿No trabaja hoy?

—Qué calor tan terrible, ¿verdad?

Por supuesto, terrible tiene doble filo. Terriblemente bueno o terriblemente malo. Ni siquiera se pregunta. Se supone que lo sabes.

No pregunté. Él dijo:

—No es fácil dar contigo.

—Depende de quién me busque.

—Ayer estuve en la playa. Jolines, estaba abarrotada. Me di un baño estupendo. ¿Sabes a quién vi?

—Malaquíás, puedo decir, sin temor a equivocarme, que no tengo ni idea.

—A tu amigo... Sutton.

—¿Ah, sí?

—Un tipo hosco.

—No le gustan los curas.

—¡Bueno, es del Norte! Me paré a saludarle, le pregunté si se había dado un chapuzón.

Me reí a mi pesar. Malaquíás prosiguió:

—Me dijo que no sabía nadar, ¿te lo puedes creer?

Pasó una mujer y dijo:

—Que Dios le bendiga, padre.

Él dijo:

—Tengo que irme, he quedado en el campo de golf dentro de una hora.

—Caray, el Señor es muy exigente con usted.

Me lanzó su mirada eclesiástica y dijo:

—Nunca has tenido ni siquiera un poquito de reverencia, Jack.

—Oh, sí que la tengo. Lo que pasa es que no tengo reverencia por las mismas cosas que usted.

Luego se fue. Probablemente era un efecto de la luz, pero la sombra parecía haber

encogido.

En la carretera que va hasta el cementerio de Ragoon hay un hotel nuevo. Joder, eso sí que es planificación estratégica. Sentí la tentación de entrar a verlo, pero seguí adelante.

El calor era atroz. La historia de mi vida, las hordas se dirigen hacia la playa, yo encamino mis pasos hacia el cementerio. Los rayos del sol rebotaban en las lápidas como una calculada venganza. Me arrodillé ante el sepulcro de Sean y dije:

—No estoy bebiendo... ¿vale?

Luego fui a la de Padraig y dije:

—No te he traído flores. Te he traído un poema. Lo que quiere decir que, aunque sea un puto agarrado, soy un puto agarrado *artístico*. Y bien sabe Dios que a ti te gustaban las palabras. Aquí lo tienes:

FUNERAL DE CAMPO

*Con el mar a su derecha
meciéndose cuesta arriba en una suave brisa fúnebre
los campos están cubiertos de rocas y ciénagas
y árboles muertos.*

La iglesia se alza pálida bajo un sol húmedo.

Las islas están dominadas

por la mirada de su puerta oscura.

*Pequeñas oraciones asciendan a un cielo bajo y frío,
ya sin tierra.*

El motor del coche fúnebre chirría,

la pintura negra desconchada

deja ver una herrumbre de piel desnuda,

sus adornos cromados se están deshojando.

Todo tiene su momento, los muertos ya se van.

Chorrea sudor. Me puse a caminar por el sendero entre las tumbas. Vi a Ann Henderson que bajaba en dirección contraria. Nos encontraríamos en la puerta. Consideré la posibilidad de dar la vuelta, pero ella me vio y me *saludó* con la mano.

Cuando llegué a su lado sonreía. Mi corazón comenzó a latir con absurda esperanza. Me permití sentir cuánto la había echado de menos. Ella dijo:

—¡Jack!

Yo, original, exclamé:

—Ann.

Me obligué a mantener la compostura y pregunté:

—¿Te apetece un refresco?

—Me encantaría.

Fuimos andando hasta el hotel y ella comentó:

—Qué calor tan horrible, ¿verdad?

Y qué aliviada se la veía por el hecho de que Sarah ya no estuviera clasificada como una suicida.

Hablé muy poco. Tan temeroso estaba de estropear la débil oportunidad que se me ofrecía. En el hotel bebimos un enorme granizado de naranja, con toneladas de hielo. No hizo ningún comentario sobre mi elección no alcohólica. Antes de que yo pudiera entrar en ningún escaqueo de seducción, ella dijo:

—Jack, tengo noticias maravillosas.

—¿Ah, sí?

—He conocido a un hombre estupendo.

Sé que siguió hablando, pero yo no escuché nada más. Finalmente, nos levantamos para irnos y ella dijo:

—Voy a llamar a un taxi, ¿te puedo dejar en algún sitio?

Dije que no con la cabeza. Durante un horrible instante pensé que me iba a estrechar la mano. En vez de eso, se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla.

De camino hacia Newcastle, el sol me daba con toda su fuerza. Levanté la cara y dije:

—Ásame, hijo de puta.

MÓVIL

Ya en mi habitación, me sentí arrasado por dentro. Deseaba tan violentamente un trago que podía sentir el sabor del *whiskey* en la boca. Mi corazón era un objeto inerte en mi pecho. Grité con todas mis fuerzas en el irlandés de mi infancia:

—*An bronach mhor.*

Significa algo así como «ay, pobre de mí», pero una traducción más actual podría ser:

—Estoy bien jodido.

Vaya novedad.

Rondando los cincuenta años de edad, ¿se me iba a conceder otra oportunidad de amar? Sigue soñando.

Del lóbulo izquierdo me vino un pensamiento:

—¿No sería estupendo irme de Galway estando sobrio? Me levanté y me tragué un *beta-b*, mientras murmuraba:

—Tengo cosas que hacer, tengo que preparar el viaje.

Nick Hornby había popularizado las listas. Pues yo podía hacerme una para mi salida.

Meter en la maleta

3 camisas blancas

3 pantalones vaqueros

1 traje

algunos libros

dos vídeos.

Luego dije:

—Que le den por culo al traje.

Podría llevarlo todo en una bolsa y a otra cosa. Comprobé mi billete de avión, me faltaban cinco días. Bajé a recepción con el alma ya congelada bajo los efectos del betabloqueante.

La señora Bailey preguntó:

—Señor Taylor, ¿está usted bien?

—Sí, sí.

—Sus ojos parecen devastados.

—Ah, no, es que se me ha metido champú en ellos. Dejamos flotar esa mentira en el aire durante unos instantes. Yo dije:

—Señora Bailey, voy a estar fuera durante una temporada. No pareció sorprendida, dijo:

—Le guardaré su habitación.

- Bueno, puede ser una temporada bastante larga.
- No se preocupe, siempre habrá *alguna* habitación.
- Gracias.
- Me gusta tenerle aquí, es usted un buen hombre.
- Oh, no sé yo.
- Por supuesto que no lo sabe, eso forma parte de su bondad.
- ¿Podría invitarle a una copita antes de mi partida?
- Insisto en ello, joven.

Había un coche amarillo aparcado fuera. Sobre la matrícula había una pegatina que decía «CLFD». Di unos golpecitos en la ventanilla.

Sutton dijo:

—Ah, eres tú.

—Creía que habíamos quedado en que dejarías de seguirme.

—No te estoy siguiendo, te estoy esperando.

—¿Cuál es la diferencia?

—Tú eres el detective.

Salió, se desperezó y dijo:

—¡Estos ajetreos de la vigilancia *son* un rollo!

Iba completamente vestido de negro. Chándal de campaña completo, deportivas Nike. Pregunté:

—¿Por qué llevas esa ropa?

—Estoy de luto.

—No sé si es de muy buen gusto.

Metió la mano en el coche, sacó una bolsa de mano y dijo:

—Traigo algunos regalos.

—¿Por qué?

—Vendí otro cuadro; venga, te invito a un trago... uy... a un café... y te colmaré de obsequios.

Decidí que probablemente sería la última vez.

Fuimos a Elles, en Shop Street. Sutton dijo:

—Aquí hacen un capuchino excelente.

Era cierto.

Incluso ponían una chocolatina italiana de acompañamiento. Sutton mordió la suya y dijo:

—Mm... qué buena.

—Toma la mía.

—¿Estás seguro? Porque están... de vicio.

Rebuscó en la bolsa y sacó dos teléfonos móviles, puso uno delante de mí y dijo:

—Éste para ti.

Y puso el segundo delante de él. Yo dije:

—Yo no lo quiero.

—Por supuesto que lo quieres. Los he conseguido baratos. Ahora estaremos realmente conectados. Me tomé la libertad de poner mi número en tu menú.

Volvió a meter la mano en la bolsa y sacó un pequeño cuadro enmarcado. El embarcadero de Nimmo. Dijo:

—No hace falta que me digas que es bueno, eso ya lo sé. Pero además... es valioso. Soy objeto de coleccionistas.

No estaba seguro de cómo reaccionar, así que fui directo al grano y dije:

—Me marchó.

—Coño, por lo menos termina el capuchino.

—No, me marcho de Galway.

Parecía realmente asombrado. Preguntó:

—¿Y adónde te vas?

—A Londres.

—Ese agujero de mierda. Quiero decir, ni siquiera estás bebiendo. ¿Cómo vas a ir allí sobrio?

—Mucha gente lo hace... aparentemente.

—Sí, claro, los ciudadanos y los fantasmas. ¿Qué vas a hacer allí?

—Alquilaré un apartamento en Bayswater, andaré por ahí.

—Tú estás colgado. Te doy una semana.

—Gracias por el voto de confianza.

—Ah... Londres... No me jodas. ¿Cuándo?

—Dentro de unos cinco días.

—¿Vamos a tomarnos un trago de despedida o qué?

—Claro, hombre.

Y señalé el móvil. Añadí:

—Puedo llamarte.

—Hazlo. Mejor por la noche. No duermo muy bien.

—¿No?

—¿Dormirías bien tú... con un tipo enterrado al otro lado de la ventana?

Me puse en pie, dije:

—Gracias por los regalos.

—De nada. Puedes poner el cuadro en tu apartamento de Bayswater. Joder.

Cuando me fui seguía moviendo la cabeza con incredulidad. Shop Street estaba a tope:

mimos

músicos callejeros

tragafuegos.

Un tipo hacía figuritas con trozos de alambre. Construía formas asombrosas en cuestión de minutos. Le pregunté si me podía hacer algo muy concreto. Respondió:

—Cualquier cosa menos dinero.

Cinco minutos más tarde me entregó el encargo. Le entregué unas cuantas libras y dije:

—Tienes auténtico talento.

—Eso díselo a los del Arts Council.

«Ese día empezarás a poseer la soledad que tanto has deseado. No me preguntes cuándo será o dónde o cómo. En una montaña o en una prisión, en un desierto o en un campo de

concentración... No importa. Así que no me preguntes, porque no te lo voy a decir. No lo sabrás hasta que no estés en ella».

Thomas Merton, *The Seven Storey Mountain*

Fui al hospital para que me quitaran la escayola de los dedos. Al

verlos, parecían arrugados. El doctor me dio una pelotita y dijo:

—Apriete esto con fuerza durante el día, para recuperar poco a poco la fuerza.

La enfermera me miraba fijamente y yo pregunté:

—¿Qué pasa?

—Ahora ya podrá afeitarse.

Me toqué la barba y pregunté:

—¿No le gusta?

—Le hace parecer viejo.

—Me siento viejo.

—Bah, no me venga con ésas.

Pensé que echaría de menos a las enfermeras irlandesas. Había quedado con Cathy B. en Nestor's. Me preguntó:

—¿Dónde es?

Le expliqué cómo llegar. Seguía haciendo buen tiempo y el sol me deslumbraba los ojos.

En Nestor's, el centinela me ignoró, así que imaginé que mi fama había llegado a su fin. Cogí mi silla dura y Jeff llegó con el café. Puse mi compra callejera encima de la mesa. Él dijo:

—¡Oh, vaya!

Era una Harley en miniatura, perfecta en sus pequeños detalles. Yo dije:

—Es mi forma de decir adiós.

—¿Te marchas?

—Sí.

No preguntó

dónde

cuándo

o ni siquiera

por qué.

Simplemente asintió con la cabeza.

Cathy entró con su alegría habitual, miró a su alrededor y dijo:

—¿Qué es esto... una cocina?

—Bienvenida de nuevo, ¿señora... qué...?

—Señora Desengañada.

—¿Qué?

—Everett se ha largado. Conoció a una americana en Listowel y tomó las de Villadiego.

—Hostias, lo siento.

—Yo no, era un capullo.

Jeff se acercó y dijo:

—¿Te sirvo algo?

—Un Spritzer^[20].

Sentí la tentación de pedir lo mismo. Ella se quedó mirando a Jeff al alejarse, y dijo:

—¡Bonito culo!

—Lo suyo son las motos.

—Ésos son los que me gustan a mí.

Jeff trajo la bebida y le ofreció una sonrisa deslumbrante. Me pareció que todavía tenía posibilidades. Cathy dijo:

—Vosotros, los viejos, tenéis clase.

Me reí con todas las ganas que pude y dije:

—Me voy a vivir a Londres.

—Ni se te ocurra.

—¿Qué?

—Yo soy de Londres... ¿Recuerdas? Ahórrate el viaje.

—Ya está hecho. Ya he comprado el billete.

—Da lo mismo.

Dio un sorbo y dijo:

—Perfecto.

—Hablo en serio, Cathy, me largo.

—El tipo del bar, ¿está casado?

—No... hace tiempo estaba en un grupo.

—Me he enamorado.

—Cathy... tú... ¿Podríamos concentrarnos durante un minuto en esto otro?
¿Necesitas dinero?

—Que va, tengo mogollón de conciertos.

Me levanté, pregunté:

—¿Quieres dar un paseo, dar de comer a los cisnes?

—Voy a quedarme por aquí un rato, a ver si me enrolla con este tío.

Esperaba un abrazo, me habría conformado con un beso en el aire, dije:

—Bueno, pues nos vemos.

—Vale, vale, hasta luego.

Estrujé la pelota con la mano izquierda. Si servía para algo, yo no me enteraba.

TORMENTAS

Tuve una pesadilla tremebunda. Como cuando ves al tipo de la película despertarse, bañado en sudor y gritando:

—¡Vietnam... nos atacan!

Estaba soñando con Padraig, Sean, Planter, Ford, Sarah Henderson. En fila delante de mí, con los ojos negros de la muerte, las manos extendidas hacia mí. Por mucho que yo corriera, ellos siempre estaban delante de mí. Yo gritaba:

—Dejadme en paz o vuelvo a beber.

Me desperté con un grito. El sol entraba a raudales por las ventanas, y sentí el mayor espanto que había sentido nunca. Me levanté de la cama dando tumbos y me tomé un betabloqueante, a toda hostia. Si me hubiera acordado de alguna oración, habría echado mano de ella. Dije:

«*Sé do bheatha, a Mhuire*».

El comienzo del avemaría en irlandés. Me sentí más aliviado. Mis primeros estudios habían sido exclusivamente en irlandés. Al cambiar de curso, tuve que reaprender nuestras oraciones en inglés. Durante el periodo de transición no rezaba.

Pensaba que, si me moría, iría directamente al infierno. Aquéllas fueron las primeras noches de terror. A medida que me acostumbré al ritmo de la nueva liturgia, el terror amainó. En algún rincón de mi mente, no obstante, arraigó la idea de que había estado más seguro en irlandés.

La buena suerte estaba a punto de hacer su aparición. Coincidencia es cuando Dios quiere mantener un perfil bajo. Cuando se escabulle de los *paparazzi*.

Me duché, preparé un café ligero y me vestí. Con una camisa de algodón vaquera desteñida, casi blanca, pantalones de pana fina y mocasines, podría haber pasado por un anuncio de American Express desenfocado.

Llamaron a la puerta. Esperé con toda mi alma que no fuera Sutton. Janet.

Dijo:

—Lamento importunarle.

—No hay problema.

—La señora Bailey me ha dicho que se va usted.

—Así es.

—Quisiera darle esto.

Me extendió su mano. Los abalorios negros de un rosario. Parecían brillar. Al cogerlo, parecían unas esposas en contraste con la tela vaquera. Ella dijo:

—Lo bendijeron en Knock.

—Estoy muy emocionado, Janet. Lo guardaré conmigo siempre.

A ella le dio vergüenza y yo añadí:

—La echaré de menos.

Se ruborizó totalmente. No es algo que se vea muy a menudo en estos tiempos.

Para quitarle importancia, pregunté:

—¿Le gustan los bombones?

—Oh, Dios mío, me *encantan*.

—Pues voy a conseguirle un buen montón de ellos en una caja preciosa.

—¿La del perro en la tapa?

—Exactamente.

Se marchó sonrojada como un tomate.

Puse el rosario debajo de la almohada. Estaba dispuesto a utilizar toda la ayuda que se me ofreciera.

Cuando iba caminando hacia la estatua de Padraig Ó Conaire,

un policía se acercó a mí. Pensé:

—Oh, oh.

Preguntó:

—¿Señor Taylor? ¿El señor Jack Taylor?

Si te llaman señor, llama a un abogado. Dije:

—Sí.

—El superintendente Clancy querría tener unas palabras con usted. Por aquí.

Me abrió paso hasta un Daimler negro. La puerta de atrás se abrió y una voz dijo:

—Entra, Jack.

Eso hice.

Clancy iba de uniforme completo. Todas las charreteras e insignias en exposición. Estaba más corpulento que en nuestra anterior reunión. Yo le dije:

—¿No vas a los hoyos demasiado a menudo?

—¿Qué?

—Al golf. Me han dicho que juegas con la gente importante.

Tenía el rostro amoratado y los ojos saltones. Antigualmente era más flaco que una rata. Dijo:

—Deberías reengancharte, es bueno para la salud.

—No puedo negar que eres la prueba viviente de ello.

Hizo un gesto de desaprobación y dijo:

—Siempre esa boquita, Jack.

El conductor era grande y fuerte. Se le formaban michelines en el cuello. Clancy dijo:

—Tal vez te debo una disculpa.

—¿Tal vez?

—Los suicidios. Parece que ibas detrás de alguna buena pista.

—Y usted, señor Super, ¿tiene alguna pista... por ejemplo sobre el paradero del señor Planter?

Clancy suspiró y dijo:

—Hace tiempo que se ha largado. El dinero compra un montón de influencias.

No quise presionar demasiado en esa dirección; dije:

—Me marchó de Galway.

—¿De veras? ¿Alguna esperanza de que tu amigo Sutton se vaya contigo?

—No lo creo. Su musa está aquí.

Clancy se quedó callado y luego dijo:

—¿Sabías que en una ocasión quiso hacerse policía?

—¿Sutton?

—Oh, sí. Le rechazaron, hay que mantener unos niveles.

—¿Estás seguro de eso? A nosotros nos aceptaron.

Se permitió una lúgubre sonrisa y dijo:

—Podrías haber llegado lejos.

—Ya, tal vez incluso haberme convertido en alguien como tú.

Extendió la mano. Yo estaba fascinado con sus zapatos. Unos grandes zapatones negros, tan brillantes que podías mirarte en ellos. Le estreché la mano. Preguntó:

—¿Te marchas por lo de Coffey?

—¿Qué... quién?

—Seguro que te acuerdas de él, un tipejo de Cork.

Le solté la mano, aparté los ojos de aquellos zapatos, dije:

—Ah, sí, un tipo bastante bruto. Pero jugaba bien al *hurling*.

—Ahora trabaja para mí y, por lo que cuenta, esa Ann Henderson está trabajando como puta para él.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Pude ver al conductor meterse incómodo debajo del volante. Me caía una línea de sudor por la frente. Podía sentir la sonrisa burlona de Clancy a mi espalda. El mundo dio vueltas durante un minuto y pensé que me desplomaba. Debió de ser por la repentina exposición al sol. Esperé un segundo, luego volví a inclinarme hacia el interior del coche. Con toda mi alma, escupí sobre aquellos elegantes zapatos de madero.

Entré en Supermacs, en la misma plaza. Necesitaba algo muy frío. Pedí un vaso grande de coca-cola, bien cargado de hielo, y tomé asiento junto a una ventana. Me picaban los ojos y apreté la pelota en mi mano izquierda hasta que me dolieron los dedos. Tomé un largo trago de la *coca* sentí el hielo chasquear contra mis dientes. Una nube roja parecía encauzar mi visión. Más coca-cola y el atracón de azúcar surtió efecto.

Ayudó.

Mi visión se aclaró y dejé de apretujar la pelota. Un hombre se aproximó a mi mesa y dijo:

—Jack.

Levanté la vista. Su cara me resultaba familiar, pero no era capaz de ponerle un nombre. Él dijo:

—Soy Brendan Flood.

—Ah... el chico de Dios.

—¿Puedo sentarme?

—Preferiría que no lo hicieras, colega. Estoy hasta la coronilla de policías.

—Expolicía.

—Lo que tú digas.

—Tengo que decirte algo.

—¿Tiene que ver con Dios otra vez?

—Todo tiene que ver con Dios.

Se sentó y yo miré por la ventana. A pesar del sol, pude ver nubes negras en el horizonte. Flood dijo:

—¡Se acerca una tormenta!

—¿Estás siendo bíblico o informativo?

—Lo han dicho en las noticias.

No respondí, supuse que soltaría alguna homilía y luego se largaría. ¿Cuánto tiempo podría tardar? Dijo:

—Mis condolencias por la muerte de tu amigo Sean Grogan.

—Gracias.

—Hay información.

—¿Qué?

—Sobre el coche.

—Cuéntame.

—Un coche amarillo.

—De esos hay muchos.

—Hay testigos que dicen que parecía deliberado.

—¿Deliberado?

—Los policías interrogaron a los testigos, pero se olvidaron de uno. Un crío de once años, colecciona matrículas. No consiguió los números completos, pero vio una pegatina.

Hizo una pausa y luego:

—Tenía las letras CLFD.

—¡Clifden!

Se levantó, hizo un gesto con la cabeza para insistir en la tormenta que se aproximaba y dijo:

—Dios está enormemente descontento.

Tenía compras que hacer. Fui a Holland's y compré una enorme caja de bombones. Con el lindo perrito en la tapa. Luego fui a la tienda de licores, y me entretuve un rato, pero finalmente encontré una botella de cerámica de ginebra holandesa. Volví al hotel y dejé los bombones en recepción. La señora Bailey dijo:

—¿Son para Janet?

—Así es.

—Se pondrá loca de alegría.

—¿Nos tomamos nuestra copita esta noche?

—Será un placer, ¿hacia las once?

—Estupendo.

EMBARCADERO DE NIMMO

Situado en la playa occidental del Corrib, se extiende desde el muelle de Claddagh hasta pasado el muelle de Ringhanane. Diseñado por Alexander Nimmo, fue construido en 1822. Los vecinos de la zona en aquella época se opusieron fuertemente a su construcción. Se mantuvo en uso hasta que el nuevo embarcadero comercial lo hizo innecesario a principios de la década de 1840. Los embarcaderos entre 1843-51 y todos ellos fueron unidos al embarcadero de Nimmo hacia 1852.

Ratas del tamaño de gatos domésticos han sido vistas en el borde oriental del embarcadero. De momento, siguen... sin ser bautizadas.

Hacia las siete de la tarde, los cielos se abrieron y la lluvia azotó la ciudad. Intensa y despiadada. Me quedé en la cama y escuché. Mantuve la mente en blanco y me negué a ponderar las infinitas posibilidades.

A las once bajé al bar y la señora Bailey estaba esperando. Yo me había puesto mi traje. Ella se había puesto toda elegante y dijo:

—Parecemos dos pimpollos.

Seguro que fue una velada encantadora. Pero no me acuerdo de nada. Mi mente se había desplazado a un lugar de hielo, y la señora Bailey hablaba por los dos. Sé que dijo:

—No está tomando nada demasiado fuerte...

—Por ahora.

No presionó. Miré el reloj de la pared encima de la barra. Cuando marcó las dos, la señora Bailey dijo:

—Creo que por esta noche ya está bien.

Sus palabras al despedirse:

—Si alguna vez necesita una amiga...

Su abrazo casi me conmovió, pero no lo suficiente.

Fui a mi habitación, me asomé a la ventana. La lluvia era si acaso más intensa. Agarré la bolsa de mano y metí en ella la ginebra. Luego me puse mi impermeable de policía. Después llame por teléfono a Sutton y escuché:

—¿Diga?

—Sutton, soy Jack. Dijiste que no dormías mucho.

—Lo entendiste bien.

—Necesito verte.

—Claro... mañana... de acuerdo.

—¡Ahora! Tengo una botella de ginebra.

—Ah, *ahora* estás hablando como es debido. ¿Dónde nos encontramos?

—En el embarcadero de Nimmo.

—Qué dices, hay un vendaval de la hostia en aquella zona.

—Así es más hermoso. Joder, el artista eres tú, ¿voy a tener que convencerte?

—Vale, ginebra salvaje para una noche salvaje. Me encanta.

—Nos vemos allí.

Ni un alma por las calles. Al llegar a Claddagh, el viento amenazó con llevarme hasta el otro lado del muelle. Pude ver los cisnes acurrucados contra las embarcaciones.

Cuando llegué al embarcadero de Nimmo, me apoyé contra la pared, contemplando la bahía negra. Era increíblemente hermoso. Los faros de un coche giraron en el campo de fútbol y apuntaron hacia el embarcadero. Al llegar, me iluminaron. Saludé con la mano. El motor se apagó y Sutton abrió la puerta. Solamente iba vestido con una camiseta y pantalones vaqueros. Gritó en la noche:

—Me encanta.

Luchó contra el viento para unirse a mí, dijo:

—Loco hijo de puta, qué gran idea. ¿Dónde está la bebida?

Abrí la bolsa, le entregué la botella. Dijo:

—*Genever*... imponente.

Eché un trago enorme y yo pregunté:

—¿Recuerdas aquella vez que fuimos al baile en South Armagh?

Bajó la botella y dijo:

—Sí...

—Un coche nos seguía y yo te pregunté por qué *lado* se habían salido.

—Lo recuerdo vagamente.

—Tú dijiste que por el lado malo, y yo pregunté qué lado era ése.

Asintió, proseguí:

—Tú dijiste: el lado que te sigue a las cuatro de la mañana.

Soltó una risa visceral, en gran parte por la ginebra. Yo dije:

—Ahora son casi las cuatro de la mañana, y tú estás en el lado malo.

—¿Qué?

—Tú mataste a Sean. La pegatina de Clifden en un coche amarillo, alguien la vio.

Bajó la botella, se quedó pensativo y luego dijo:

—Lo hice por nosotros.

—¿Por nosotros?

Sus palabras salieron en tropel.

—Una noche, tarde... en Grogan's, estaba jodido, intentaba fastidiarle. Le conté que habíamos matado a Ford.

—¡Y tú crees que Sean lo habría contado!

—No entonces... pero me odiaba. El hijo de puta quitó mi cuadro. Tarde o temprano habría hecho una llamada.

Yo dije:

—Sutton.

Y le di un rodillazo en los huevos. Agarré su camiseta y le arrastré hacia el borde. Él chilló:

—Jack... hostias... que no sé nadar.

Esperé unos momentos, aguanté el viento, y dije:

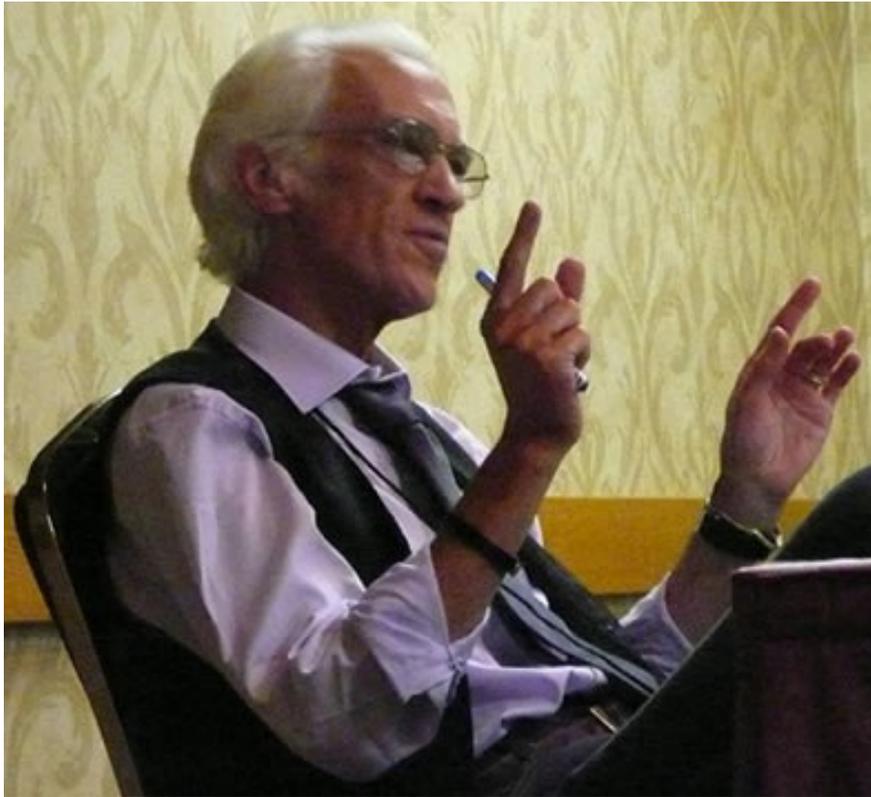
—Eso ya lo sé.

Le dejé caer. Recogí la botella de ginebra y la olí. Su poder me recorrió de la cabeza a los pies. Me eché hacia atrás y la arrojé lo más alto y lo más lejos que pude.

Si se produjo algún chapoteo, yo no lo escuché.

Mientras me abrochaba los botones para protegerme del viento, recordé aquella vez, en aquel bar de Newry. Sutton había cogido mi libro *El lebrél del cielo* y había dicho:

—*Francis Thompson murió pegando gritos; ¡así es como mueren los alcohólicos!*
No lo pude comprobar. Hacía demasiado viento.



KEN BRUEN (Galway, Irlanda, 1951). Es uno de los más destacados escritores de novela policiaca de las dos últimas décadas. Pasó cerca de veinticinco años viajando por el mundo antes de comenzar a escribir a mediados de los noventa. Como profesor de inglés, Bruen trabajó en África del Sur, Japón y América del Sur.

Elogiado por su profundo conocimiento del lado oscuro de la Irlanda contemporánea, las novelas de Bruen se distinguen por su atmósfera sombría y su prosa concisa y cortante.

Entre sus trabajos más reconocidos se encuentra la denominada *White Trilogy* (1998-2000) y la serie de once novelas sobre el detective Jack Taylor, cuatro de las cuales han ganado los reconocidos premios Shamus, Macavity y Barry Award: *The Guards* (*Maderos*, 2001) 2004 Shamus Award, mejor novela; *The Killing of the Tinkers* (*La matanza de los gitanos*, 2002) 2005 Macavity Award, mejor novela; *The Dramatist* (*El Dramaturgo*, 2004) 2007 Shamus Award, mejor novela y *Priest* (2006) 2007 Barry Award, mejor novela británica.

Bruen vive en Galway junto con su esposa e hija, donde continúa trabajando.

Notas

[1] Nombre en irlandés de la policía irlandesa. (Nota del Traductor, NT). <<

[2] *Hockey irlandés*. (NT). <<

[3] Nora Barnacle, futura esposa de James Joyce. (NT). <<

[4] Equivalente a «Estimado señor» en gaélico. (NT). <<

[5] También en gaélico, formulismo similar a «Saludos» o «Cordialmente»... (NT).

<<

[6] En castellano en el original. (NT). <<

[7] Padraig Ó Conaire (1883-1928), escritor irlandés nacido en Galway. (NT). <<

[8] «¡Ay, qué dolor!», en gaélico. (NT). <<

[9] «¡Salud!» en gaélico. (NT). <<

[10] Ian Pasley es un conocido líder unionista norirlandés; Eamon McCann se dio a conocer como líder del movimiento a favor de los derechos civiles en Irlanda del Norte en la década de 1960. (NT). <<

[11] Ésta y siguientes frases en cursiva, en castellano y sic en original. (NT). <<

[12] *Gin, mother's ruin*, juego de palabras... *Mother's ruin* es sinónimo de ginebra en lenguaje coloquial. (NT). <<

[13] Marca de vino tónico, fabricado por los monjes de la abadía de Buckfast, en Inglaterra. (NT). <<

[14] Gaelic Athletic Association. (NT). <<

[15] La pregunta en inglés es: *Need a porter?* *Porter* significa mozo o botones, pero también es una cerveza tostada amarga y fuerte. (NT). <<

[16] Marcas de tabaco. (NT). <<

[17] Versos del poeta Robert Burns incluidos en unas antiguas cajetillas de la marca Sweet Afton: «*Flow gently, Sweet Afton...*», (Fluye suavemente, dulce Afton...). (NT). <<

[18] Sociedad de actividades artísticas y teatrales de Galway. (NT). <<

[19] Dos celebres «desaparecidos»; Shergar era un caballo de carreras secuestrado en 1983. Nunca apareció. Lord Lucan, conde de Lucan, desapareció en 1974, sospechoso del asesinato de la niñera de sus hijos. (NT). <<

[20] Mezcla de vino con gaseosa. (NT). <<